

R60 -31(866) Pareja

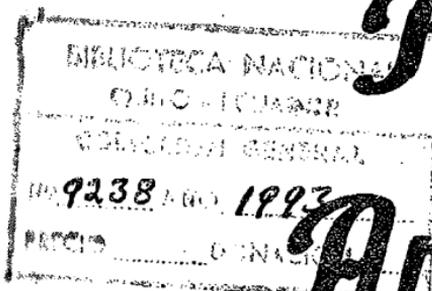
1227d

Alfredo Pareja y Diez-Canseco

Río

Arriba

003951 - J.



Novela

17-X-67



EDITORIAL "TALLERES GRAFICOS"

APARTADO 714

GUAYAQUIL-ECUADOR

1981

I

UN CASO

Me levanté muy temprano esa mañana memorable.

Por más que trabajó mi cerebro, no pude recordar. Sentía una pesadez horrible en todos mis miembros, una laxitud i pereza de agotamiento. En seguida me di cuenta de que eso significaba renunciar. ¿Renunciar? ¿Renunciar qué?...

¿En verdad un renunciamiento? Lo es tener un vicio. También, tener una virtud.

Primero quise orinar. Oriné abundantemente.

Entonces examiné con minuciosidad las

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

cuatro paredes de mi alcoba. Tal como cuatro piedras sobre el corazón.

Siguiendo al lecho, miré la paciencia inmemorial de una cómoda repleta de libros inútiles i en desorden i de objetos de afeitar. El lavabo, al frente, era la única nota alegre de mi cuarto. Quizás también la bacinilla pegada al suelo como un brochazo de pintor vanguardista. Unas corbatas, colgadas de un clavo, junto al asentador de la navaja, tenían un trágico movimiento de piltrafas. Opuesta a la cama, mui arriba, lejos de toda observación común, una pintura, un retrato de vicjo. Abajo, la figura de una chiquilla abrazando a un gato más bonito que élla. I en este orden, de arriba a abajo, se podía ver desde el lecho la posición increíblemente oblicua de una mesa muy angosta. Encima de élla, tres libros, un tintero, un reloj despertador, cigarrillos y fósforos.

Si, ciertamente, y pese a mi temor absurdo, nada había cambiado. Yo, yo era yo mismo, el de siempre, el de todos los días.

R I O A R R I B A

Pero, me interrogué, ¿puede uno variar aunque las cosas no varíen? Variar, tal vez; cambiar es distinto, es algo rotundo.

Pensé en el baño. Nutrídos mis nervios por el agua fría, medité. Yo necesito, me dije, analizar mis emociones y llegar así a una conclusión. Pero ¿cuáles eran mis emociones? No las conocía.

Cuando yo era pequeño, me dijo cierto maestro, bonachón y simpático viejo, delgado y flexible como un junco, que, siempre que yo tuviera mis nervios excitados, contase hasta diez y luego resolviera. Me conté los dedos de la mano. Conté muchas veces. Llegaba a diez y volvía a empezar, del meñique al pulgar, del pulgar al meñique.

¿Con quién había estado la noche anterior o la última noche de la que guardaba memoria de su oscuridad? Este sería quizás el hilo. Sí, sin duda alguna.

Dirigiéndome a la mesa de difícil perspectiva, escribí agitadamente, casi con estrépito. "Mi querido Luis: Te necesito con



A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

urgencia esta mañana. Te suplico no faltes al Parque de la Merced a las diez en punto. Tuyo, afectísimo, Bernardo”.

Tranquilizado un poco ya, me senté con actitud burguesa a leer los diarios. El viejo, el pacifista de los bigotes a la inversa de los de Guillermo, renunciaba la presidencia de Francia... después de haber sido derrotado. La cámara—allí no hay comunes acaso porque todos lo son—, la cámara había rabiado. I, claro, los representantes de nada eligieron a otro, quien pensaba santamente enviar al viejo de los bigotes caídos (¿Cómo iban a ser entonces los bigotes?) a entretenerse en Ginebra jugando a la Pájara-pinta o a la unión pan-europea. Francia es un pueblo único: gusta de las ideas generosas, de las ideas universales. Pero el viejo había fallado esta vez, había fallado i, siguiendo las inmensurables guías de sus bigotes, miraba sus cálculos de santo padre rodando por los suelos. ¡Qué lástima! ¡Verdad?

En el papel había otra noticia sensacio-

mal; el doctor Ahora solicitaba fugar. Con ese sentimiento humilde i pequeñito de los hombres de su . . . país, consideraba demasiado esplendorosa, inconcebible, la merced que habíanle hecho al nombrarle presidente de mi República de los Mansos.

Realmente las noticias de ese día eran interesantes. Cualquiera habría pensado, al verme absorto en la lectura, que yo estaba en mis cabales. Nada tan falso. Quería distraerme a todo trance; buscaba una tranquilidad para mi espíritu que padecía una agitación torturadora, sin que los razonamientos—si es que en tal desorden de ideas pueden existir—que exprimía del hueco más profundo de mi mocollo fuesen capaces de satisfacerme. Lo más grave era que yo no sabía a ciencia cierta a qué causa atribuir aquélla especie de desequilibrio. Ideas vagas, rayas trazadas en direcciones múltiples, recuerdos brumosos de algo, con toda la amplitud de misterio que esta palabra algo contiene, i un terror, un miedo pánico, un deseo de huír i de co-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

más grande que el universo, oscuro i hondo, de una significación abstracta extraordinaria—me había sucedido, i la clave de ese algo me la podía dar Luis. Eso era todo, eso debería ser todo.

Mas tal era una frase hueca con sonido de tambor criollo. ¡Todo! Todo era el hecho de lo sucedido en mí espíritu, ese hecho terrible del que trataba de huir i que, no obstante, trataba de conocer.

En el Directorio de Teléfonos hallé: "Barrezueta, Luis... C. 1246". Este número tenía para mí una importancia grande. Bien podía el gobierno caer, bien podía el fisco desbaratarse a sí mismo por haber creado una bárbara política de enriquecimiento succionador. I después decían algunos que la era del doctor Ahora fuera la mejor que en muchos años tuviera mi República de los Mansos. Hubo alguien que pretendió conseguir el premio Nobel para mi insignificante mandatario por experto en fundar estancos inflamables i bancos para refugio de pecadores. ¡Y aquello

R I O A R R I B A

de "hechos i no palabras"... Yo hubiera propuesto darle el premio noble por hacedor de frases altas. Hechos i no palabras aquí, hechos i no palabras allá. ¡Vaya que hacía palabras el mui tuno! Todas estas mezquinas cosas me tenían sin cuidado. ¡El número! el número! He aquí lo importante para mi egocentro.

—Centro, uno, dos, cuatro, seis, señorita.

—¿Númeroooo?

—¡Centro, uno, dos, cuatro, seis, señorita!

—¿Númeroooo?

—¡Que centro, uno, dos, cuatro, seis, le digo!

—¿Por qué mueve tanto el gancho?

—¿Por qué no me atiende?

—¿Númeroooo?

—¡Ah, caramba! ¡Centro, uno, dos, cuatro, seis!!!

—Tenga el receptor.

—.....

—Centro, uno, dos, cuatro, seis, está

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

ocupado.

Después de media hora de luchar con mi paciencia—esfuerzo de santo era—logré comunicarme con mi amigo Luis.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Con quién hablo?

—¿Con quién desea usted hablar?

—¿Casa del señor Luis Barrezuela?

—Él habla. Diga. ¿Quién es? ¿Acuña?

—El mismo, hombre. No te había conocido la voz.

—Qué milagro tan temprano. ¿Qué hay de nuevo?

—Mira, Luis...

—No miro, oigo...

—¡Diantre que estás fregado! Bueno, oye. Necesito verme contigo a las diez en punto en el Parque de la Merced. Es algo urgente.

—¿Qué te pasa?

—Allá hablaremos. Por teléfono no se puede.

—Bueno, te espero en el parque.

—Ya está. No faltés. Perdona la molestia. Mucho gusto de oírte.

—Hasta luego.

Bueno, esto era dar un paso. Me froté las manos. Pero, me dije, ¿no se irá Luis a reír de mí? Yo no había previsto tal cosa, pero bien podría suceder. Luis era hombre inteligente, ilustrado, conocía de psicologías i de psicopatías, de psicoanálisis i de psicofisiologías, de metapsíquicas, metafísicas, filosofías, neuropatías, sexuologías. . . Sin embargo, Luis podría reírse de mí. Bien hubiera sido que lo que pasó con él la última noche no fuera más que una bagatela que nada tuviese que ver con mi estado psico. . . Volví a mortificarme. Aquello de que se rían de uno es nada agradable. I después de todo Luis tendría razón. Yo merecía que se rieran de mí. ¡Claro! ¡Si era un solemne majadero! Preocuparme de tonterías.

Terrible cosa la risa. Si yo fuera pintor, elogiaría la risa en un cuadro célebre. Sobre el universo, que bien podría ser un

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

huevo de avestruz abierto apenas por una extremidad, por la cual saldrían en manadas porcinas los hombres serios, pintaría un tubo enorme i vertical matizado con los colores más extravagantes. Encima de él un enano chirriquitico i lampiño, sin pliegues de sonrisas ni surcos de gravedad en su rostro,— una cara que no diga nada, con ese sentido profundo de la nada que significa todo, una cara escuela, pelada, espantosamente uniforme—armado de una bomba que succionara sin descanso el contenido del tubo inacabable i vertical, i dirigiendo hacia el huevo uno de sus extremos, extremo tal que una boca chata i grande, del cual corriera un líquido fino, aceitoso, que, regándose por sobre el universo, hiciera caer en movimientos de imposible equilibrio a todos los mundos y lirondos de la manada porcina. El sol sería una calavera i su lumbre viniera de las cavidades de los ojos, iluminando sarcásticamente la escena que llamaría humana por misericordia.

R I O - A R R I B A

Terrible cosa la risa. Sin embargo, me dije, la risa la provocamos nosotros mismos. Es sólo una representación de nuestro ser, un fenómeno reflejo de nuestra intimidad psicológica. El otro se ríe porque nosotros hacemos que se ría. Suponiendo que cada hombre fuera capaz de realizar la unidad perfecta de su yo, de su universo, entonces la risa sería únicamente un aspecto del yo, una orden mental de su profundidad que se cumple en el otro. Pero, así la verdad, la risa no existiera o difícil sería su provocación. Lo cual no prueba la no verdad del origen de la risa, sino que el hombre es muy animal para hacerse uno, uno en sí mismo i uno en los demás.

¡Ah, la risa! Estoy por afirmar que el mundo se hizo riendo. Gravedad de filósofos, de sistemas, de cosmogonías i cosmologías, gravedad de ciencias, gravedad de moral, todo es risa i nada más que risa. I es porque todo ésto es mentira, porque para demostrar la verdad se han valido inconscientemente de su antagónica. Aparte

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

de la música, la única verdad es la risa. I la misma música, ¿qué es si no risa? Risa del alma, risa que llora a veces.

¿Pero Luis se iba a reír de mí? ¡Terrible cosa la risa! Me eché a temblar. Medía mi estrecha habitación a grandes pasos—hazaña casi imposible—, hondamente preocupado. Yo estaba creando mi propia infamia, mi descalabro.

¿Qué diría a Luis? ¿Cómo explicar el extraño fenómeno que me estaba sucediendo? ¿Pero es que en verdad había un fenómeno en mi espíritu, un fenómeno anormal?

Me acordé entonces, de repente, de tanto dar vueltas a la imaginación, que a las cinco de la tarde estaba citado a una junta.

Lo más encoquetado de la sociedad debía asistir. Allí el célebre doctor Castilla, abogado, diputado, letrado, magistrado; allí el sagaz político don Facundo Sierra; allí el bondadoso i caritativo don Fermín Acosta, presidente honorario de toda insti-



tución de beneficencia; allí el nui ilastre profesor de derecho, vestido de escarpinos i chaleco, doctor Cándido Santa Ana; allí el médico, insigne analista, Leonardo Izurieta; allí... ¡Dios sabe cuanto genio bueno o malo!

Éran los miembros de la altísima Academia de Estudios Políticos, Sociales, Bolivarianos e Internacionales, a la cual, dos semanas hacía, yo perteneciera introducido por mi buen amigo Luis, estudiante del sexto de medicina, escritor i crítico.

Se celebraría el reconocimiento de presentación de un jovencito, de gran talento, decían, i a quien yo jamás había visto debido a mi costumbre de solitario empedernido. Pues mi natural timidez me aislaba de ese fenómeno con patas de perro i pico de loro que llaman sociedad.

Pero antes de ir yo quería serenarme. ¿Cómo entonces tomar de vez en vez parte en la discusión atreviéndome humildemente a echar mi cuarto a espadas?

I sólo Luis, Luis podía salvarme. Era el

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

amigo de todas mis confidencias, el confesor de todas mis cobardías i derrotas.

Luis era crítico. Las columnas de los diarios aparecían llenas de sus comentarios. Aquí un palo, allá una azotaína. No perdonaba nada. ¡I la facilidad que tenía de ironizar cuanto cosa sucediese! Siempre la frase aguda en sus labios, el comentario alegre, la sátira malevolente, cuchillo de doble filo, puñal florentino.

Yo guardaba mucha confianza con mi amigo Luis. No obstante, le temía. Sin duda se iba a reír de mí.

Pero Luis era de los hombres que tienen una capacidad afectiva nada común. Siempre necesitaba amar. Cuando no a una mujer a un perro, un libro, un objeto de arte, un amigo. Si le faltaba alguna vez el motivo de su pasión, allí era de verle, hosco, malhumorado, melancólico, en una cervecería bebiendo hasta el amanecer. Luis amaba mucho; no podía vivir sin amor. Acaso por eso era malo.

Porque Luis era mui, pero mui malva-

do. No se puede reír tanto sin ser malo, como no se puede amar la verdad sin ser perverso.

Casi nos criamos juntos. Ambos fuimos al colegio i conocimos los primeros libros pornográficos. Ambos nos iniciamos en los primeros vicios infantiles, él siempre riéndose, traviesamente, con aire de cura inteligente, yo, huraño, asustado, temeroso... Ambos aprendimos a amar libros i mujeres. El siempre irónico, hiriente, gracioso. Yo, bravo, colérico, insultante, cuando me pillaban alguna travesura.

Todas estas reflexiones i recuerdos me fueron llevando al convencimiento de que nada debía temer de Luis. Hasta llegué a hacerme la resolución de soportar valientemente el cuchillo de su risa. Era un amigo de confianza. Yo no podía callar más tiempo mi caso. Imposible. Acabaría mal.

Tomé el sombrero i salí de prisa, la cabeza baja en actitud de meditación.

No bien llegué a doblar la primera esquina, tuve que regresar.

Había olvidado el desayuno.

II

UNO QUE PUEDE SER DOS

Nunca estuve más necesitado de tentación que aquélla vez.

La religión me dijo, cuando miel era su verbo para mi gustar de niño, que allá, por tiempos olvidados, el mismísimo Dios fué conducido por la mano de satán al vértice agudo de tan grande montaña que se divisaba del mundo sólo su parte buena i tentadora. I el demonio enseñóle con su diestra honores i riquezas. Los ríos eran plata, las llanuras, oro, las manzanas, mujeres, los pájaros, orquestas.

Aquel debe haber sido el instante más

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

feliz de mi Dios: era tentado por ese ángel vencido i poderoso, dueño de cuanta sabia i dulce cosa nació por casualidad en la tierra.

Yo, por no ser Dios, con menos me hubiera contentado. Pero, ¿hay algo más aburrido, tenebroso i necio que la ociosidad, la ociosidad de no tener qué hacer cuando más falta hace el trabajo?

Se va a prender un cigarrillo i tiembla la mano. Se quiere caminar lento i los pasos resultan precipitados. Se desea pensar i tiembla el cerebro. La boca esta amarga, pastosa la lengua, hundidos i morados los cercos de los ojos. Sobre las orejas pesa el cabello. Hay ganas de acomodarse aunque sea los calzoncillos.

I en medio de tal angustia sufrir el padecimiento de esperar. Esperar. ¡Qué palabra más necia! ¿Esperaron alguna vez los verdaderos espíritus rebeldes? Hasta los santos gozaron de sus trances por no saber esperar el momento de sus liberaciones. Amaban i habían de sentir el amor,

el amor de sentidos, que sólo ese lo es, en estremecimientos o en milagros o en maravillosas quietudes de complejos misticismos.

Yo nunca he comprendido a los hombres que esperan. Me parecen estatuas de sal.

Ni la paciencia de Job fué paciencia de esperar. Apenas hay en la historia humana hombre más intranquilo i desesperado que este bendito Job cubierto de llagas, de suciedad i pestilencia.

Esperar es negarse a si mismo.

Medio kilómetro habría medido entre éstas i otras reflexiones, cuando alcancé a ver la hora en un reloj cualquiera i recién era las nueve.

¡Una hora! ¡Hay algo más largo que una hora?

¿Adonde ir? No sería capaz de cometer la vulgaridad malsana de trepar a un coche. Tampoco la villana actitud de entrar en una pastelería.

I me puse a caminar por todos lados a grandes pasos, furiosamente.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

¡Una hora! ¿Hay algo más largo que una hora?, volví a preguntarme.

El extremo de lata del cordón de mi zapato golpeaba el pavimento con un ruido machacón que llegó a serme intolerable. Al pantalón se le había ocurrido no caer del todo bien i se quedaba abombado por delante, cogido entre la pierna i la *lengueta* del calzado. Las llaves sonaban mezclándose al tintineo de las pocas monedas que llevaba encima.

Este concierto de cosas desagradables aumentaba mi desesperación. ¡Una hora más! Repetidas veces pasé i repasé por el bendito Parque de la Merced, allí mismo donde está el modesto don Pedro Carbo en puritana i fiera actitud, aprendiendo de memoria algún discurso y quedándole un brazo más largo que otro por aquéllo de las extravagancias i de las cosas raras, que en esta hora cualquier rampion pela cebollas, con tal de ensartar un ciento de disparates, adquiere bonitamente fama de raro talento, de profeta, vanguardista...

¡I hai que aguantar la joroba, que jorobar es ésto i jorobar de firme!

Que se debe hablar como placeras, ya es cosa cierta. Éste es idioma que se mueve. Pues a movernos todos, más o menos acompasadamente, más o menos como ramerías de pueblo o mozos de cordel!

Que vinieron al idioma palabras extranjeras o heredadas de fenecidos lenguajes que a razas hoi retrógradas i bien muertas, humilladas i gastadas pertenecieran, i que fueran aceptadas i puestas en uso por aquella más numerosa parte, pero que, a causa de problemas de raza que a nadie con los cuatro del pollino en la frente escapan, no puede dar el coeficiente mental i psicológico del valor humano de Ibero-América, no importa. La cuestión es moverse. ¿I el otro no se mueve? "E pur si muova"...

¿Hay algo más largo que una hora?

Anda que te anda me tropecé con la torre del Reloj Municipal, me tropecé i no veía la hora, que mi principal interés tal

A. PAREJA Y DIEZ CANSECO

era. Reloj es que no se ve. Un estupendo municipal imperfecto me aclaró que yo no había adivinado el detalle genial de la docta, doctísima corporación: sólo así la gente, en especial extranjera, fijaría sus miradas en el estilo morisco-morisqueta de la torre.

Mas avanzaba el pintero burlándose de mi angustia i desesperación, hasta que, de improviso, como quien siente un chorro de agua fría en un momento de elevado calor, escuché diez veces el golpe del badajo en las paredes cavernosas de la campana de un convento, porque en algún lugar habría de estar la campana.

Allí fué el correr ansioso, el momento más intenso de mis emociones!

I, sin embargo, conforme me acercaba al Parque de La Merced, iba sintiendo miedo. Otra vez el temor de la risa de Luis. O quizás me haría una revelación que daría al traste con mis nervios enfermos. ¿Cómo empezar? ¿Qué decir?

Terciado el *mocora*, brillantes los ape-

mas bigotes, un cigarrillo en los labios, en las manos, enlazadas por delante, bastón de fina caña, estaba Luis, mi amigo Luis Barrezueta, estudiante del sexto de medicina, escritor i crítico, parado en un rincón cualquiera de la humilde morada del humilde, humildísimo patricio guayaquileño.

Luis me sonreía, es decir, sonreía, mas no puedo asegurar a quien. Al estrechar su mano, al mirarle los ojos, no se por qué advertí que aquella sonrisa de pena era, que no mui alegres estaban las comisuras de sus labios.

—¿Cómo estás, Luis?

—¿Qué tal, Bernardo?

—Pues, hombre, has llegado primero... No te conozco. Tan puntual...

—Son las diez, Bernardo...

Nunca Luis me hablara en tono tan serio, casi rígido.

—Tienes razón. Pero... vamos, sentémonos en un banco.

—Como quieras.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Crucé las piernas. Envolví un cigarrillo. Tosí. Me arreglé la corbata. Me quité el sombrero. ¿Cómo principiar? ¿Qué decir?

—¿Están bien por tu casa?

—Bien, gracias. Mamá un poco enferma en días pasados. Pero felizmente ya no tiene nada.

—I tu papá, ¿cómo está?

Luis me lanzó una mirada inexplicable sin responder. Me asusté, temblé, me hice un ovillo espiritual. Algo había en Luis, algo que tenía relación con lo mío.

—¿Has ido a la universidad?

—No. Hace una semana que falto. No me siento del todo bien. Tengo pereza.

—.....

—¿Hay alguna novedad sobre eso? ¿Por qué me llamaste tan temprano? Francamente, me hiciste reír. Me imaginé que temblabas en el aparato.

—Sí, Luis, hay algo de nuevo. Pero, ¿qué es eso?, interrogué valiente ya i sorprendido, que la curiosidad sabe vencer todas las cobardías.

Mi amigo me volvió a mirar inexplicablemente, i no dijo nada.

—Alguna vez, Luis, hemos estudiado juntos ciertos problemas humanos. Tú me explicabas lo indescifrable que eran para mí la mayoría de las páginas que leíamos. ¿Te acuerdas? Estudiábamos entonces psicología analítica, repasábamos los últimos libros de Freud, los comentarios de Juarros, las investigaciones sexuales de Marañón, la estupenda colaboración al estudio del inconsciente realizada por Young, las críticas hermosas de Ortega i Gasset, las aventuradas conclusiones oníricas de César Camargo... Hasta ahora—¿sabes?—me he quedado sin entender una palabra.

—¿Quieres volver a estudiar?, me preguntó Luis riéndose abiertamente.

—No, hombre, no es eso... Es que, mira, se me ha arrugado el alma, tengo pliegues en el corazón i manchitas de luz en el cerebro... ¡Un caso, Luis, un caso!, grr-grité en voz tan alta i desesperada, que al-

A. PAREJA Y DIEZ CANSECO

gún transeunte volvió la cabeza hacia nosotros.

Otra carcajada de Luis.

—No te rías. Yo hace una barbaridad de tiempo que he perdido la sonoridad de la risa. Este es otro de mis problemas. Ahora mismo, parece que me ahogo, me duele la cabeza, se me enfrían las manos i tengo náuseas...

—Anda a ver al médico.

—¡Andate a la punta de un cuerno! No prétendas burlarte de mí, porque estallarí la bomba, la bomba de mis emociones contenidas desde hace tanto tiempo, que se han inflado apretadas i rabiosas...

—Oye, Bernardo, no te comprendo una palabra...

—¡Claro! ¡Qué me vas a comprender! ¿Lo comprendo yo acaso? Pero no, esta no es una razón. He venido donde tú porque tú podrías entenderlo. Quizás por un afán de desahogo... ¡Qué sé yo! ¡Es tan raro todo esto!

—Cualquiera diría que andas trastor-

nado chico.

—¡Trastornado! ¡Trastornado! Me carga esta palabra! ¿Sabes? La manera más ramplona de dar todas las explicaciones. ¡Todo, ¿por qué? Porque en el fondo hay maldad, maldad en lo bueno y en lo santo, en la pocilga y en el lecho untuoso, en el altar y en el prostíbulo... Desde las seis de la mañana he vivido tres siglos. Oyelo bien: he padecido trescientos años, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. ¿No te parece horrible todo esto? No me repliques, no me digas que hablo sandeces... El sandio serías tú, Luis. Te falta alma, espíritu de comprensión para las verdades humanas, para mis verdades que son las verdades del universo. No, Luis, es horrible. Tengo miedo, Luis, un miedo espantoso, el miedo de haberme vuelto loco... loco... Yo nunca he creído que el cerebro estaba compuesto de piezas exactas, de tornillos de lógica. El cerebro es lo más desordenado que existe. ¡Han saltado las tuercas! ¿O será que el corazón ha bom-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

beado hacia arriba i la sangre se ha congestionado en el cerebro? He aquí lo que deseo. ¡Ser normal! ¡Luis, Luis! Tengo miedo, miedo de conocer la solución de los problemas que me han preocupado trescientos años con sus días i sus noches, sus minutos i segundos. . .

—Escucha, Bernardo, procedamos con un poco de orden.

—¡Orden! ¡Orden! Otra palabra necia, huera. Mira, esta mañana, al comienzo de mis siglos de tortura, cuando me hice las primeras interrogaciones satánicas, sentí algo raro en mi rostro. Me llevé las manos—unas manos frías i teablondas, manos de cera—a los ojos i estaban húmedos. . . Sí, lloraba i yo no sentí cómo ni cuando. ¿Hay orden en esto? ¿Cómo quieres que proceda con orden?

—Pero, Bernardo, un momento. Déjame hablar i no me interrumpas, que ya me tienes caliente. Tú me has llamado por teléfono para rogarme un favor, una acla-

ración. Habla, pero con calma, sin exaltar-te. De otro modo nos estaremos aquí todo el día regañando i gesticulando.

—Sí, tienes razón. Allá voy. Pero, aguarda un momento. Vamos a una botica.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Ya estoy sereno. Fué una crisis de mi caso. Porque yo tengo un caso, Luis, un caso, un perfecto caso. Un dolorcillo de cabeza. Tomaré una tableta.

Mentira, mentira. Yo no tenía nada. Fué una salida mía en verdad mui inteligente. Necesitaba recogerme un poco, ganar tiempo para tener el valor de confesarle a Luis lo que me había ocurrido.

Regresando de la botica, comencé a hablar pausadamente, como el más cuerdo de los hombres, como yo .

Le conté todo, todo: mi madrugar de esa mañana, mi sensación agudísima de abandono i de cambio, mi laxitud de agonía. Punto por punto le fuí relatando mis aventuras extraordinarias de esa mañana memorable. Mi coraje llegó a decirle el te-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

mor que padecí creyendo que él, Luis, mi íntimo amigo, se iba a reír de mí. Pero no, antes le dije cómo, de repente, buscando el hilo que me condujera a la verdad de mi situación, pensé que la persona con quien había estado la última noche era la que podría darme la clave. Después le expliqué cómo, también de sopetón, me acordé de que aquella persona era él. Hablé largo, hablé hondo, hablé piano. Se lo dije todo, con un valor de fiera, con una temeridad de humano.

Luis se había puesto en pie i se paseaba visiblemente nervioso. Me escuchaba con la cabeza baja. De vez en vez me miraba con unos ojos rarísimos. Por fin sentóse a mi lado i, vencido no sé por qué, lloró.

—¡Cómo! ¿Lloras? ¡Ay, qué risa! Tú, llorando, Luis, i me eché a reír a grandes carcajadas.

La voz de Luis era ronca. Había desaparecido, acaso para siempre, aquel sonido hermosamente metálico de sus palabras. A cada paso se detenía. Habló vio-

lento, habló piano también.

Allí fué cuando yo salté de mi puesto. Casi me destrozo. Al recordarlo, tiemblo, tiemblo mucho. Siento un desvanecimiento, un no se qué inexplicable. No acierto a decir si me elevo o desciendo, pero noto que me pierdo en un vórtice de angustia.

Se desplomó el misterio. Sin embargo, sus alas me envolvían cada vez más.

¡Oh, instante de las revelaciones inauditas! Confusión de tétricos milagros, milagros de maldad.

Seguramente quedé idiotizado. Contemplaba a Luis en extremo nervioso. A veces recobraba una calma que, en verdad, en el fondo, nunca tuvo al hablarme así.

¿I si todo era mentira? No estaría yo fuera de la razón? ¡Razón! ¡Razón! ¿Quién está dentro de élla? No, yo no me había vuelto loco, imposible: pensaba. Recordé que alguien dijo: "pienso, luego existo". Pienso, luego no estoy loco, me repetí millones de veces. Esto era verdad. De otro modo, quien lanzó aquella frase

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

también era un loco. ¿I por qué no? Si, eso era: fué loco, loco, loquísimo. Los dos: él i yo.

Lo que Luis me había contado no era verdad. ¿I qué es la verdad? Imaginación, locura. La única verdad es la risa, i eso era llanto, sólo llanto, llanto amargo i copioso. Verdad: engaño de sí mismo. Forma lógica, pero nada más que forma. Ninguna verdad tiene contenido. Todas son huecas, enormemente huecas, vacías i hediondas. Es únicamente una disciplina como cualquier otra. I cuando la mentira se hace disciplina también es verdad. La verdad no está sino en la convicción de la lógica, en el encadenamiento de las palabras, en la exactitud del pensamiento. La verdad es una línea que se traza en la arena, una línea que puede ser perfecta, pero que al primer embate del viento o del mar desaparece. Es también la comba preciosa de una ola, que se hunde enseguida. Es la trayectoria de una estrella errante sobre un azul sin fondo.

Para estar dentro de algo, precisa que ese algo sea un corral, un cuarto o un círculo que nos encierra el alma. Nadie está dentro de nada, porque sólo se puede estar dentro de sí mismo. Luego nadie está dentro de la razón, i yo no era loco porque todos los hombres son locos. No hay más que una fase uniforme para los humanos. Pero si nadie está dentro de la razón, nadie está afuera tampoco. Entonces nadie era loco y yo era como los otros: un normal.

—¡Yo soy lo mismo que todos, Luis! chillé con desesperación.

Me conté los dedos de la mano repetidas veces, del meñique al pulgar, del pulgar al meñique. ¿I qué me hubiera pasado si me faltara un dedo? ¡No podría contar! Esta suposición me asustó, Me palpé las manos, las guardé entre éllas, las metí juntas en un bolsillo.

Hacía rato que Luis me hablaba sin conseguir mi atención. Me tomó los hombros i sacudióme con fuerza.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

¡Pero Bernardo! ¿Qué te pasa? No se puede uno dejar vencer así tan fácilmente. ¿Somos o no somos hombres?

Se levantó. Le seguí como un autómata. El reloj gimió doce veces. Las conté con una acuciosidad de entomólogo.

Entramos a un bar. Pedimos cerveza helada i nos pusimos a beber en silencio.

Poco rato después el alcohol hizo sus efectos i me entraron unas ganas de hablar incontenibles. El pobre Luis tuvo que sufrir por más de una hora la brillante exhuberancia de mi logomaquia.

Le discutí todo, eché por tierra todos los sistemas i todas las conclusiones. Le hablé de la vida, de sus problemas absurdos y más insignificantes. Me elevé hasta describirle la vida racional i metódica de la hormiga. Forjé una teoría de la guerra i el fraude. Analicé la compleja psicología enfermiza de un payaso i los motivos sexuales de un recluso de convento.

Almorzamos, como era natural, copiosamente en el primer restaurante que se nos

presentó a las narices.

Tan larga fué mi lucha cerebral que me sentí exhausto. Luis debió de verme casi desmayado, pues toda la ironía que había puesto en escucharme i comentar una que otra vez mi elocuente discurso se tradujo de improviso en temor por mi salud.

—No olvides, Bernardo, que a las cinco tenemos que asistir a la reunión de la Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales. Es necesario que te calmes.

—¿Ir yo a esa reunión? No, Luis, no puede ser.

—¿Cómo nó?, Bernardo. Tenemos que ir. Ya verás lo interesante que es todo éllo. Hay que distraerse de las desgracias haciendo algo por la ciencia i el bienestar común. La vida de un hombre no puede desarrollarse en la horrible uniformidad de su ser. Hay que darnos a todos si queremos darnos a nosotros mismos. Ya verás como te sienta el espíritu un trabajo intelectual i humano por excelencia.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Pero si lo que me siento es enfermo. Sufro una especie de vértigo. Déjame ir a dormir. Quiero estar solo. Me creo valiente para luchar contra los sofismas materializados que me acosan.

—No, Bernardo, primero iremos donde un médico...

—¿Qué!

—Descuida, hombre. Se trata de un profesor mío, casi mi íntimo amigo. No es por nada. Es que te ha hecho un poco de daño la cerveza i tienes que reponerte para ir a la reunión.

I así, quiera que no, conduciéndome con argumentos bondadosos, con palabras mellifluas, con ruegos, súplicas, me fué llevando del brazo hacia el asqueroso consultorio de un médico.

Presentaciones. Palabras de saludo i cortesía.

Salté todos los turnos debido a la influencia indiscutible de Luis.

Encontré al hombre más afable e hipócrita que nunca pudo soñar la imaginación

más diabólica. Me dí cuenta de que éste era un nuevo enemigo con quien habría de combatir. Me apercibí a la defensa, i resolví usar del tino mejor i la hipocresía perfecta. Ni San Antonio me gana con todas su arterías con que burló al demonio, pensé como un hijo de Loyola.

Casi una hora duró el examen. Puso atención al pulso, abríome los ojos con los dedos, me palpó el estómago haciéndome reír. Me quiso ver desnudo. Obedecí sonriendo. Su vista recorrió todas las partes de mi cuerpo deteniéndose algunas veces con marcadas intenciones de matar el tiempo. ¡El muy imbécil creyó que no le comprendía! Después vinieron las preguntas. Mis respuestas fueron tan serenas, vivas, irónicas e ingeniosas que el pobre hombrecillo quedó pasmado, vencido. Insistió en aquello de si padecía amnesias parciales, momentáneas o específicas sobre cierta clase de hechos. Le contesté que me acordaba hasta del fausto minuto en que nací. Éste fué un palazo para el infe-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

liz criminal con lentes.

—¿Hay dolores de cabeza?

—De pié, a veces, doctor.

—Un ligero principio dispéptico. Algo de insuficiencia renal, a causa del mal funcionamiento del estómago. . .

—Pero, doctor, si orino perfectamente bien! . . .

—Eso no importa, señor mío. Sobreexcitación ocasionada por el intestino. Agolpamiento de gases en la traquearteria. Ligera arritmia. Oscilación nerviosa localizada en la protuberancia anular. Dificultades momentáneas en el movimiento de los músculos abductores e interóscos dorsales. . . No tiene ninguna importancia.

—¡Doctor! ¡Si me ha diagnosticado usted tres docenas de males!

—Que se deben a uno solo, amigo mío: insuficiencia digestiva. Tome esta recetita. Hágala despachar en seguida i bébala en cuatro partes, con intervalo de tres horas cada una. Duchas frías por las mañanas en la espina dorsal, que duren no menos de

tres minutos. Leche en abundancia i alimentos a base de élla. Nada de cosas pesadas. Poca sal y poca carne. Esto no es nada. Esfuérezase en buscar reposo y tranquilidad. Vuelva la semana próxima.

Salí casi corriendó para no reventar de risa.

—¿I se ha creído este gaznápiro que voy a regresar?, dije a Luis.

—Pero, hombre, no seas burlón. Vamos a comprar la receta i a dirigirnos a la reunión en seguida.

—A la reunión, bueno. Te doý gusto. Pero lo que es yo no me tomo por nada el brebaje que me ha vendido ese imbécil pernicioso.

*

* *

Hay veces en que la luz toma colores extraordinarios. És en los momentos en que palpita intensamente la alegría de vivir, el bienestar de ser. Ésos minutos no los pueden adivinar los pueblos ni la historia. Para estos dos necios la capacidad

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

afectiva de vida se rige por los moldes sociales de las épocas. Después de la Edad Media, que no conoce ninguna aspiración perfectiva, la primer ansia de despertar se origina con el Renacimiento. La última es en el siglo dieciochesco, que ya no sólo es ansia de despertar sino ánimo, conquista i esperanza. Acaso, dominio. ¿I ahora? Ahora no se sabe aún.

Pero esto es completamente occidental i, por tanto, estúpido. Hay variedad en los pueblos.

I también entre los hombres .

Hay luz en la tardé, luz extraordinaria, multicolor i grande.

En mi cerebro desoccidentalizado hay manchas pequeñitas de luz.

III

MAS ALLA LA SOSPECHA

Era vano todo esfuerzo.

Corría por las paredes del círculo blanco de cristal, meneaba los miembros agitadamente, se pasaba las manos por la cara, unía su boca de tenazas al trasero, i volvía a emprender carrera desenfrenada.

De improviso elevaba yo la cúpula sonora i le dejaba una libertad momentánea, condicional. Cuando ya se creía perfectamente libre, bailándole los miembros de gusto, atrapábala de nuevo con sistema i refinamiento.

En un instante de lucha le cogí las delgadas patas con el borde de la cárcel musical. Mas, como la finalidad de mi poten-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

te espíritu de observación no era hacerla daño, la relevé del martirio.

Mis poderosas facultades de concentración la observaban con ritmo científico i filosófico. La teoría del encadenamiento circular, de la evolución hacia la perfectibilidad libertaria i del desarrollo de los instintos de lucha i defensa se hallaba plenamente confirmada.

Soplé humo del tabaco que estaba fumando hacia dentro de la armónica blanca de la cárcel bacteriológica, i, cuando esperaba impaciente la demostración de mi último experimento, fuí distraído por un pisotón formidable.

Luis me abría unos ojos enormes i amenazantes.

Tuve que dejar a un lado mis experimentos i atender a la importante discusión que sostenía la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales.

Nos hallábamos sentados alrededor de una mesa muy larga cubierta de un her-

moso tapete recamado por hilos de oro que tejían flores i mosaicos.

En el centro de la mesa, un timbre, un tintero, plumas i papeles.

Sobre élla, vasos. Unos teñidos por vino bermejo de color i acaso de sabor; otros, rubios, norteños, bailadores i saltimbanquis.

Al fondo de la habitación, paredes congestionadas de libros. Volúmenes gruesos, con títulos dorados, capaces de infundir temor al más audaz desflorador del saber. Algunos tapices, medianamente hermosos. Copias ridículas de cuadros célebres que sería tonto enumerar.

Nos presidía el eminente doctor Fene-lón Castilla, abogado, diputado, magistrado, letrado i barbado.

La cabeza cana era un monte orgulloso, un mundo que hubiera pasado al estado de congelación. Los bigotes, marciales i pen-sativos. Las manos, huesosas i cruzadas por venas azules—era noble—. Los ojos, los ojos no se le veían, pero si los lentes

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

que es lo mismo: brillaban. ¡Ah! ¿I la frente? Catorce dedos podrían contarse desde las cejas al nacimiento del cabello. Una que otra arruga, huella indeleble del pensamiento, la adornaba. Los labios, indefinibles, como de todo gran hombre.

Dirigía la discusión con un orden ejemplar. Se adivinaba al hombre sabio. Se rechazaba al genio, lo cual era una ventaja para el ilustre doctor Castilla.

A veces tomaba notas en grandes papeletes i dibujaba flechas i manos perfectas que señalaban o indicaban algo. La letra, de notario.

Allí todos. Alegres o hipocondriacos, tontos o inteligentes, idealistas o maquinistas, barbados o lampiños, no vale la pena describirlos. Cuando más apuntar la miopera notable de un reverendo miembro de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales.

—A mi modo de ver, decía campanudo el doctor Castilla, el problema es harto

complejo i encierra trayectorias insospechadas. Entiendo que la discusión se desvía a causa del natural entusiasmo. Quisiera escuchar un razonamiento claro de las opiniones del señor doctor Santa Ana.

—Soy catedrático de derecho político, señor presidente. Usted i los aquí presente bien lo saben. Pues en tal carácter he de juzgar los acontecimientos ocurridos en el país hermano i padre. No se hasta qué punto orienten sus actividades humanas e intelectuales mis honorables compañeros. Humildemente descubro el velo de mi pensamiento.

—Me permito felicitar al señor doctor Santa Ana por los salientes rasgos autobiográficos que acaba de esbozar, apuntó mi amigo Luis, más serio que un juez de palo.

—Gracias, don Luis Barrezueta. Pero mi ligera exposición no pretende arrancar comentarios elogiosos o críticas desnaturalizadas. El señor presidente lo sabe i lo comprende así. Es que quiero dar a enten-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

der a ustedes la concordancia que mis opiniones i mis pensamientos guardan, en absoluto sentido moral i de responsabilidad, con mi carácter i mis hábitos.

—Así lo entiendo, señor doctor. Disculpe usted la interrupción causada por un sentimiento admirativo.

—Está mui bien. Los últimos acontecimientos van, quizás, a señalar una nueva era en la historia de la raza. "Triunfo político es triunfo de vida i de alma colectiva i de raza; es cambio espiritual i hondo de los pueblos", que dijo Maquiavelo. Niceto Alcalá Zamora, quien, dicho sea de paso, conmigo se cartea, me parece la figura más alta del momento histórico de la raza. A mi modo de ver, Alcalá es una potencia neutralizadora. "Los papeles más importantes y definitivos en la química de los pueblos son los neutralizadores" exclamó el entusiasmo afrodisiaco de Goethe. Me parece nimia la discusión que pretende entablar don Fermín Acosta sobre si la república conviene o desconviene a España. En pri-

mer lugar, debemos quitar la palabra España i reemplazarla por la de raza. En segundo, la conveniencia está ya admitida en todos los espíritus como un factor de progreso i un hecho de conquista por éste. Hay que discutir las proyecciones del movimiento, sus consecuencias morales i jurídicas en el devenir gigantesco de la raza. "El concepto político de pueblo debe ser reemplazado por el de raza, más humano, completo i moral", dijo alguna vez el inmortal Cervantes, el romántico manco de Lepanto. He aquí mi conclusión: discutir las proyecciones políticas, morales y sociales del advenimiento de la república en España, en relación al desarrollo cultural de nuestra raza. Ya lo dijo Dreyfus: "La cultura es el ropaje exterior del alma i los sentidos humanos".

—Creo, dijo el caritativo don Fermín Acosta, que de esta reunión benéfica depende el apoyo que nuestro país debe conceder a España en estos momentos de trifulca. Yo opino que no discutamos proble-

mas sino hechos. ¿Cómo organizaremos el apoyo que a España debe dar la República de los Mansos? He aquí el meollo del asunto.

—No hay lógica en la discusión, señores. Solicité que expusiera su tesis el doctor Santa Ana. El asunto está ya muy discutido. Votemos por la moción del doctor Santa Ana.

—Perdón. Yo no he elevado ninguna moción, y, por tanto, me opongo a que se discuta mis opiniones.

—¡Pero doctor Santa Ana! ¡Orden! ¡Método! ¡Lógica! “El orden es la tabla de salvación de la humanidad”, sabe usted que dijo Cyrano de Bergerac.

—Es el caso, señor presidente, que yo necesito, antes de elevar a moción mis conceptos, luchar por ellos, es decir, hacer campaña en su favor, procurar que sean aceptados.

—Ha sucedido un hecho. Debemos apoyar su significación moral. Eso es todo, exclamó don Fermín Acosta.

R I O A R R I B A

—¿Qué entiende usted por hechos? preguntó Luis.

—Todo lo realizado.

—¿I cuál es el hecho realizado?

—El advenimiento de la república en España, al que debemos prestar nuestro apoyo incondicional.

—De modo que es necesario apoyar todos los hechos, sin estudiar sus valores morales i sociales. ¿Quiere usted decir éso?

—¡Es obvio discutir ahora la capacidad moral i social del gran hecho!

—Quiero oír la opinión de todos, dijo el honorable presidente. Señor Acuña, ¿qué opina usted?

—Que se debe presentar un alegato al Papa i un memorial a Stalin.

—¡Cómo!

—¡Es ridículo!

—¡Es burla!

—¡No entiendo una sílaba!

—Calma, señores, pidió el doctor Castilla. Que razone su opinión el señor Acuña.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Nada más fácil, señores. Dos fuerzas luchan, la una polariza a la otra, y viceversa. Los contrarios tienen en sus extremos puntos de unión incontrovertibles. Es cuando se unen. Pero cuando las fuerzas luchan con fiereza, se rompen entre sí, por que no utilizan para la brega sus puntas sino sus medios. La vida nace por el choque de fuerzas. El mundo se termina i fracasa por choques de fuerzas también. Sólo depende la construcción o destrucción de la vida del plano geométrico o de la forma topográfica en que las fuerzas se sitúan. Por eso puede decirse que todo lo que comienza a nacer comienza también a morir. La vida depende de la geometría: de planos, rectángulos, paralelas, hipotenusas i triángulos, sobre todo, triángulos. Las dimensiones caracterizan a los fenómenos. La cuestión sensorial-geométrica se revisita de la importancia de causalidad primera en la sucesión infinita de los hechos. Porque los hechos—personas, acciones i cosas—son cuerpos que se colocan en la

plano geométrico, y depende su examen i comprensión de la visibilidad matemática del observador geometra . . .

—Creo—dijo el doctor Castilla—que el señor Acuña se ha desviado del tema llevado por el amor a la ciencia.

Los demás no acertaban a decir palabra, atemorizados por la genial elucubración de mi teoría.

—Voy a explicar, señores, voy a explicar como dicen los ingleses. El hecho republicano español, como todos los hechos se caracteriza en su producción por el choque de dos fuerzas. En este caso las fuerzas han roto sus lanzas por el medio y ha estallado la violencia, determinada ahora por un cambio brusco de vida. Bien, necesitamos descubrir las dos fuerzas. Estas son, sin duda alguna, el sentimiento tradicional, religioso, monárquico, de costumbres políticas, etc. etc. i el sentimiento renovador, liberalismo, irreligiosidad, socialismo, comunismo, etc. La primera tiene su cabeza en el papado; la segunda en Stalin,

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

por el momento. ¿A quién dirigirnos? ¡A los dos! Un alegato al Papa que contemple la explicación doctrinaria i humana de las nuevas teorías, y un memorial a Stalin que reseñe los últimos acontecimientos, incluyéndolos dentro del movimiento universal contemporáneo, desligándolos, por decirlo así, en cierta medida, de las causales psicológicas de la mentalidad soviética. Me parece lo mejor, si señores, lo mejor.

—Hai fondo tendencioso en la exposición del señor Acuña, atacó don Facundo Sierra, sagaz político.

—Me parece sencillamente absurda la disección analítica del expositor, chilló con voz de soprano el médico doctor Izurieta.

—Se ha desviado completamente de mi cuestión, dijo el doctor Santa Ana, catedrático de escarpines i chaleco.

—No han comprendido el alcance moral de mis insinuaciones, expresó con meliflua voz el caritativo don Fermín Acosta.

—Esto es inconcebible.

—Descentrado.

—Absurdo.

—Ilógico.

—¡Calma, señores! Uso de mis atribuciones de presidente. Son las siete i media de la noche. Clatisuro la sesión. Nombro un círculo de estudio del problema, constituido por el doctor Santa Ana, don Fermín Acosta i yo. Dicho círculo presentará sus conclusiones en la próxima junta. Ahora, como ustedes saben, va a sesionar el núcleo secreto. He dicho.

Este núcleo secreto, que se quedó discutiendo, estaba formado por el presidente, por don Facundo Sierra i el doctor Santa Ana. No me imaginé de qué se trataba. Algunos días después lo supe.

Nos despedimos i nos marchamos cada uno por su lado.

El jovencito quien asistió por vez primera a las reuniones de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales, tenía aspecto enfermizo. Se hallaba realmente asustado.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

No desplegó los labios, no dijo nada, no miró: se sobó las manos i escuchó durante el tiempo de las discusiones .

Me eché a caminar en dirección constantemente oblicua, para evitar peligros, meditando con profundidad en los problemas más ponderados de la época: Rusia estaba en el horizonte, roja i riente, enseñando los dientes al mundo, invadiendo todos los mercados, atafagando con muebles a Inglaterra, con tejidos a Francia, con madera a Yanquilandia. Lenin en espíritu patrullaba debajo de una capa colorada llevando a Marx en la grupa de su caballo apocalíptico. España era un cero que iba borrando la mitad de su contorno en transformación interesante de nueve. La India. ¡Ah, la India! Esto era radical. Seguido de un séquito de luces morbosas caminaba Gandhi montado en cebú de doble giba, con el cráneo pelado siempre hacia adelante.

* * *

Pero Luis iba a mi lado. Parecía mi

sombra. La cabeza de Gandhi se transformó en la de Luis, inclinada i melancólica.

En una esquina (¿Por qué hablaré siempre de esquinas?) traté de retirarme. Inútil. Yo no quería andar con nadie i menos con el antipático de Luis. Necesitaba estar solo, bien solo, únicamente solo.

Luis no se despegaba de mi lado. Se empeñó en acompañarme a todo trance.

I nos pusimos a andar. Luis debía ser un degenerado con estigmas alcohólicos. En cada bar se detenía a beber. Yo tenía que hacerlo también. No quedaba otro remedio.

El me pedía quedarnos en una cantina, pero yo no le daba gusto. Me entraron unas ganas tremendas de andar por todas partes.

I así estuvimos, cazcaeando de arriba a abajo y de abajo a arriba hasta que sentimos hambre.

Durante la comida nos dedicamos a callar. Una triste desconfianza comenzaba a adueñarse de mi espíritu. Seguramente

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Luis creía que yo era el único culpable del espantoso hecho. Sin embargo—y esto puedo garantizarlo—yo era en absoluto inocente.

Poco a poco fuí convenciéndome de que Luis era culpable i malo. ¿Por qué se obstinaba en guardar silencio? Tenía aspecto melancólico, mui triste. Sólo bebía en abundancia.

Pero, por felicidad, yo tengo cierta facultad de penetración que no de pocas dificultades i peligros me ha salvado en la vida. Comprendí en el acto que todo éllo era fingimiento de Luis. Me había engañado desde mi más remota infancia. Luis era un perverso. De aquí su eterna risa socarrona i mala.

Ahora recordaba con claridad que varias veces en el colegio sufrí castigos que a él correspondían. Así se deslizó mi vida: un perpetuo engaño, un hurto de mi conciencia de niño y de bueno realizado por el que había creído siempre un verdadero amigo.

Un hecho elocuente vino a demostrar mis temores, que ya eran casi certidumbre.

Al terminar la comida, Luis palmoteó i habló con el mozo en secreto. Luego trajeron dos copitas i una botella sin marbete. Vertió Luis un poco del líquido en las copas. Volvió a llamar i trajeron otra botella de color distinto a la anterior. Hizo lo mismo que con la primera. El hecho se repitió unas dos veces más. Después exprimió la mitad de un limón y bazuqueó el líquido en las copitas. Me ofreció una de ellas.

Es muy lógico suponer que yo no la bebí: disimuladamente vertí su contenido en el suelo.

Resolví entonces espiar a Luis toda esa noche a fin de darme cuenta exacta de sus propósitos criminales.

La ocasión la pintan calva. Luis me rogaba acompañarlo aquella noche, pues no quería regresar a casa temprano.

—Pero, ¿qué nos vamos a hacer toda la noche?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Allí veremos. Vamos de parranda.

—¿Adónde?

—Aunque sea a un cabaret.

—Como quieras. Me es indiferente.

La verdad es que me costó un trabajo enorme dar esta respuesta, contrariando mis deseos de soledad. Pero me era ya no necesario sino indispensable investigar hasta qué límite llegaban los malos instintos de Luis.

Sin andar mucho ni poco hallamos a un echacuervos de ésos que son felices i que entienden la vida tal como élla es en el fondo: escena de alcahuetería.

Conseguir dos mujeres en Guayaquil ya es trabajo y arduo. Quiero decir dos mujeres guapas, limpias, sin ser inteligentes i menos bonitas, pero con ese tino especial i flexible que debe tener la del oficio.

Al cabo de media hora estábamos sentados junto a dos damiselas, esforzándonos por hacer chistes, trabajando por reírnos.

En verdad, yo no necesitaba de mucho para éllo. Pero Luis sí. No había duda de

que mi amigo era un degenerado alcohólico, enfermo de melancolía progresiva, un inadaptado. El estigma hereditario había-se manifestado de repente, a causa del crimen que Luis cometiera. Este caso de melancolía era complejo i digno de estudio: Luis, el más alegre, irónico, elocuente, festivo, saturado de una intensa robustez de vida, sufría un ataque de melancolía aguda, que era, después de todo, la cualidad diferencial de su carácter. Su anterior forma de vida pudo ser muy bien un período histérico o erotómano. Recordé que de muy joven padeció un reumatismo articular bastante fuerte, lleno de complicaciones cardiacas, localizadas en insuficiencia aórtica. Pasó esta enfermedad i luego volvió a ser el mismo de siempre: alegre, muy alegre. Mas ahora comenzaba el período de crisis. Muy pronto su dolencia iba a manifestarse en aguda depresión mental, caracterizándose una melancolía estúpida.

Después de todo, era lo mejor que podía

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

pasarle a este amigo pernicioso. La única forma de librarme definitivamente de él.

Seguimos haciendo bromas, riendo, por lo menos yo.

Si por desgracia nos hubiera visto un señor capitán, tres veces capitán, de puerto, de balandra y de bomberos, nos hubiese promovido un escándalo mayúsculo, guiado por su furia anafrodita.

A eso de las doce de la noche subimos a un auto i nos dirigimos al cabaret.

Reinaba una música diabólica. Esta si que no podía ser verdad. Imposible. I no era verdad porque no era música.

Las parejas danzaban en círculos rapidísimos que llegaron a producirme vértigo de entusiasmo.

Luis, sentado a una mesa, delante de copitas de whisky no desplegaba los labios. Ni un momento sonrió sinquiera, a pesar de que Gómez de la Serna piensa que estar serio es más humorístico que sonreír.

Yo si,—no tengo interés en ocultarlo— me dediqué a bailar después de pocos mi-

nutos .

Me enlacé con una hembra greñuda, opulenta, i, hasta cierto punto, guapa. Llevaba ajorcas en las gargantas de los pies y en los brazos, Una cantidad fantástica de vidrios relucían en su cuerpo.

Al terminar la pieza, llevé a la mujer a nuestra mesa, presentándola a Luis.

—Mira, Luis, esta muchacha que huele a búcaro.

—¿Qué toma?, preguntó Luis, taciturno.

—¡Mozo! ¡Tráeme una menta!

Al frente, un hombre feo y repulsivo, con facciones agresivas de bode, me miraba.

Cuando menos lo pensé decía a mi chica, en nuestras barbas:

—Vamos a bailar.

—¡Ay! Estoy muy cansada.

—No importa. Bailemos.

—Te digo que estoy muy cansada. Déjame.

—¿Bailas o no bailas?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—¿Con qué derecho me hablas así?

—Baila so...

No terminó la frase. Me levanté e intervine.

—No tiene usted derecho...

—Esta mujer es mía.

—Pues llévesela usted en buena hora.

Bueno, yo no se lo que pasó. Lo cierto es que de repente nos vimos envueltos en una trifulca. Vino otra mujer, disputóle el macho cabrío aquél a la chica que yo había llevado a la mesa, se fueron a las manos, salieron las partidarias de uno i otro bando i...

Nada más divertido i notable que una pelea de mujeres. Es un espectáculo que se debe pagar mui bien.

Una confusión terrible, que aprovechaba algún galafate de oficio haciendo desaparecer hasta los objetos de los bolsillos.

Hay que tener en cuenta además que el bochinche me proporcionaba un experimento interesantísimo para mis estudios de antropología femenina.

R I O A R R I B A

Y, claro, llegaron los marranos policías. Cuestión de unas monedas en una mano i unos cigarrillos en la otra. Acaso también un trago. Este detalle no lo recuerdo muy bien.

—Y no jodais.

IV

COMEDIA

Ven aquí, hombre pequeñito. Hombre diminuto. Acércate. No, así no; más aún. Que tu oído se afine, que tus manos lleguen casi a palparme, que tu vista, sin llorar, sin el zumo agraz de tus lágrimas cobardes, sea capaz de fijar en la retina de tus ojos la sorprendente visión de mi altura absidal.

Sobre todo el oído. Afina tu sentido máximo. Que se alargue el pabellón de su órgano, que se aperciba a vibrar su tímpano desacostumbrado a los sonidos cósmicos, que su caracol lleve a la virgen espiral del laberinto el contacto de mi esencia y de mi espíritu . . .

Hombre diminuto. Acércate más. No te

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

pongas carilargo, no te pongas aovado. No ocultes tu abyecto rostro de cinocéfalo. Ven y escucha.

Soy baquiano en el conducir. Tu médula no sentirá el golpe mortal que ha sentido la mía. No te hagas el zafio aunque lo seas. Disimula bondad, disimula coraje. Ven y escucha.

Endereza tu espina dorsal. Ponte rígido, tal que una estatua viva.

Si ahora escribo estos recuerdos es porque me hallo lejos, muy lejos de tí i tus semejantes.

Estoy solo. ¿Sabes, acaso, lo que es estar solo? ¿Te imaginas lo que duele el desamparo? Estar solo es ser exquisito. Es ser uno, uno. ¿Sabes lo que es uno? Es el principio, es lo primero, es estar solo, es, aún, estar antes que el cero.

¿Has tenido alguna vez en tu vida casera, en tu vida de ostra, noción de la unidad? Es el monismo de uno, la inmanencia de la vida del espíritu, la emancipación metafísica del ser. Es el yo que domina. Es la

inutilidad del intelectualismo, el descabro de los pensadores griegos, el triunfo de Kant, la excelsitud de los hegelianos, la muerte civil de Wolff.

La unidad es immanente y al mismo tiempo dominadora y creadora de las cosas. ¿Llegas a comprender esto? No, seguro que no: te falta nariz para éello. ¿Puedes entender que la unidad es tanto más múltiple cuanto más unidad? ¿Alcanzarás algún día a sospechar los factores cósmicos que determinan sus valores? ¿Comprendes ahora por qué es immanente y sin embargo domina, crea y se hace múltiple? No. Para qué hablarte de estas cosas. Mis palabras te deben sonar a jerigonza. Eres chato, terriblemente chato.

Si te hablara del dolor tampoco lo entenderías. Hombre diminuto, ¿has tenido alguna vez dolor? Me responderás que sí, que te han dolido las muélas. Hombre pequeño, tú no sabes qué es el dolor.

¿Se te ha ocurrido preguntar algo al despertar una mañana cubierta de niebla?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

¿Han muerto tu padre, tu madre, tus hermanos? ¿Has perdido a la amada de tus sueños? ¿Han fracasado una a una todas tus ilusiones? ¿Eres enfermo, hiponcondríaco, neurótico? ¿Tienes hambre y frío?

¿Y te has creído que todo eso es el dolor? No, mísera ostra, churrigueresco personaje de una fábula de ratón.

Nada de eso es dolor, hombre pequeñito. Tú no puedes saberlo; eres incapaz de sentirlo.

El dolor es ser uno. ¿Sabes? No es estar ciego ni manco ni cojo, ni pobre ni hambriento ni huérfano. El dolor no es estar: el dolor es simplemente ser. I ser siendo uno es más dolor aún. El dolor también es negación. ¿Entiendes? Cuando se llega a la unidad perfecta se llega a la negación de lo demás. ¿Comprendes ahora? Es también mentira. El dolor es el no. Es engaño i fraude. La única verdad es la risa. El dolor sólo es verdad cuando es dolor de risa.

El dolor no consiste en las heridas que

se hacen. Está en las que nacieron. Vive en la composición misma de la esencia, en el fondo del verbo y en las alturas inaccesibles. Tiene vida i movimiento propios. Porque es uno, uno. Sólo se llega al dolor pasando por sobre los conceptos humanos.

No te achates de esa manera. No te hagas más pequeño de lo que eres. No podría verte. Desaparecerías de mi lente de aumento.

Es inútil. Contigo no puedo hablar. Sólo puedo hablar conmigo mismo. ¿Comprendes ahora qué es el dolor?

Hombre diminuto, ven aquí. No tiembles. Afina tu oído, abre tus ojos, extiende tus manos. Acércate más. Ven i escucha.

Tal es mi sensación de soledad, de esa soledad que he perseguido tanto tiempo: trescientos años con sus días, sus noches, minutos y segundos, que me parece que estoy encerrado entre muros de piedra. Si llega la luz, ha de venir quebrada por rendijas. Escribo con la luz de mi cerebro.

Sin embargo, yo no estoy encerrado. La

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

única cárcel que me aprisiona es la cárcel de mi yo. Soy más libre que todos los hombres. ¡Pero cómo quisiera arrancarme de esta amarra, huir de esta piedra, romper el círculo de mi personalidad!

Escribo estos recuerdos desde la otra margen de mi río. A pesar de todo, hay calma. Ya murió el aguijón terrible de la esperanza. Aquí no hay nada que esperar, ¡soi dichoso.

Lo único que me atormenta a veces es un deseo insatisfecho que nació allá, del otro lado, antes de cruzar el río.

Yo conozco todas las muecas. Están pintadas en el fondo negro ¡romántico de la vida. Se iluminan de sol ¡parecen moverse.

* * *

Una de esas tardes, en las cuales no se sabe qué hacer, estaba parado en una esquina (siempre las esquinas) cuando vi pasar una chiquilla menuda ¡graciosa. Más que por deseo, por curiosidad ¡entretenimiento la seguí.

Antes de cinco minutos la abordaba. Cajera de almacén. Diez i nueve años confesados. Carmela, Carmela Núñez. Más o menos bonita. El salario no le bastaba para mantenerse. Por las noches bordaba. Los sábados, tenía amigos.

¿Escenas sentimentales? ¿Palabras de amor, apasionamiento, desahogos sexuales? No, no haré eso. Te has equivocado, hombrecillo. Si no te gusta, vete. Pero no puedo darte placer, refocilar tu vulgaridad.

Las cosas pasaron porque tenían que pasar. Esta frase hecha le salva a uno de muchas dificultades.

Me constituí en amante de la chica Carmela Núñez, cajera de profesión, bordadora por necesidad, amiga por afición seguramente. . .

No se si me engaño, pero hasta ahora he creído que llegué a sustituir a todos los amiguitos del sábado.

No me podía quejar de la querencia. En realidad, no la amaba. ¿Importa ésto algo?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Mis días se deslizaban tranquilos, sencillos, junto a mi chicuela morganática.

No se trata en este caso de una zurróna, de un tabuco de lenocinio. No. Era lo más natural, honesto i cándido que se puede imaginar.

En lo que sí le estaba agradecido a Carmela era que por élla fuí perdiendo poco a poco mi costumbre de beber. No es que la amaba. Estoy seguro. Es que tenía donde pasar mis veladas, mis ratos de ocio, que eran muchos. De vez en vez ambos tomábamos un trago, un coctelito, o una cerveza durante las comidas.

Era mimosa, educada, i a veces me convencía de su amor.

Un domingo salimos a pasear. Nos encontramos con una chica linda. Se saludaron, se besaron.

—Mi prima Petra.

—Bernardo Acuña, a sus órdenes.

—Cuanto gusto. Ya había oído hablar mucho de usted.

—¿De mí? ¡Qué raro! ¿Y a quién?

R I O A R R I B A

—Pues a esta bobalicona. ¿A quién iba a ser?

—Acompáñanos, Petra. Ven a dar un paseo. Después Bernardo nos llevará a tomar helados.

—Si no soy inoportuna... I con lo que me gustan los helados...

—¡Vamos! ¡Andando!

Por la tarde de ese mismo día ví en la calle a mi amigo Luis.

Venía silbando un tango de moda. Alegre, como siempre. Irreprochablemente vestido. Afeitado.

—¡Qué hai, Luis! ¿Adónde vas tan emperifollado?

—Como siempre, hijo, como siempre. Por aquí dando una vueltita.

—Me acolito.

Nos pusimos a andar.

—¿Qué hai de nuevo, Bernardo?

—Que yo sepa nada.

—Yo tampoco. Ahora casi ni leo los diarios. Me he dado a la pereza en estas vacaciones. Estoy hecho un torpe. No hago

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

nada ni pienso en nada. Vamos a tomarnos un trago.

—Imposible, *ñato*. Tengo un compromiso a las seis. Apenas faltan diez minutos.

—¿Hasta cuándo no te cansas de andar en líos?

—Hombre, Luis, éso no es un lío. Ya te he contado...

—Sí, siempre la misma historia. La paz, la tranquilidad...

—Cualquiera diría que me envidias.

—Ja, ja. No, muchas gracias.

—¿Quieres acompañarme?

—¿Adónde?

—Verás. En casa de Carmela tengo una fiestecita. Un cumpleaños.

—Bueno. Ya está.

—Además, estará allí una chica guapísima, una prima de Carmela que conocí esta mañana. Una preciosidad, Luis. Un encanto. La ocasión es propicia. Seremos compañeros.

—Eso sí que nó. No me quiero meter en honduras.

—Pero, ¿quién habla de éso? No te imaginarás que quiero servirla de tercero...

—No seas tonto, Bernardo...

Poco después nos hallábamos en la casita de Carmela, un chalet bastante apartado. Había hecho algunas invitaciones a ciertas amigas con sus respectivos... Petra estaba sola. Presenté a Luis y los dejé que hablaran.

A los tres o cuatro días nos volvimos a encontrar y me pidió que lo llevara donde Carmela. Allí estaría Petra.

—Como que te interesa la muchacha.

—Cierto, hombre. No me imaginé que fuese tan guapa. Estoy encantado, feliz y ahora sí con humor.

—Pues vamos, con todo gusto.

Luis propuso a las muchachas un paseo en automóvil. Estuvo como nunca hábil, ingenioso, alegre, haciendo desternillar de risa a las chicas.

Yo, en cambio, hecho un modrego, aburrido, desmañado. Después de todo, nunca he tenido gracia para nada. Siempre me

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

han gustado las cosas serias aunque comprendiendo lo ridículo que es pertenecer a la manada porcina. Pero esto sí que es broma ya que no hacer chistes, permanecer serio, sin gracia, no es lo mismo que ser hombre serio, hombre grave. Hai diferencia i notable. Yo odio a los hombres serios. Por éso amaba tanto a Luis.

La seriedad tiene sus raíces más profundas en el estómago, otras en la inocencia, muchas en la maldad i un buen número en la idiotez.

Por demasiado serios han fracasado casi todos los hombres. El kaiser fué muy serio; Napoleón, mientras reía hizo todo lo que quiso, pero cuando cometió la necesidad de ponerse serio, los ingleses lo hicieron llorar. I así muchos—casi todos—. A Bolívar—me perdonen los bolivarianos— cuando se le ocurrió ponerse serio, cuando pensó en la unión americana, cuando tuvo la majadera intuición de ser grande, cristo, Dios, lo escarnecieron.

Entiendo por seriedad un estado psico-

R I O A R R I B A

lógico que bien puede nacer de un cerebro obtuso o de un genio. Nace en el primero, desde cuando él nace. Se cree hombre obligado a quitarse el sombrero delante de la estatua de un prócer, habla mui lento, tose de vez en vez, proclama su honor i su honradez por todos lados, sube despacio las escaleras, no estornuda nunca, se cepilla mucho el traje, lleva alfiler de corbata i siempre relucientes los botines. En el otro, en el genio, que siempre es burlón i sólo así puede hacer obra grande, nace cuando se ha elevado tanto que pierde conciencia de su ser i dentro de su vida interior ve desfilas milenios i milenios i convertirse en mito su persona; cuando llega a tomar a los pueblos o a sus objetos amor de padre; cuando en realidad quiere ser bueno, santo, sublimarse; cuando piensa en el devenir de los años i ve su nombre cual una génesis de hechos; cuando toma la vida en serio, en una palabra.

Pero no vaya algún pigmeo razonador a imaginarse a Einstein constantemente



A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

riendo. Si mi razonador de casa de muñecas no ha entendido, no seré yo quien le abra la boca para darle maravillosa panacea.

Churruca en Trafalgar se ríe. Cervantes en Lepanto i en el Toboso. Dante en el infierno. Montalvo en las Catilinarías. Sócrates, el más riende de todos, conversando. Diógenes, con el bípodo implume entre las manos.

Lo grave tiene rostro cinéreo. Sufre el paludismo. Es un oso aherrojado. Sopa de tortuga. Día de llovizna. Garrulería de tinterillo.

La única verdad es la risa. No la que pela los dientes ni la que suena a monedas sueltas. Esta es risa académica. Para reír hai que deshumanizarse.

Luis sabía reírse. Había llegado a comprender la vida en su total plenitud. ¿Hai aspiración mejor?

Al terminar el paseo, Luis nos dejó en casa i se marchó—dijo—acompañando a Petra hasta la puerta de la suya.

Durante quince días no lo ví. Fué Carmela quien me lo contó. Había tomado un departamento, chiquito i coquetón. Porque lo que es en la casa, eso sí que nó. La señora mamá era mui exigente.

Por lo que me dijo Carmela, llegué al convencimiento de que estaban locos de enamorados. Más que él, ella. Después de todo, la noticia me produjo alegría. Luis necesitaba amar. De lo contrario su carácter se volvía huraño i hosco; se entregaba a la bebida. Era insoportable.

Cierta noche me fuí a hacerles una visita.

Luis estaba echado en la cama. Petra, en una silla, la cabeza apoyada en las piernas de él, era una imagen de sumisión y de humildad sublimes. Francamente, el cuadro me enterneció.

—¡Vaya con los tortolitos!

—Adelante, Bernardo.

—No interrumpo. Quería saludarlos i hacerles una invitación para mañana. Comeremos juntos. Pero es mejor que dé me-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

dia vuelta.

—¡Qué disparate! Ven, tomaremos una tazita de café. Petra lo prepara de rechupete.

Había que ver la carita ingenua i traviesa de la chica yendo i viniendo con la azucarera, las tazas, las cucharillas. El mejor bizcocho para Luis. Ella misma le untaba la mantequilla, bazuqueaba el azúcar, cortaba el pan.

Fumamos. Ella no. ¡Qué había de fumar!

—Después me apesta la boca. Si es malísimo. . .

I su boca debía saber a gloria, su boca delgada, pequeña, roja, jugosa, llena de secretos de miel para el glotón de Luis.

En la puerta de calle me detuve curioso, al escuchar esta conversación:

—Qué bonita estás, mi encanto.

—Mi chiquito, ¿me querrás siempre así?

—Sí, mi amor. ¿Cómo pudiera dejar de quererte?

R I O A R R I B A

—No sé. Me da miedo.

—No seas bobita. Ríete. Tu risa es mi vida. Ríete. Riámonos los dos. No es cierto que la vida duele. Tiene el hechizo de la risa. Dios debe ser muy alegre. Riámonos con él. Nuestras almas están más juntas en el divino momento de la risa.

V

YA NO TIENE IMPORTANCIA

La vida—que siempre esconde con aire taumaturgo sorpresas inefables—guarda una filosofía tal que una altísima especulación metafísica comprobada paso a paso en los irrefutables hechos de la experiencia.

Esta filosofía—casi una doctrina—no se halla en un talmud ni en un código ni siquiera en una memoria. Es libre, completamente libre, tradicional y de ella todos poseen su quión. I aunque libre i popular, buena parte de su base fué construída por maestros de gran ingenio i gran nombre.

Filosofía es que puede reducirse a simple criterio, tan arraigada está en el alma

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

humana. Es la filosofía del salto.

La verdad es que si todos profesaran i comprendieran su alcance, se subsanarían muchas dificultades. Allí está el salto. Si por desgracia caemos de una altura, saltando caemos de pié.

Para saltar es necesario un impulso. ¿Hai algo más hondo de significado, largo de entender i bello de sentir que el impulso? El impulso implica fatalmente el movimiento. Sin éste, imposible la vida: sólo el caos sería en el concierto de las cosas.

Vieja verdad, vieja como la noche de los tiempos. Quinientos años—¡quinientos!—antes de Cristo la afirmaron los filósofos jónicos. I entre ellos ninguno como el magnífico Heráclito de Efeso.

Este hombre, enemigo feroz del estatismo, fijó el concepto puro i único que había de perdurar por los siglos de los siglos.

Porque es cierto aquéllo de que nada es estable, de que todo se transforma. Sólo es lo que cambia, lo que tiene movimiento, impulso, salto. La verdad de la vida es la

R I O . A R R I B A

inestabilidad eterna i la estabilidad de la inestabilidad. (¿Se encuentra algo más inestable que la risa?)

Su prueba es mui fácil. La inestabilidad se rige por la ley del movimiento, que implica conciliación de diferencias, armonía de contrarios. ¿Por qué? Porque existe una palpable contradicción entre las cosas, un conflicto universal como espíritu i padre del cosmos. El movimiento existe cuando los contrarios bregan por sustituirse sin solución de continuidad, enseñanza clarísima de la oposición de las fuerzas, causa de toda armonía. Armonía, divina armonía, que sólo es posible en las contradicciones i en las oposiciones.

El movimiento es, pues, la real génesis de las cosas, la única verdad metafísica i real. I el movimiento está dentro del salto.

Suficiente es el esquicio apuntado para tener el convencimiento absoluto de la bondad moral de esta filosofía vieja como la noche de los tiempos.

¿Hai otra perfección moral que confor-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

mar las acciones con la lei del universo? Es inútil rebelarse: basta comprender la lei fatal. El bien es el mal que se destruye. El mal, el bien que desaparece. Los dos son necesarios: no podría existir uno sin otro, porque contribuyen a la armonía total. ¿Cómo se podría entender el bien si el mal no existiera?

El tal sistema fonomenista, dinamista, casi panteísta, está confirmado por los postulados de la ciencia moderna. "El ser i el no ser son una misma cosa en lo que se hace constantemente" que dijo Villaescusa. Por éso, el cambio perpetuo consiste en el ser i el no ser. Hegel teoriza después la identidad de contrarios. Los adelantos científicos admiten el movimiento de la naturaleza. La metafísica de hoi, junto a la ciencia, proclaman el relativismo universal, basándose en que nada subsiste i todo se transforma.

*

* *

Hai muchas cosas que quisiéramos ca-

llar. ¿Cómo hacerlo? El único recurso es el salto. Así salvamos palabras, hechos, historias, ideas también.

Porque ahora hai necesidad de saltar. Es un salto de un año. Un salto que te va a brindar la felicidad de no tener que oír la relación sentimental i monótona de unos amores trágicos.

I así fué que pasó un año con rauda brevedad de instante para las almas de Luis y Petra.

Yo también salté un año que me supo a miel. También gusté de los arrullos de palabras, del inefable misterio de la vida.

Pero al cabo de ese tiempo las cosas cambiaron i comenzó la maldad a martirizar a mi amigo Luis i a mí.

Lo supe al principio por él mismo.

Como de costumbre, lo esperé a la salida de su clase en la Universidad. Venía con una cara de rabia que se dejaba notar a leguas.

—¿Qué hai Luis?

—¿Qué hai? ¿Cómo estás?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—¿Pero qué te pasa con esa cara?

—Nada, hombre. Es una *vaina*. Todo lo malo le ha de pasar a uno.

—Cuenta, hombre, cuenta.

—Imagínate que la mamá de Petra lo sabe todo, es decir, le han contado que se ve con un hombre en un departamento i le ha prohibido salir sola a la calle. Tú ya conoces cómo es la vieja. Tengo que hacer un papel de majadero, escribiendo cartitas i charlando por teléfono cuando hai oportunidad. Ridículo, hijo, bárbaro. Es una *vaina*.

—¡Caramba! ¿I cómo lo habrá sabido?

—¡Yo qué sé, hombre! Ni me importa averiguarlo. I para colmo de todo, vengo teniendo un *chivo* con uno de mis profesores. Una estupidez. Me presentan un enfermo en el hospital. Lo examino i traigo el diagnóstico a clase: un sencillo apelo-tonamiento epiploico. El enfermo presenta una especie de tumor en el hipocondrio derecho, de consistencia dura; es movable. No hai dolores. Los únicos trastornos di-

gestivos son falta de apetito i vómitos no frecuentes sin arrojar alimentos. El tumor es completamente superficial. Pues mi señor profesor me asegura que es cáncer. Yo le discuto: la sintomatología es negativa: los trastornos gástricos son insuficientes: ausencia de dolores, etc. Nada, hijo, que es cáncer i cáncer, que los dolores no tardarán en presentarse. El enfermo va a ser operado. En fin nos hemos pasado de palabras, porque todo me lo decía con una ironía que me dió rabia.

—No le des importancia. Puedes haberte equivocado.

—¡Qué va, hombre! Estoy seguro.

—Pues, entonces, espera la operación i ganarás.

—Espero, sí, pero mientras tanto me *friegan* la paciencia i en vísperas de examen.

—No hagas caso.

—Ya estoy aburrido de tanta *vaina*. Voi a romper con Petra.

—Pero Luis...

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—¡Claro! Que se vaya a paseo con su mamita. Yo no voy a hacer el ridículo.

—¿No te apena el sufrimiento de la chica?

—¿Quién se fía de mujeres?

—Estás en un error, Luis.

—Shopenhauer dió una definición incompleta de las mujeres. No debió decir: "es un animal de cabellos largos i cortas ideas" sino que era un animal dañino de cabellos largos (ahora son cortos por andar junto con las ideas) i cortas ideas.

,—Estás neurasténico, Luis.

—Puede ser.

Carmela me ratificó lo dicho por Luis. Ella había presenciado una discusión con la mamá. Eres una perdida, le había dicho. La chica lloraba, sin querer confesar el nombre de su amante. Aún más: negaba todo.

A los pocos días recibí una carta de Petra.

"Querido Bernardo: Ya sabrá Ud. por Carmela todo lo ocurrido. No se qué hacer

¡ recurro a usted confiada en su amistad de caballero. ¿Qué le pasa a Luis? No se imagina lo que sufro: he llegado al convencimiento de que Luis no me ha amado nunca. Me ha engañado. Sólo ha querido abusar de mí. Cuando el primer inconveniente se ha opuesto a nuestra felicidad, no me ha vuelto a ver. Lo llamo por teléfono ¡ se hace negar; le escribo ¡ no me contesta.

“Todas mis ilusiones, Bernardo, han muerto. Estoy abandonada, sufro horriblemente. Usted sabe cómo adoro a Luis.

“¡Por Dios, Bernardo! Haga usted algo en mi favor. Pero como cosa suya: yo no debo humillarme. Sin embargo, me entran deseos de arrodillarme a los pies de Luis, de rogarle me perdone... me perdone de una falta que no he cometido. Es que lo adoro, lo adoro. No quiero creer en lo que pasa Bernardo. Haga usted algo por mí.

“No me deje sola. Soy muy desgraciada... Pero eso sí como cosa suya. No me

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

niegue este favor, por Dios.”

Con toda sinceridad quise ayudarla. Fui a ver a Luis. Le reproché su conducta, casi disgustamos i terminé por enseñarle la carta. Imposible. Luis no quería ni oír de Petra. Esta conducta de mi amigo me sorprendió de veras. La hiperestesia era la cualidad principal de su carácter. Era sensible, afectuoso, sentimental de un modo extraordinario. ¿Qué le pasaba?

Arduo difícil es penetrar las complicaciones oscuras de una psicología. Los designios de la vida son incomprensibles. Me constaba que Luis quería mucho a Petra. En cambio, yo no puse mayor afecto en Carmela, i hubiera sido incapaz de un rompimiento.

El carácter de Luis se tornó agrio. Seño, adusto, ni siquiera conmigo gustaba acampañarse. No volví a saber de relaciones con otra. Se había convertido en un misógino.

Todas mis súplicas fueron inútiles. En

un momento de exaltación llegó a gritarme:

—Sólo tú tienes la culpa de este enredo!

Aquí fué mi ataque. Lo llamé torpe, corto de vista, desagradecido, mal amigo, mal hombre.

—Bernardo, tú no tienes derecho a insultarme.

—Tengo derecho a decirte las verdades, por tu propio bien.

—Reconozco que de Petra es la razón. Pero el torpe i corto de vista eres tú. Sabes que estos sentimentalismos pasan. Algún día habrían de terminar nuestras relaciones. Hasta le hago un favor: conmigo no se iba a casar nunca; ahora podrá hacerlo con otro: que sea feliz. La chica es buena. Por otra parte, ¿te crees que voy a estar amarrado por toda la vida? ¡Qué demonios! Quiero ser independiente.

—En tu obsesión de injusticia tratas de decir sofisticamente que le haces un favor... ¡Qué lindo papel el tuyo!

—Convendrás, Bernardo, que peor es el

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

tuyo.

Estos recuerdos son para mí bastante doloroso. Y a pesar de que he llegado a formarme con el cerebro una estructura mental incommovible.

Por fin he comprendido mi destino en la vida. Sólo pude llenarlo en parte. Ahora me queda el papel de observador i dirigente. Mi fuerza de voluntad me ha elevado sobre el nivel de comprensión común.

Yo no puedo ser nunca tu semejante. No puedo alistarme en las filas de tus errores. Tú vagas en neblina, ramoneando al tacto de tu instinto. A veces sentirás espín, cansancio. Son manifestaciones esporádicas de tu imbelicidad.

El recuerdo me duele porque al fin i al cabo esa fué la génesis de mi desgracia. Todavía no he alcanzado la cúspide de mi obra interior de perfección: aún siento los ojos húmedos de vez en cuando.

Pero—sin pretender un retruécano—esa desgracia fué la que diademó mi frente, con el nimbo de la sabiduría.

Aún no he llegado a la perfección: siento el deseo irresistible de escribir estas vulgares memorias. Acaso sea por hacer obra buena, obra santa, para ejemplo de los hombres. Esta es mi cobardía: me faltan algunas piedras en la construcción gigante de mi espíritu.

Entonces, cuando llegue, he de verte, mojigato i despreciable, meneando el turíbulo a mis plantas. Has de llorar, pero tus lágrimas no afectarán mi euforia de robustez.

Sólo entonces daré a luz la maravilla de mi escatología, derramaré sobre tus hombros débiles la lluvia generosa de mi cornucopia.

Desde esta margen del río escribo mis recuerdos: no lo olvides. El "patriarca barbudo", que dijo el poeta, no crecerá. Sus voces de trueno i de hielo no serán más altas que las mías. Porque habré adquirido la visión integral i única del universo. Fuerte, grande, sola, zahareña, se levantará mi torre de cansancio sobre tu

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

encadenamiento proteico.

He troquelado mi venganza con el cuidado exquisito de un artista de perfección.

Pero aún me duele el recuerdo. Aún tengo la debilidad de sentir. Falta la cúpula a mi torre, la cúpula de bronce que apagará todos los ruidos de fuera i vibran sólo a las divinas resonancias interiores.

¡Cómo siento el absurdo penar de lo pasado!

Es imposible comprender algunos caracteres enfermos, degenerados. Todas las conclusiones generales de los valores humanos se estrellan ante una psicología anormal. Tal el caso de Luis.

No valen razones para el neurótico. El mismo creó su tristeza, buriló su mal. Yo le daba el remedio, pero lo rechazaba... ¿Remedio? Vamos a ver.

¿Fue acaso lo monstruoso que supimos después? ¿Videncia de psiquis alterada? Tal vez.

Mas lo cierto es que anduvo solo un

mes, dos. . . Yo hube de contar a Petra la inutilidad de mis gestiones.

¡Pobre chica! Hora por hora enflaquecía. Sus pupilas se dilataban adquiriendo una belleza morbosa extraordinaria. Delgada, pálida, era como un objeto bonito i quebradizo capaz de fracasar con sonidos armónicos al primer embate del dolor.

Sus manos—¡ah, sus manos!—se hicieron más largas i más blancas. Eran un ruego, una súplica de mármol, un dolor elegante, una lágrima cristalina i eurítmica que rodara despacio al corazón.

Este dolor me contagiaba. Me sentí enfermo. Hubiera pegado a Luis.

*

* *

El departamento de Luis se había convertido en gabinete de estudio. Frascos, mesas, instrumentos, retortas, libros, todo estaba arreglado con esmero. El retrato de Petra seguía en su sitio. La salita no sufrió ningún cambio. Continuaba coquetona i alegre, toda llena de almohadones,

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

fotografías, con la misma vitrina en su ángulo más visible—a la entrada—luciendo incomparables figuritas colocadas por el gusto sencillo i exquisito de Petra. La alcoba de los secretos de amor, de las horas de dulzura inefable, la alcoba de las confesiones, estaba desfigurada. Un diván en lugar del lecho, mesa de operaciones, anaqueles de libros, olor de farmacia.

Luis se paseaba de un lado a otro con su mandil blanco, llevando plaquitas de vidrio entre las manos. De vez en cuando se acercaba a un anaquel i hacía una consulta. Luego se dirigía a la amplia mesa de mármol, dejaba encima las placas i tomaba el microscopio con un afán de investigación que lo transfiguraba.

En lo mejor i más apasionado de su examen sonaron dos golpes tímidos en la puerta. Voltió la cabeza. No hizo caso. Diez minutos largos, de angustia, se adivinaba afuera. Ahora fueron tres los golpes. El último, recio.

—¡Tú aquí!!

—Pero... ¿qué te pasa? ¡Petra! Esa cara... Vamos, entra... ¿Estás enferma?

—Entra, hazme el favor.

La pobre muchachita pálida—como un sueño de piedra blanca—estaba a la puerta i lo miraba, lo miraba... Tenía el extrahumano gesto de los sacrificios que van más allá de la vida i de la muerte. Las comisuras de los labios algo caídas, tal que un comienzo de llanto, los ojos sin expresión, hermosamente indecisos.

—¡Entra, Petra! ¿Qué sucede?

Luis tuvo que bajar i llevarla del brazo hasta la salita. Petra lo seguía, con la cabeza inclinada ya, las piernas débiles. Él sentía en el brazo el palpar acelerado de su angustia.

—Vamos, Petra. ¿Qué sucede?

—Luis... Luis... yo...

No pudo más. Un sollozo espantoso, profundo, lejano, que venía de las más re-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

motas congojas de su alma, un sollozo único; casi feroz, de ultratumba ahogó sus palabras. Así deben sollozar los muertos.

—No, Petra, mi nena, no llores, decía Luis tratando en vano de consolarla.

—Lu...is...

Luis se arrepintió. Humillado le pedía perdón. Tuvo un dolor enorme, el dolor que sienten los hombres cuando saben que han sido malos.

Sus besos la envolvían.

En Luis hubo un renacimiento. Quiso quedarse con ella. Imposible. Su madre estaba fuera de casa i temía que regresase sin encontrarla. Después. Ya se daría mañas.

Mi amigo fué otra vez alegre. Arregló de nuevo la alcoba. Quizás lloró.

¿Por qué entonces se portó así de malo? No había duda que la amaba. ¿Qué le llevó al rompimiento con su Petra? Seguramente la neurosis.

Si, alegre. Fué otra vez alegre. Volví a verlo silbando en la calle, irreprochable-

mente vestido; alcanzando las mejores notas en los exámenes, preparando su tesis doctoral.

Esa misma tarde me contó Luis con detalles lo ocurrido. Yo sólo supe decirle:

—Eres un sinvergüenza.

Se echó a reír. Hizo un chiste. Me tomó del brazo i nos fuimos encantados a meter en un cinema.

Tornó a su ironía. Comentaba en los diarios la política del momento. Hizo una crítica magistral de la Universidad. Destrozó la pedagogía rastera de mi República de los Mansos.

Petra se aprovechaba de toda oportunidad para ir al departamento. Cada vez más enamorada. Él sentíase feliz. Le hacía regalos contínuos. Una pareja envidiable.

El velo de tristeza que cayera sobre ellos había desaparecido.

Hasta llegó a decirme que pensaba casarse. ¿Por qué no? Era una buena muchacha. Ya graduado, lo llevaría a efecto.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Sorpresa la que recibiría su señora suegra, quien, después de todo, no desearía otra cosa que ver casada a su hija, i bien casada, decíame Luis.

Petra, dichosa con sus proyectos. Reía continuamente. Ya ni se acordaba de lo sucedido.

A Carmela, su confidente, le contaba todos sus secretos. Un día le dijo:

—No sabes como quiero a Luis. Pero hai otra felicidad que me preocupa. No te vayas a reir. Quiero un hijo, Carmela, un hijo de Luis, que sea como él, inteligente, buen mozo, escritor. Un bebe gracioso, rosadito, como éstos que pintan los artistas. Sobre todo, mui travieso. ¡Cómo lo voi a querer, Carmela! Sueño con él. Me parece que lo tengo en mis brazos, me ilusiono meciéndolo en su cunita blanca; me imagino estar viéndolo llevarse una patita a la boca, muerto de risa. ¡Qué lindo ha de ser, Carmela!

Estas cosas, que Carmela me contaba riéndose, se las pasaba yo a Luis.

R I O A R R I B A

Sólo un día llegué a preguntarle:
—¿Cómo es que pudiste hacer eso con
Petra?

—No sé, hombre. Nunca he podido ha-
llar una explicación. Fué algo extraño.
No estaba en mí. Te aseguro que sufrí
mucho. Después de todo, ya no tiene im-
portancia.

VI

TAMPOCO TIENE IMPORTANCIA

Mi ciudad no tiene cerros. Apenas una verruga al norte. Por el oeste, granulaciones insignificantes. Del otro lado, se tiende hacia el mar sobre la cauda fervorosa de la cordillera andina que va corriendo i corriendo al infinito.

Mi ciudad no tiene cerros. Es blanca i luminosa, abierta como una ventana a todos los vientos. Luz, mucha luz.

No hai calles apartadas ni torcidas. Ha borrado casi todas las huellas de dominio. Un anhelo de luz la hace cada vez más abierta, más propicia a recibir.

Anchas avenidas, rectas, exactas. Lógica de construcción demasiado rigurosa i

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

sencilla.

Solo al principio, en su hermosa cabeza echada como sobre una almohada de piedra, se ve un apiñamiento viejo de casonas. Al sur, también resta una callejuela, triste i sucia, como un sueño de colonia.

Cuando amanece es azul, rosada, tal que un encantamiento reflejado en la plata silenciosa de su río. Cuando se pone el sol, es roja, bate alas de promesas, se hace fuerte, agorera, continental. Hai repique de campanas secretas bajo la majestad de un cielo de pirata.

Pero en mi ciudad abierta i blanca, hermosa i roja, no se puede respirar. Sólo está permitido el bostezo.

El ambiente de su vida pueblerina ahoga entre cerros su estructura, echa velo de sombras a la luz i hasta suspende en un necio mutismo de tortura su veloz caminar al infinito.

De su pampa ha fugado el rocín de don Quijote i queda el borrico con lentes de Sancho, las patas clavadas i el rabo en

desafío.

Un hecho sin importancia alcanza proporciones de acontecimiento magno. El "se dice" es el medio favorito de echar lodo. El chisme i la calumnia visten frac i la honradez harapos cuando no desnuda.

Por eso yo me fui tras mi Alonso Quijano. Por eso me lancé al paso de mi río. Crucé la barra i heme aquí en la margen opuesta, sin esperar i dichoso.

*

* *

¿Qué de extraño tiene que los exámenes últimos de mi amigo Luis alborotase el cotarro en ese ambiente pueblerino i chato?

Porque fué lo más comentado i notable de la época. Cierto es que Luis era inteligente i capaz, pero no para cosechar tales aplausos. Seguramente se iba a poner engreído. Lo que es yo nunca fui partidario de las honras injustas que le hicieron.

Terminó el sexto año. Diríase que conmovió el parnaso si el pobre hubiera sido poeta. ¿Qué iba a suceder cuando se gra-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

duare? Ya se hablaba de la importancia trascendental de su tesis. Luis, dedicado al estudio, a llenar formalidades para obtener su grado y a corregir diariamente el voluminoso trabajo de su tesis, no se dejaba ver casi nunca.

Sin embargo, me buscó por todas partes con el fin de invitarme a sus exámenes. ¡Qué descos más necios de hacerse admirar! Pero yo, como no entendí una sílaba, no puedo asegurar si aquello fué efectivamente brillante. Oílo hablar mucho. Nada más.

Claro está que estas consideraciones las hago ahora después del paso de mi río. En esa época era incapaz de comprender las verdades del mundo.

De la Universidad nos fuímos en comitiva a la mansión señorial de Luis. Porque Luis vivía a lo grande: sus padres—sin escoba de bruja—eran acaudalados i no escatimaban ochavo en éso de presentar farolas i champagne.

Amplia escalera de mármol. Recibidor

más amplio aún. Galería suntuosa, realizada con célebres copias de célebres cuadros. El salón, a la antigua, enorme, con profusión de luces i adornos; almohadones, cortinas, damascos. De lo demás nada puedo decir, porque nunca llegué a las interioridades de la casa.

Ya en ella, i cuando rompía los oídos un bárbaro "fox", fué que Luis reparó en mí.

Intencionadamente yo no había querido dejarme ver para no felicitarlo; pero en ese instante hube de echarle los brazos al cuello.

—¡Pero Bernardo! ¿Cómo no te dejas ver?

—Yo te he estado viendo. Hai tan gente...

—¿Qué significa éso? Tú me quieres tomar el pelo.

—¿Qué cosa?

—Esos adornos. Pareces un San Jacinto en víspera de fiesta.

Una cadena gruesa en el chaleco, una cinta de color en el ojal de la solapa, dos

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

o tres anillos era toda la miseria que llamaba así la atención de Luis. Yo entonces nada imaginé sino que reí francamente, sin darle trascendencia alguna, de la infantil observación de mi amigo. Fué después, cuando sucedió aquello, cuando pude comprender la enfermedad de Luis, cuando ésta presentóse con todas sus manifestaciones, que analicé la sorpresa que en su espíritu hiciera mi elegancia i buen gusto. Sólo un ser anormal puede disgustarse o asombrarse por el hecho sencillo de una exquisitez en el vestir.

Estos son detalles que a simple vista nada importan. Sin embargo, de mucho me sirvieron después, ya que llegaron a constituir la prueba más evidente del estado de Luis.

Es que los detalles desempeñan un gran papel en el destino de las cosas. Cuando no los utilizamos, nuestras conclusiones forman un resultado heteróclito; es como si después de trabajar en una obra de gran esfuerzo i paciencia obtenemos una ruina.

balumba desconcertante.

La ciencia de la inducción es la única que puede conducir a lo cierto. I la inducción se hace con detalles.

Bueno. En realidad fué alegre la fiesta. Reinaba el humor i su gran paladín era Luis. Aquí un chiste, allá una anécdota picaresca, una frase irónica. I a cada sonrisa correspondía un nuevo elogio para el brillante universitario i ya pronto profesional.

La fiesta no terminó allí. Al día siguiente la continuamos en casa de Carmela. Nos dimos maña para organizarla con la asistencia de Petra.

Mi amigo Luis parecía el hombre más feliz de la tierra. Todas sus ilusiones se iban cumpliendo con exactitud rigurosa. Dentro de pocos años sería un excelente médico, amasaría una fortuna que, sumada a la de sus padres, no iba a ser nada despreciable. Escritor ya lo era i de justa fama. ¿Amor? Lo tenía. Pensaba en el matrimonio. Me confesó esa noche que había

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

comprendido que lo mejor era hacerse un burgués i pasar la vida llenándola de satisfacciones.

Miseria, miseria. ¡Qué escaso conocimiento de la verdad! La felicidad no consiste en tener satisfacciones. Está en las emociones de lucha por conseguirla. Es el concepto barresiano puro. Se encuentra en el análisis de tales emociones. En el placer idealista de este análisis. Decir que la felicidad se obtiene con satisfacciones es afirmar su existencia, reduciéndola, además, a simple sustancia de materialismo. I todos sabemos que no existe. ¿Dónde hallarla? En la lucha idealizada por buscarla. Emociones, emociones: este es el secreto de la vida i de la muerte. La felicidad consiste en negarla i en buscarla.

Claro es que nunca me propuse descender a explicaciones de esta naturaleza con Luis. No me hubiera entendido. I tú tampoco: mis palabras deben hacerte la impresión de un atuendo formidable de sandeces. No haré nada por convencerte. Se-

ría indigno de mi. El secreto es para los predestinados.

! Pasaron al fin los instantes de encantamiento, que no otra cosa fueron aquéllos. Pero al día siguiente, ¿qué profusión de artículos apologéticos, biografías, anécdotas, retratos de Luis! Todos los periódicos llenaron las columnas con su nombre. Luis Barrezueta desde la primera hasta la última página. Una exhuberancia de popularidad superextraordinaria.

¡Qué lejos me hallaba de sospechar lo ocurrido dos días después! ¡Cómo contemplé desmoronarse el castillo de naipes!

Ahora me duele más el recuerdo. Es tal que si me pincharan el corazón con un clavo encendido. A veces creo que asoman lágrimas a mis ojos, aunque bien se que ya es imposible este cobarde hecho. Harta obra fué aquella de andar sobre mares i llanuras, sobre alcores i nubes para llegar a la altura absidal de mi yo.

Pero es que desde entonces vino el daño. Esos días de martirio insufrible que

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

pasé han quedado grabados en mi psiquis, tan hondo, tan hondo que se confunden con el nacimiento i primera infancia de mi vida interior.

¡Cómo duele el absurdo penar de lo pasado!

Ya voi acercándome en estas mis memorias al magno acontecimiento. Todo tiemblo i no acierto a decirlo. Quiero pensar i no puedo. Me cuento los dedos de la mano, del pulgar al meñique, del meñique al pulgar. Inútil. Torturo el cerebro pero la idea no surge.

No sé cómo relatar esta parte de mis memorias. Me queda el consuelo de haber hecho obra grande, perfecta. Triste consuelo, pero es mío, mío; nada tiene que ver con los demás. Está de acuerdo con mi psiquis, con mi filosofía, con mis más nítidos anhelos de perfeccionamiento.

El yo es la estructura compleja por excelencia. Nada tan fuerte ni tan arduo de construir. Cada emoción, cada idea, cada paso en al senda interior, cada análisis, ca-

R I O A R R I B A

del triunfo o fracaso son tantos i tantos obreros i tantas i tantas piedras para esa magnífica torre, que no es la de Babel.

La enjalbegadura ha de hacerse con lo más fino del dolor; los planos, con líneas de música; la armazón, con los fierros del pasado. No se echará pintura: será de color de piedra.

I sin embargo, toda esa maravillosa construcción tiembla ahora como en un precipitarse de cataclismo. Hai momentos en que las paredes se agrietan. Pero no, no puede ser. Es idea. La torre se defiende i queda íntegra del embate. Está hecha para resistir el azote de todos los elementos.

Siempre he detestado las escuelas. Me he reído de las formas i de las innovaciones. En mi obra he burlado el paradigma. Hasta he comenzado por traer tierra nueva para afirmar en élla las colosales bases de mi yo.

Por eso és una i única. No pretender ser original: valiente idiotismo. Élla es sólo una, con toda la ferocidad que tiene el

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

uno destructor i principio de toda cosa.

Hai algo peor. En esos minutos que ahora trato de evocar no derramé una lágrima. ¡Cómo me hizo sufrir tal desconuelo! Ya no me preocupo i se que hice bien en no llorar. El verdadero dolor es seco. Terrible. ¿Verdad? ¿I a qué te pregunto esto desdichado? Ja, ja. Yo sólo hago interrogaciones al infinito i el infinito soi yo.

Pero es necesario que me escuches, mas-tuerzo espurio. No, escucharme nó, que no sabrías hacerlo. Tú sólo puedes oír.

*

* *

Al día siguiente de la fiesta me creí obligado a visitar a Luis. Se lo anuncié por teléfono.

—Encantado ñato. Te espero sin falta.

Trepé las escaleras de su casa, i digo trepar porque eran tan largas, tan altas. Me salió a recibir con los brazos abiertos.

Entramos en su habitación.

Un grande escritorio era lo primero que se veía al entrar. Algunos libros encima.

Anaqueles bonitos, elegantes, en cuyas pluteos dormían un sueño de polilla los clásicos de todos los países. Un par de cómodas butacas. Creo que nada más.

Tocó el timbre i pidió dos copitas de vermouth. Charla que te charla fuimos a parar en Petra.

—Sabes, Bernardo, que he resuelto casarme con Petra.

—Hacés bien.

—Claro. Yo me río de los prejuicios sociales. Tú me conoces. Es una chica inmejorable. Quiero ser feliz.

—¿I cuándo piensas hacerlo?

—Dentro de unos seis meses. Antes de tres scré doctor. Tres de instalaciones i preparativos, i me caso.

—¿Has dicho algo a tus padres?

—Esta es la parte seria. Mis viejos son mui viejos, es decir, mirarán con horror mi matrimonio. Me van a decir que es una cualquiera. Hasta ahora no me resuelvo a hablarles sólo por el temor de que injurien a Petra, lo que no estoi dispuesto a

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

consentir.

—Pero dime una cosa, Luis. ¿Esto no significa que mire mal tu matrimonio, el que te apruebo. ¿Has meditado bien en la trascendencia que tendrá en tu vida ese acto?

—¿Trascendencia? ¡Qué va, hombre! Atrasado andas. Es cuestión de simple formalidad social. La cosa no tiene importancia.

—¿Quién sabe...

—Sin quien sabe. Vente, vamos a la sala un rato. Supongo que no tendrás inconveniente en saludar a mamá.

—Buenas tardes, señora.

—¿Cómo está señor Acuña? Siéntese, decía la señora mamá. Una señora mamá de cincuenta o sesenta años, gorda, elegante, con moño en los cabellos, aretes en las orejas i finísimas tumbagas en los dedos.

—Aquí me tiene usted señora a felicitar a Luis. En realidad ha sido un brillantísimo examen.

—Sí, es mui estudioso mi Luis.

—I dentro de poco se llamará señor doctor. Tiene que pensar en cosas graves, ser mui serio.

—¿I cuando no lo he sido?

—Sí, sí, tiene razón. No puedo quejarme por ese lado. Para qué mentir.

—I ya me voy haciendo viejo.

—Si lo dijera yo...

—¿Qué le parece, señora, la revolución española?

—¡Qué horror! ¿No? ¡Cómo están asesinando a los pobres sacerdotes!

—Señora, las ideas nuevas...

—Mira, mamá, a propósito de que tengo que ser serio, como todo un doctor, debo pensar en casarme...

—¿Éstás loco? Decía usted señor Acuña...

—Decía ,señora, que los nuevas ideas...

—¿Por qué loco, mamá? Si no tiene importancia...

—¡Pero muchacho! Decía usted, señor Acuña...

—Decía, señora, que las nuevas ideas...

VII

EL SEÑOR VILLEGAS

—Nada, hijo, que me caso i me caso.

—.....

—Es una *vaina*. Todo ha de ser molestias. Esto de que lo traten a uno como a chiquillo que no debe probar un dulce. . . .

—Pero, ¿qué te han dicho al fin?

—Hombre, que nó, que no puede ser, que estoi chiflado.

—¿I tú que les dijistes?

—Les conté todo, terminando por solicitarles permiso para casarme. Mamá es la más reacia. Las condiciones sociales, el escándalo. . . Se le ha puesto en la cabeza que Petra i su familia me han tendido un lazo para atraparme; ¡Valiente majadería!

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Cuando ni la madre lo sabe.

—Lo siento, Luis. Es una contrariedad.
¿I qué piensas hacer?

—Mañana mismo voi a hablar con la mamá de Petra. Me largaré de casa.

—Trata primero de convencerlos.

—Imposible. Es inútil.

—También es cierto que después te perdonarán. Esto pasa siempre.

Estaba Luis agitado, nervioso. El matrimonio con Petra sería un remanzo para su alma andariega i compleja. A los padres no convencen nunca las razones que tienen sus hijos para amar. Tan enrevesado es el sentimiento del amor. La tontería absurda de las condiciones sociales es el estribillo de moda. Prejuicios que envilecen la justicia humana. Es curioso observar cómo una construcción de la moral social falsa i caprichosa, formalista, llegue a dominar el sentimiento por épocas enteras. El hombre se forja así mismo las cadenas que aprisionan sus libertades. La imaginación es la culpable de todas las in-

justicias. El valor de lo malo i de lo bueno es simple creación mental. Una vez establecida tiraniza a la misma vida biológica. Por éso, la historia es la fuente más sabia donde se puede mitigar la sed por las realidades sociales. Es el pábulo del alma, el plato fuerte de la alimentación espiritual. Nada como élla para enseñarnos el formalismo de la moral, la tergiversación de la justicia, la farándula humana de las convicciones.

La bandera blanca, nítida, purísima de las libertades sigue clavada en atalaya siempre inaccesible tremolando al viento de las alturas que están más allá de las nubes, más allá del pensamiento, donde ni siquiera se puede mirar.

Todo ése día lo pasamos juntos. Luis no quiso ir a su casa. Tampoco deseaba anunciar la visita a su próxima suegra. ¿Para qué? Iría de repente, en un momento inesperado.

Media noche sería cuando nos separamos. Me fuí tranquilo. ¡Qué lejos estaba

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

de la verdad! Un crepúsculo más i la faz de las cosas fué otra. Si la vida tiene dos caras, como en el mito griego, la que asomó después tenía las facciones horribles del miedo i el dolor. Mueca más que cara. Mueca imposible. Mueca áspera i agria.

A pesar de que yo estaba tranquilo me sentía un tanto fuera de mí mismo. Era la sensación de haber olvidado algo. Me rebusqué los bolsillos. Miré varias veces el escritorio, las paredes, antes de apagar la luz. Por fin dormí con sueño pesado, tal que al amanecer un cansancio dominaba mi espíritu.

El amanecer de ese día fué un "amanecer cordial". Ninguna sombra de tristeza empañaba la sabiduría del cielo. Un sol encantador, ese sol de las mañanas purísimas, ese sol que no sabe quemar, derramaba sonrisas en las cosas.

¡Qué distinto de la mañana de mi angustia, en que el sol quedóse dormido i alzó lentamente la cabeza limpiándose soñoliento las lagañas! ¡Ah, mañana de mis re-

cuerdos! ;Cómo duele el absurdo penar de lo pasado!

*

* *

Altanera i alegre fué la impaciencia de Luis ese día. Salió mui temprano. Corrió por todas partes. Andaba a toda prisa, como si así pudiera acortar el tiempo.

A las cuatro i media de la tarde fué a vestirse. El mejor traje para ese acto, la mejor corbata, la más fina camisa. Se acicaló como nunca; i a paso firme, contento, aunque temeroso, dirigióse a casa de Petra.

No mui elegante era por cierto el departamento que ocupaba con su madre. Pequeño i oscuro. La escalera grasosa. Los muebles, pasados de moda i desvencijados. Uno que otro adorno sencillo, obra de las manos de la chica.

¡Cómo la amó en ese momento! Pobre su nena. . . Pero él le pondría una casa linda. También arraglaría la de su madre. Que vivieran contentas. ¡Qué de regalos

para élla, para la señora, para todo el mundo!

A los golpes de Luis salió la mamá de Petra, vestida con modestia i aseo. La cabeza cana, la mirada inteligente. En su juventud debió haber sido mui bonita a juzgar por las facciones de su cara.

—¿Qué desea, señor?

—Si usted me permite unos minutos, señora...

—Pase usted. ¿En qué puedo servirlo? Tome asiento señor.

—Soy Luis Barrezueta, señora...

Las facciones de la anciana cobraron una viva animación.

—¿Barrezueta?

—A los pies de usted, señora.

—.....

—Perdone usted mi atrevimiento... Pero... vengo con toda sinceridad a decirle... que amo a su hija Petra.

—¡Usted! ¡usted!...

—Perdón, señora. Mis intenciones son puras. Quiero pedirle la mano de su hija.

Quiero casarme dentro de seis meses.

—¡Oh! ¡No! ¿De qué Barrezueta es usted hijo?

—De Leopoldo Barrezueta, señora, el ingeniero...

—¿Qué dice usted, por Dios!

—Me parece, señora, que no es nada malo. Creo que mi nombre no será un inconveniente para casarme con Petra...

Intensamente pálida, la respiración agitada, los ojos más que abiertos, las manos crispadas en los brazos del sillón, que en su mecer había quedado suspendido hacia adelante, doña Laura—se llamaba Laura—interrogó:

—¿Qué ha tenido usted con Petra? ¿Era usted quien se veía con ella? Dígame la verdad, pronto, ya...

—No, señora, absolutamente nada. Se lo juro. Nos queremos mucho. Mi amor ha sido muy honrado. La he visto en la calle algunas veces. Nada más. Mi palabra de honor.

Doña Laura se dejó caer hacia atrás en

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

su mecedora, echando un suspiro de profundo desahogo i no dijo nada.

—Mire usted, señora. No veo inconveniente en nuestro matrimonio. Aún en el supuesto caso de que algo hubiera ocurrido mi actitud lo remediaría todo.

—No diga eso ,infeliz.

—¡Señora! No creo que merezco ese trato, dijo Luis poniéndose de pié.

Doña Laura callaba.

Sin embargo, Luis, que había tomado ya el sombrero i le daba vueltas en sus manos, volvió a sentarse.

—Señora, por favor, escúcheme. No me da usted una respuesta, una razón. No tiene usted derecho a matar mis ilusiones, a impedir mi felicidad, la felicidad de su hija...

—Imposible, señor... Habla usted en vano. Es mejor que se vaya. Petra no tardará en regresar de la calle.

—A menos que usted me eche no me irá señora. No así como así se hace lo que está usted haciendo. I le diré francamente,

porque quiero salvar mi responsabilidad, que de todas maneras me casaré con su hija, aunque usted trate de impedirlo. Es mi único sueño i por él dar la vida sería bien poco. ¿Quiere usted que retroceda ante el primer obstáculo?

En verdad Luis sufría una enorme sorpresa. Él pensó que iba a ser recibido con los brazos abiertos i se encontraba con la más absurda de las negaciones.

—¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Usted no se casará nunca con élla! No se casará porque se lo voi a decir todo. Escuche, dijo con una voz temblorosa que amenazaba llanto.

—Pregunte usted a su padre por Laura Villegas. Si, él puede contárselo mejor que yo. Hace muchos años. ¿Comprende usted? Ya él estaba casado... Lo conocí. Yo era mui pobre... Después... ¿Comprende usted lo que pasó después?

—¡No, señora, no entiendo, no puedo entender!

—Algún tiempo después nació Petra.

En la habitación no se oía otro ruido

que el respirar agitado de Luis. Doña Laura no lloraba; sus ojos se habían casi cerrado, sus labios caídos eran una maldición de la vida. La cabeza ligeramente inclinada era más dolorosa que el llanto, más dolorosa que la muerte.

—De modo que Petra...

—Yo lo sabe...

Luis se levantó silenciosamente. Luego de enjugarse alguna lágrima inevitable, con una cara terriblemente mala, hizo una venia, musitó un "buenas tardes" apenas perceptible i salió.

Ya no era Petra Villegas. Era Petra Barrezueta. Se le había negado el nombre que, dentro de una concepción absurda i necia de la vida, era una mancha.

Don Leopoldo al oír aquél nombre en boca de Luis ni siquiera se acordó de aquella aventura de su juventud. ¿Tenía alguna importancia acaso? Los hombres no deben preocuparse de esas cosas. Son matices de un instante, figuras que pasan con una rapidez cinematográfica. ¿Qué mal hizo

con éllo? Absolutamente ninguno.

¿Comprendes ahora, escarabajo necio, el dolor de esta revelación?

¿I quién fué el causante de ese dolor? Luis, Luis que tuvo el desacierto de llamarme esa misma noche i contarme toda su conversación con doña Laura.

Fué—según me dijo—un deseo de confesión.

¡Cómo lloraba Luis! El hombre que nunca lloró, que siempre tuvo la risa en los labios, la ironía en la frase, el contento en el corazón.

Daba lástima verlo. Se retorció las manos de angustia. Después inclinaba la cabeza en un gesto de supremo desaliento para luego levantarla i decirme:

—¿Qué hago, Bernardo, qué hago?

Ni siquiera intenté calmarlo. El golpe fué tan rudo que voló un instante mi cabeza. Me sentí malo. Fuí perdiendo la conciencia de la realidad hasta el extremo de borrar las acusaciones que me hice en el primer momento de ser yo el culpable.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Largo rato estuve con él. Me relató aquella historia con lujo de detalles. De vez en vez suspendía la narración i se quedaba mudo, mirando al vacío hasta que sus ojos se preñaban de lágrimas.

Doña Laura Villegas era viuda. Después de *aquello* se casó con un señor Villegas, primo suyo, quien no tuvo inconveniente en el matrimonio a pesar de la falta de su prima. Hombre bueno, comprendió la verdad i la razón. Siempre había amado a doña Laura. Además iba a prestar su nombre para salvarla de la deshonra. I doña Laura se acogió a él, sin quererlo, como a un salvador. Villegas dióse cuenta de que era el único medio de hacer suya a la mujer de sus sueños... i hasta bendijo aquel horrible acontecimiento.

El señor Villegas fué un hombre trabajador y honrado. Dedicó su vida a las faenas agrícolas i tras años largos de brega con los bancos que le exprimían el último centavo logró sancar su haciendita. Allí vivían doña Laura i su hija Petra, quien

llamaba al señor Villegas "papá", largas temporadas. Rara vez venían a la ciudad. El recuerdo de su pecado obligaba a doña Laura a buscar la paz entre la soledad del campo. Con su marido era humilde i siempre se colocaba en un plano inferior, como agradecida, avergonzada; jamás contradijo una sola de sus disposiciones. El señor Villegas, por su parte, era hombre afable, inteligente, generoso, mui culto con las mujeres i en especial con la suya. Nada había que pudiera empañar no la felicidad sino la tranquilidad de su hogar.

De repente, un mal día, murió el señor Villegas, tan sencillamente como fué su vida. En la hacienda; faltó de médicos, lo acabaron de matar con hierbas i hojas de tabaco.

El señor Villegas murió sencillamente en su cama.

Doña Laura entonces vino a la ciudad. Petra ya necesitaba colegio. A cargo de la hacienda quedó su mayordomo i su insignificante producción bastaba para darlas

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

de vivir pobremente.

Todo esto me lo dijo Luis saltando de hecho en hecho con desorden notorio. Fué tal el embrollo de cosas con que me atrafagó el cerebro que sentí una confusión intolerable.

Lo dejé lamentándose, pálido, ojeroso, cansado.

¡ al día siguiente, mi amanecer lagañoso. El recuerdo se me perdió. Un terrible dolor de cabeza me atormentaba.

Fué entonces que, desorientado, viví esas horas de hondo padecimiento, hasta que Luis, en el Parque de la Merced, me repitió la historia que me hiciera conocer la noche anterior.

Mi amigo se portó mui mal. No debió nunca descubrir el velo de la verdad, puesto que yo lo había olvidado. Pero los hombres son egoístas y no saben padecer solos.

*

* *

Únicamente yo he realizado el misterio de amasar el dolor en mí mismo. ¿Com-

prendes, ahora, hombre pequeñito? Ni aún así eres capaz de entender. Yo tengo la culpa: es imposible que puedas llegar a mi altura, que está más arriba de las nubes, más arriba del pensamiento, del pensamiento que piensa en nubes, en neblina, copos de algodón, porque el algodón se aplica a las heridas que sangran... sangran... El calvario... Jesucristo sangró mucho... Pero yo no tengo Magdalena.

¿La hora? ¡Qué me importa la hora!
¿Pertenezco yo acaso al tiempo? Yo no vivo por horas ni por días: los minutos de mi vida son millones de siglos para los otros.
¿Sabes acaso lo que es la eternidad? ¡ Todavía se acercan a preguntarme la hora... Ahora no hai tiempo. Estoy en la otra margen de mi río, solo, mui solo. Quien me habla es la sombra de mi yo, el pedazo de sombra que aún no logra desprenderse del absurdo. Ese pedazo ambiguo, que veo transformado en varios hombres, uno cada día, a veces diez o doce al mismo tiempo, es lo que más me duele. Son tentacio-

nes.

Debo seguir hasta el fin. Es obligación de grandeza. Moisés recibió las tablas de la ley. El creador contó los días en que hizo el mundo. ¿Por qué no voy yo a dar mis tablas? ¿Por qué no voy a hacer el relato de la creación de mi yo?

Pitanza de mi alma es esta labor de *memorializar* la historia magnífica.

Una de las cosas que me hizo llegar más pronto al convencimiento de la enfermedad de Luis fué la conversación telefónica de esa mañana. Porque Luis Barrezueta hizo el irónico, y el día anterior lo dejé llorando, desconsolado.

O era un enfermo o tenía el alma dura del pedernal. Sin embargo, esa misma mañana lloró en el parque; después estuvo melancólico hasta la noche, cuando intentó hacerme daño.

Yo nunca me he fiado de los amigos. Hubiera sido harto necio. Los amigos son enemigos cordiales, enemigos hipócritas, y, por tanto, más peligrosos

que los otros.

Del cabaret nos retiramos cuando ya las horas comenzaban a teñirse de azul. Inútil fué conciliar el sueño. Volví a revisar las cuatro paredes de mi alcoba, las cuatro piedras de mi corazón. Si los ojos iban ya a cerrarse me parecía percibir una voz delgadita, como de metal, que susurraba: do-lor do-lor do-lor... Entonces, incorporado en el lecho, mis rápidas miradas buscaban ansiosamente. La voz enmudecía para volver a chillar una vez que la fatiga me robaba la conciencia.

Así llegó la aurora. Otra aurora. Al levantarme hice un nuevo examen analítico de mis emociones. Pero todas escapaban de mi pensamiento, se iban y volvían burlándose de mí. Imposible coordinarlas, sujetarlas a un interrogatorio.

Me eché a la calle, pero no quise ver a Luis. Caminé aceleradamente, recorrí toda la ciudad de principio a fin.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

¡Qué horrible es la inquietud! Me crucé con todos los vehículos; atropellé a todos los peatones, riñendo con el tráfico violento de mediodía. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?

Si la soledad es dolorosa, lo es más cuando se está solo entre miles de hombres. Pero solo, solo, realmente solo. Es decir, no el simple desconocimiento, que nada importa, sino la diferencia absoluta con los demás. Esa falta de contacto de especie, que tanto me ha hecho sufrir i que ahora es motivo de mis meditaciones i mis alegrías.

La alegría disuena en el conjunto. Por eso es necesario que suene sola. Alguno podrá decir que su temblor es hueco. En efecto, hay algo de vacío en sus notas. Pero así es más hermosa, más pura, más elocuente. Es como una campana que se meneara en el espacio, en un lugar del espacio donde nada hubiera.

Hasta acá no llegan ni el dolor ni el amor. Ya pasaron los veinte años hace mu-

cho tiempo. Además, la corriente de mi río se lo llevó todo.

¿Cuántos días? ¿Cuántos meses? No lo sé. Quizás fueron minutos, acaso años. Petra inconsolable, ignorando aquéllo, no se explicaba el desamor de Luis. Sufrimiento increíble de mujer. A mí todas las quejas i las súplicas. Las cartas a mi amigo no recibían contestación. Luis enflaquecía con descaro. Estaba huraño, incivil, melancólico. Casi no hablaba. Jamás volvió a reír.

Cierta noche—este es mi recuerdo más claro—golpearon a mi alcoba cuando mis ojos se cerraban de cansancio. Me incorporé en el lecho, pero en tal instante pasó élla la puerta sin abrirla. Venía con los brazos recogidos al pecho i las manos juntas en actitud de súplica. No habló. Gritó venganza sin abrir el estuche purpurino de sus labios.

Un tembloroso agitar de mi ser. Un estremecimiento de pavor. Algo—ese algo enorme i abstracto, inconcebible e imposi-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

ble de explicar. Lo único que noté fué un sudor copioso, un frío de ultratumba.

De repente se esfumaba. No ' tenía la plena seguridad de que estaba allí. ¡Oh, pero la veía! ¡Sí, la veía!

Otra noche fué él. Venía saltando i riendo. Riendo a carcajadas, a veces. Otras no era más que un levisimo desplegar de labios. Sentí su risa como un cuchillo. Me cortaba el alma. Un cuchillo a cuyo helado contacto mi angustia atiesaba los tejidos.

¡Ah, la risa! Al amanecer hice otro examen de mí yo. La risa es solo el fenómeno reflejo de la intimidad psicológica de quien se ríen. ¿Por qué se reía él? ¿Por qué provocaba yo tal risa?

Terrible cosa la risa. Terrible. Terrible. Más que filosofía, es pensamiento puro, desligado de toda aspiración i deseo. El concierto de las cosas tiembla con inquietud de risa. Todo es risa i nada más que risa. El viento que silba en las noches heladas ríe. Dios ríe. Se ríe de los que lo han

llamado. I yo río.

Cualquier cosa hubiera podido soportar menor la risa. Yo tenía razón: él se iba a reír de mí.

El i élla. Se turnaban. El reía i élla sangraba lágrimas. Jamás llegaron juntos. Élla quería encontrarlo, pero él evitó siempre la reunión. En esta vez los contrarios se rechazaban: por eso fracasó el concierto, se rompió el equilibrio.

Si hai algún hombre que verdaderamente ha sufrido, he sido yo.

Ahora no importa. De vez en cuando salta en mis sueños aquel deseo que no llené. Lo veo claro, perfecto, pero me sirve de regocijo.

Abandoné a Carmela por algunos días. La abandoné porque me fatigaba con los recados de Petra. Mi vida no lo era. El perverso empecinado me ahogaba con sus visitas rientes. Ella venía bondadosamente a llorar, a suplicar. Siempre la misma actitud, con los brazos al pecho i las manos juntas. Sus ojos fueron más grandes i más

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

bellos. Sus manos—¡ah, sus manos!—se tornaron transparentes i finísimas, tal que una exaltación de ruego, tal que un trance místico.

A veces Luis me daba lástima. Indudablemente tratábase de un caso patológico. La melancolía había hecho presa en su espíritu. Cierta día me buscó i quedé alarmado de su enfermedad. Permanecía sentado largo rato; inmóvil, mudo, la cabeza baja, los ojos llenos de lágrimas, fruncidas las cejas, la frente surcada por arrugas, la boca entreabierta. De repente decía: “no soi digno de perdón”. Monosílabos eran las respuestas a mis preguntas. Una que otra exclamación: “¡es espantoso!” Perdió poco a poco el razonamiento i el juicio. Su atención se dirigía sólo a las cuestiones de su tema.

Huía el trato de las gentes. El mundo exterior dejaba lentamente de existir para él.

¿I yo iba a sufrir las consecuencias de tal enfermedad? ¿Por qué?

De noche las cosas variaban. Entonces venía a martirizarme con sus risas i sus saltos, sus movimientos estrafalarios.

Un sentimiento de rencor invencible se apoderaba de mí. I tenía razón. Razón. ¿I qué es la razón? ¿Puedo yo nombrar esta palabra? ¿Quién es el que está seguro de poseerla? En tales casos lo mejor es suprimirla del pensamiento. Aún más: hai que huir del mismo pensamiento. Solo el sentir debe imponer sus leyes. La norma del instinto, como fuerza de adaptación social, debe ser la guiadora de nuestros pasos. La cuestión estriba en que el instinto sea normal. I bien, el mío lo era. Absolutamente seguro.

Ahora ya no necesito ni de razón ni de instinto ni de pensamiento. Me halla más arriba de lo mezquino i las preocupaciones intelectuales. Esos conceptos son formas complejas de verborragia fraudulenta.

El viento huracanado arrancó de raíz los árboles de la orilla de mi río. No hay sombras. Todo es claro como una mañana

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

de primavera.

Si Goethe pidió luz al morir lo hizo bajo el influjo de un instinto, de un complejo sexual.

Yo amo la luz con estricta pureza. En mí no existen los complejos.

Hai sencillez eucarística en la luz que brilla sobre la margen tranquila de mi río.

Luz multicolor, rarísima i hermosa. Luz más fuerte que el sol. Luz que se puede ver sin entornar los ojos, que ya no saben llorar.

La poesía de la vida es la luz corriendo sobre el agua diáfana i bajo el cielo sin nubes.

VIII

L. A. A. de E. S. P. B. e I.

Cuando me citaron para la siguiente reunión de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales, vislumbré una medida salvadora.

Comprendí que ocuparme en esas labores profundas de altruismo sería una distracción—quizás el remedio—para mi espíritu acongojado.

Porque ya mi vida era realmente insostenible. Mi estado físico daba lástima, a pesar de que gozaba de un apetito envidiable. Mis noches parecían calvarios. Tales visitas nocturnas hubieran terminado por enloquecerme.

El i élla. El faltaba algunas veces, pero élla nunca. ¿Por qué venir a llorar ante mi? Nunca pude saberlo. Pero me enloquecía esa actitud pacífica de ruego, esas manos delgadas, transparentes, juntas sobre el pecho, esos ojos húmedos i enormes.

Sentí pues, una alegría infantil cuando me avisaron que a las cinco de la tarde debía asistir a la junta. Revisando la lista de los miembros ví que Luis se había excusado. Tanto mejor. Sin él iba a estar más tranquilo.

Me eché a la calle mui temprano. Miré todos los relojes.

Fatigado de tan movido cazarleal, resolví entrar a una peluquería, donde me cortaron el cabello, me afeitaron, perfumaron, *masajearon*.

El mismo reloj de la peluquería puso fin a mi impaciencia. Mui orondo me dirigí a la Academia, situada en la calle 9 de julio, i después de unos instantes subía las suntuosas escaleras académicas. ¿Cómo iban a ser entonces las escaleras?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

El primero en llegar. Nadie se había tomado la molestia de ser puntual. Era de mal tono llegar a la hora.

A las seis i media, más o menos, más bien más que menos, se instalaba la reunión con el quorum reglamentario.

El doctor Fenelón Castilla, abogado, diputado, magistrado, letrado i presidente de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales; don Fermín Acosta, benefactor i filántropo; el doctor Cándido Santa Ana, ilustre profesor de derecho, vestido de escaupines i chaleco; don Facundo Sierra, sagaz político; don Leonardo Izurieta, médico, insigne médico; el jovencito que fuera presentado en la sesión anterior, i de cuyo nombre no me acuerdo; i un nuevo personaje que usaba lentes i llevaba un grueso alfiler de corbata que hacía juego con los bigotes.

Cuando ya estaba instalada la junta llegó don Rodrigo Gamboa, conferencista e ingeniero, bastante joven aún.

Estas dos personalidades eran desconocidas para mi puesto que—aunque viejos miembros de la Academia—no habían asistido a la pasada reunión.

El señor Camboa, como que tomó asiento a mi lado, comenzó a charlar conmigo, con brillante facundia y un tono colombiano de palabritas mentirosas en su voz.

—¿Pero no conoce usted al doctor López?

—No, señor, no lo conozco. Es la primera vez que lo veo.

—¿Ni siquiera ha oído hablar de él?

—Nunca. ¿Es persona importante?

El señor López se echaba en ese momento hacia atrás, dejando al descubierto de todas las miradas su rútilo alfiler.

—Pues, dirá usted. Imagínese que es el bolivariano más importante de la Gran Colombia.

—Ajá.

—Casi un sabio. No pasan dos meses sin que lance una soberbia conferencia sobre Bolívar. ¡I qué erudición! No hai

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

frase que sobre el genio máximo se haya dicho que él no sepa. Cuentan que va a editar un boletín bibliográfico de todos los artículos, poesías, conferencias i discursos que se han escrito sobre Simón Bolívar. I añada usted a tanta sabiduría una cuantiosa fortuna...

—Completo, señor, completo...

—Me admira usted que no conozca a esta personalidad. Hai aquí gente que es la más notable del país.

—¿Sí?

—Sin duda. Ya lo comprenderá a medida que lo vaya tratandó. Entonces me va a dar la razón.

—Pero si yo no se la discuto...

—Espere un segundo. Atendamos a la discusión, que se está tratando un tema importantísimo.

Tenía la palabra el doctor Fenelón Castilla.

—Lo necesario es que nos pongamos de acuerdo cuanto antes. Hai que pronunciar una conferencia en el aniversario de Bo-

lívar. Primero vamos a votar para elegir al comisionado de la Academia.

El doctor López fué elegido por unanimidad.

Se levantó de su muelle asiento lentamente, apoyando las manos en las rodillas, tosió luego, se tocó el enorme alfiler de su corbata, i dijo el doctor López.

—Harto pesada comisión se echa sobre mis hombros. Me siento débil para llevarla a feliz éxito. Bolívar es el genio máximo de nuestra raza. El águila caudal de nuestros andes. El dios de nuestra mitología. El cielo se abre en dos mitades, como dos alas de gigantesca paloma, i al sonido horribísimo de un cataclismo de fuego pone su huevo de oro, entre lluvia de tempestades, en el pico más agudo de la roca más alta. El sol tropical da calor a la gestación divina. Trepidan las columnas de la civilización. Se conmueve la entraña de la tierra. I como una sorpresa apocalíptica del huevo sale un águila tan grande como América. Cuando el cascarón se rompe,

vacilan las bases de los andes, hai una conversación de llamas entre los cráteres de los volcanes, el mar se giba i sus espumas escupen al infinito saludando al héroe, toda la América es presa de convulsiones epilépticas: ha nacido Bolívar. Elogiar a este hombre es cosa superior a mis fuerzas. Sin embargo, acepto agradecido tamaña honra, pero solicito humildemente la colaboración de mis honorables compañeros.

—¿Se fija usted?, me dijo don Rodrigo Gamboa, golpeándome con el codo.

—¿Se pronuncia la sala por la cooperación al doctor López?, dijo el doctor Fernelón Castilla.

El doctor Santa Ana tomó la palabra:

—Creo, señor presidente, que, sin quitar méritos al ilustre doctor López, podemos ayudarle con meras indicaciones en el trabajo formidable de tamaña obra. "La cooperación es la base de los triunfos", dijo Shopenhauer. A mi modo de ver, se debe trazar el plan esquemático de la conieren-

cia.

—Bolívar tiene un aspecto que no debe descuidarse: el de benefactor de la humanidad, dijo don Fermín Acosta.

—Que se anote, ordenó el Presidente.

—Admiro en el genio sus dotes de guerrero invencible, gritó don Rodrigo Gamboa.

—Que se anote.

—Una de sus virtudes más altas fué la literatura, exclamó el doctor Santa Ana.

—Que se anote.

—El Bolívar político es el más grande. Yo, Facundo Sierra, la admiro por sus dotes políticas.

—Que se anote.

—Bolívar es también un alto filósofo, dijo el médico, don Leonardo Izurieta.

—Que se anote.

—Olvidan ustedes que Bolívar fué el creador de un nuevo derecho. Debe considerársele como jurista.

—Que se anote.

—¿I por qué no considerarlo como

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

amante?, dijo con timidez el jovencito, de cuyo nombre no me acuerdo. Todos los héroes de la historia han sido grandes amantes i sus aventuras han pasado a la posteridad.

—Que se anote... Pero... falta considerarlo como... como... como orador...

—También puede decirse que fué poeta.

—Hábil parlamentario.

—Habilísimo jinete.

—Políglota.

—Humanista.

—Historiador.

—Moralista.

Se hizo el cómputo i le entregaron al doctor López un papelucho en el que constaba cada uno de los aspectos de Bolívar que debía ser estudiado con prolijidad. Resultaba benefactor, jurista, enamorado, literato, filósofo, guerrero, político, orador, parlamentario, jinete, políglota, humanista, historiador, moralista, fuera de tantos otros atributos que se

olvidaron al calor de la discusión.

Volvióse a levantar el doctor López, pinturero i ágil esta vez:

—Agradezco en el alma la valiosa cooperación de ustedes. Trataré de efectuar un estudio profundo de cada una de las virtudes del libertador. Ojalá pueda dar cima feliz a mis trabajos. Un Homero sería necesario para historiar su vida; un Virgilio para cantarla. Mi voz no podrá alcanzar nunca la majestuosa altura de Bolívar, de ese Bolívar de fuego i oro, nacido de las entrañas igneas de los volcanes i del fondo abismal de los océanos. Sin embargo, empeñaré las potencias de mi alma en este trabajo. Vuelvo a agradecer la designación i ayuda.

—Bien, dijo el doctor Castilla, pero puede ser que nos olvidemos de algo. A ver, señor Acuña, ¿recuerda usted otro atributo del Libertador?

—Sabe, señor presidente, que no, por el momento. Pero, si usted me permite manifestar mi opinión, le diré que, franca-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

mente, la conferencia del doctor López va a tratar de catorce Bolívares distintos i, al fin i al cabo, no voi a conocer nunca al Libertador.

—¡Qué error! Es necesario presentarlo así, puesto que fué hombre anormalmente genial, capaz de integrar en uno las virtudes i capacidades de muchos.

—¡Ya lo creo! Bolívar es múltiple en su personalidad.

—Sin duda. De otra manera no se le podría valorizar en toda su plenitud.

—Sí, señores, todo eso es cierto. Pero la unidad es la base de la vida cósmica. El uno es el número feroz por su importancia. En si mismo es elegante, poderoso, altanero i sabio. Es el principio. Donde no hai unidad no hai personalidad. ¿Saben ustedes lo que es la unidad? Sin duda que lo saben. Es el yo que domina, que se impone, que forja la vida i la sustrae de lo vulgar i colectivo para someterla al profundo análisis del secreto de las cosas i de las interrogacio-

nes al infinito. Si es capaz de integrar en uno las virtudes de muchos, precisamente debe estudiársele íntegramente. Bolívar guerrero, políglota, sociólogo. . .

—Un momento, que se anote lo de sociólogo. . . Siga usted.

—Sociólogo, político, literato, enamorado, orador, es un solo Bolívar. Enséñeme a conocer a este Bolívar uno. No lo despedacen en fracciones accidentales, porque así nunca lo entenderemos, no lo conoceremos jamás. A través de las vicisitudes de su vida, de las diversas modalidades que ésta obligó tomar a su carácter, flexible i asimilador por ser genial, Bolívar permanece siempre uno. Nunca llegaremos a comprenderlo si lo dividimos arbitrariamente. Hai que estudiar su vida i su obra, su genio i su carácter, efectuando la simultaneidad absoluta de sus diversas manifestaciones.

—¿I quién le ha dicho a usted que se fracciona la unidad estudiando separadamente a Bolívar?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Claro que sí. Eso es dividir para reinar. Se hará una historia y un estudio de Bolívar como militar; después como literato, etc. etc. Como Bolívar es tan grande y perfecto en cada una de sus cualidades, es decir, que se individualiza, se personaliza en sí mismo en cada manifestación de talento, resuelta que al final hemos aprendido todo menos a conocer al Libertador, por que se hace en cada uno un ser distinto. Más racional sería estudiarlo integralmente, en la plenitud de su obra y de su vida.

—Labor imposible.

—Porque no se ha querido hacer. Porque hay la pretensión de hacer discursos académicos...

El doctor López me miró con unos ojos bárbaros, acomodándose el enorme alfiler de su corbata.

—Creo, dijo el honorable presidente, que la discusión ha terminado por hoy. En otra sesión trataremos del tema. Ahora va a sesionar el núcleo secreto. He di-

cho. Ring...ring...

Quedaron solos el doctor Castilla, don Facundo Sierra i don Cándido Santa Ana. Un letrado, un político y un jurista.

Antes de que yo ganara la puerta se me acercó a pasos rápidos i cautelosos don Facundo Sierra i me dijo a media voz:

—Espéreme en la esquina, en mi automóvil... Tengo que hablarle de algo mui importante.

Sorpresa grande fué aquélla. Al mismo tiempo me sentí orgulloso de esa preferencia.

¡ Nada, que daban las nueve de la noche, i don Facundo no salía. Yo estaba con un hambre desmesurada.

Después de largo esperar vino al automóvil, se sentó a mi lado, estornudó para adentro i comenzó:

—Mire, usted, Acuña, yo me he fijado que es usted un joven de cualidades realmente excepcionales...

—Muchas gracias, don Facundo.

—Es usted mui inteligente i sincero.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Muchas gracias, don Facundo.

—¿I le voi a confiar un gran secreto i a suplicarle una ayuda.

—Diga usted don Facundo. Sabré guardarlo como una tumba. Éstoy acostumbrado a las grandes revelaciones.

Don Facundo volvió a estornudar para adentro, se atusó el bigote, cruzó las piernas, exponiendo a mis miradas el borde cazcarriento de su pantalón i continuó:

—Habrá usted notado las reuniones secretas que se vienen efectuando entre los doctores Castilla i Santa Ana i yo. Pues bien, se trata nada menos que de trabajar por la Presidencia de la República para... este humilde servidor.

—.....

—Usted puede prestarme una valiosa ayuda. Conozco su influencia sobre Luis Barrezueta. También se la que éste ejerce en la Universidad. Me comprende usted?

—A medias.

—Vamos al grano. Necesito que usted

R I O A R R I B A

trabaje en el sentido de conseguir simpatías en la Universidad para mi postulación.

Medité un momento y resolví aceptar. Yo estaba destinado a los grandes hechos. Era joven aún i más tarde podría ser yo el elegido. Comenzaría mi carrera política. Además, me libraría del martirio nocturno, dando trabajo a la imaginación. Podría hablar en las plazas públicas, dictar conferencias, quizás ser diputado... ¡Qué lindo!

Don Facundo no me dejó despedir, obligándome a comer con él. Fué una comida succulenta, remojada con vinos exquisitos que él, como buen catador, seleccionaba.

Esta comida me hizo dormir profundamente en la noche, i ni él ni élla se atrevieron a molestarme.

Mui por la mañana salí en busca de Luis, i le conté lo manifestado por don Facundo Sierra.

Mejor hubiera sido no decirle nada. Se sonreía a mis palabras. ¿Qué le importa-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

ha a él la política?

—Ya ni me acuerdo de la Universidad. Esto se acabó.

Sufrió toda una decepción con la empujadora negativa de Luis. Mi rencor se vió justificado una vez más. Este hombre era la causa de todos mis fracasos. Porque Luis era un malvado, un enfermo, pero no un irresponsable. Irresponsable. ¿Existe acaso el irresponsable? ¿Quién no puede o no sabe responder? Palabra que es invención absurda de la amoralidad.

Esa noche fué espantosa, trágica. Fué él quien vino. Ahora se reía continuamente a carcajadas.

El mundo exterior no existe. Si percibimos las sensaciones, es porque la conciencia las imagina. Todo es creación del espíritu, que es un gran poeta i no otra cosa. Los objetos de la experiencia son puros fenómenos sin realidad fuera del pensamiento. La prueba es que si no pensamos o no sentimos, los objetos desaparecen. La realidad es sólo un pro-

ceso interno del pensamiento. El hombre es el centro de sí mismo, la causa única de todo, de la vida objetiva i subjetiva.

Es así que la realidad está sujeta al funcionamiento de la conciencia. Por tanto, es verdad real todo lo que se representa el espíritu. Las visitas de él eran representaciones porque yo lo veía. Luego, en verdad de verdad, sus visitas tenían existencia.

¿Por qué entonces no me atreví a preguntarle durante el día la razón de sus visitas? Razón. ¿Existe acaso la razón? ¿Qué me hubiera podido responder? Nada. Porque él no tenía la razón i entonces no le era posible dármela.

En mi segunda entrevista con don Facundo me guardé muy bien de contarle la nueva de mi fracaso. Le dije que todo estaba arreglado. I don Facundo se puso contentísimo. Me abrazó. Me invitó a otra comida, con vino i con postres.

En verdad yo tenía la firme resolución de seguir adelante. Una tarde me presen-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

té en la Universidad, tomando el nombre de Luis, i hablé a algunos estudiantes del asunto. Muchachos al fin, se rieron de mí.

Sentí mis nervios a punto de estallar. Hubiera estrangulado a todos, pero me detuvo la presencia de tanta gente.

Terrible cosa la risa. Apenas hai algo que me ponga tan mal como sentir esas notas entrecortadas de la risa. Cada entonación se me incrusta en el alma causándome dolor. Cada movimiento de boca me corta como un cuchillo afiladísimo.

Terrible cosa la risa. Es el arma mortal por excelencia. Todos los males de la tierra son motivados por élla; todas las invenciones filosóficas i morales son consecuencia de haber sentido el horror de una risa. Pero sólo por éso existe el bien.

I entonces yo era la víctima. Todo el mundo me perseguía con sus risas. ¿Por qué me asediaban así? ¿Qué mal les había hecho?

Por fortuna ahora ya no hai risa. En la otra margen de mi río se han acabado

R I O A R R I B A

estas manifestaciones vulgares, como la risa i el llanto. Me hallo tranquilo i sereno, con paz en el alma i firmeza en la conciencia.

A veces me asomo un poquito i miro hacia abajo. El espanto me hace esconder de nuevo. Todo el mundo se ríe, pero a cada sonido de la risa brota un chorro de sangre caliente. Otras veces son los hombres serios, de la manada porcina. Estos matan *sin hacer daño*, como estatuas, sin impresiones ni advertencias.

Por éso he puesto de por medio el espejo de plata de mi río. Cuando más veo una víbora sobre un islote de hierbas que arrastra la corriente. Pero la miro acaso con amor. Sus ojillos me acarician, i cuando se yergue en la punta de su rabo i se hace como un signo de interrogación apuntando al cielo con la finura de su lengua, adivino el misterio de la vida, que es ese signo cuya respuesta sabemos la víbora i yo.

IX

LOS TRES AMIGOS DEL TEATRO

Don Facundo Sierra tenía historia.

Cuando se presentó en sociedad y en política, fué lo que se dice un adventicio. Nacido en las *bajas esferas* sociales, tuvo en su niñez el trabajo de vendedor ambulante. Andaba descalzo y haraposo, mangleando con los chicos de su barrio, cuando no iba al centro . ya con una canasta de frutas, ya con un cajón lleno de alfileres, peinetas, horquillas y otras chucherías.

Desde esa época databa su fino instinto de mercader. Pues Facundo Sierra era hábil, mui hábil en aquéllo de realizar una venta i meterse al bolso una pingiie ganancia. Poseía una labia finísima, conven-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

cedora i abundante que era la clave de todos sus triunfos.

No conoció otra escuela que la que le enseñara a leer i a sumar. I cuando cumplió quince años se empleó en un establecimiento de venta de licores. Cinco pasó en el empleo. Cinco de aprendizaje en eso de manejar el alambique i sacar un aguardiente que él llamaba delicioso.

Utilizó este tiempo, i bien. Pues poco a poco iba sustrayendo las mercancías de su amo hasta que, llegados los veinte de su vida, tuvo tienda i refinería propias.

Primero comenzó por llenar a escondidas un cachirulo de cinco o seis litros i llevarlo, caída la noche, a las afueras de la ciudad para vender el aguardiente a real la copa en los lugares de baja diversión. Popular era ya entonces a causa de su habilidad de vendedor i de su carácter alegre i dicharachero.

Llegó a ser el más fuerte competidor de su viejo patrón. Cuenta la gente que el contrabando era su principal fuente de

ingresos. Lo cierto es que después de pocos años de tener arremangada la camisa, por la que escapaban olores de alcohol i vinagrillo, Facundo fué llamado don Facundo Sierra.

Dueño de una importante fortuna, abrió comercio en un periódico, se hizo notable i comenzó su figuración política.

Inteligente era a no dudarlo. I así fué que llenó poco a poco todas sus ilimitadas aspiraciones hasta llegar a ser diputado en un congreso. I como el que ya tenía fama de hábil pendolista, orador i ricacho no era un maula ni mucho más, fácil le fue escalar a las centros sociales de la más alta aristocracia criolla.

A don Facundo deslumbraba aquéllo de nobleza y escudos. Se suscribió al Diccionario Heráldico y Genealógico de Alberto y Arturo García Garrafa, y busca que te busca se dió de narices con el muy linajudo y viejo nombre de Sierra. De allí a facilitar el negocio de los señores de Rújula, Reyes de Armas de su Majes-

tad Alfonso XIII, sacando ejecutoria de nobleza, firmada i sellada con el sello real, previo pago de unas cinco mil pesetas, era cuestión de un paso.

I entró don Facundo a formar parte de los caballeros de escudo en el dedo i árbol genealógico en la alcoba. Porque a don Facundo le molestaba aquél "ese no es nadie" que andaba en boca de las chiquillas pseudo aristócratas, morenitas i guapas, con tres reales en el hatillo i el pergamino en el vaso de noche.

Alcanzó, pues, el ideal sublime, que los otros eran bien materiales. Ya era noble por obra i gracia de la empresa española de explotación de los "cholos de América" i de una paciente labor investigadora en archivos i en tomos de apellidos.

Si no se puso el de, cargante i necio, i que, después de todo, no dice nada porque nada significa a más de propiedad o procedencia, que grandes de España hubo con el nombre a secas, fué porque contrariaba la sonoridad de su nombre: Facun-

do Sierra.

Luego de esta serie sucesiva de triunfos un buen día lo nombraron miembro activo i principal de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales. La cúspide de su gloria.

—¿Qué le parece?, me decía don Rodrigo Gamboa, quien me terminaba de contar la historia de don Facundo en una calle cualquiera de la principal ciudad de mi República de los Mansos.

Porque yo, aprovechando el casual encuentro con don Rodrigo, le solicité datos de tan ilustre personaje. I digo casual por ser magnánimo, pues seguramente don Rodrigo quería sonsacarme el secreto aquél que me revelara don Facundo. Por supuesto que yo no me dejé vencer i resistí con valor a sus malévolas i finas insinuaciones.

Tan ocupado me hallaba en las idas i venidas que la misión política me había impuesto, que no tenía tiempo para nada.

Además me sentía un poco orgulloso de

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

que hombre tan notable se hubiese dirigido a mí a solicitarme ayuda. Esto era, al fin i al cabo, un reconocimiento de mi valía.

Me consideré completamente curado. El i élla no vinieron más. Una alegría enorme me llenaba el espíritu de placer, i una actividad desenfrenada ponía en juego mis músculos.

Ahora, me dije, a coger la ocasión por los cabellos i hacer que mi nombre ocupe el merecido lugar. La gente iba pronto a reconocermé los méritos que antes me negaba. Yo no tardaría en ser el reivindicador de las ideas de justicia, luchando por el triunfo de mi partido, que era el único llamado a precautelar los intereses colectivos.

También encontraba así el apoyo experimental a mis profundos sistemas filosóficos, que bien pueden llamarse una especie de babismo reformado junto a las prácticas bellísimas que usaban las cátaros sencillos i austeros.

El maniqueísmo quedó completamente

superado con mi doctrina, que demuestra de un modo absoluto el gran error de Maniqueo al atribuir a las cosas dos principios creadores, uno para el bien i otro para el mal.

Mi doctrina, que ya he explicado suficientemente aunque no me hayan entendido, se reduce, en último término, a probar el monismo de uno. Este colosal principio aplicado a la ética, a las ciencias prácticas, significa el robustecimiento del yo creador, del yo dominador, causa i esencia de la vida. Es incalculable la trascendencia que esto tiene en la razón práctica: el sentimiento de autodomínio, de autodidáctica del espíritu y de absoluta responsabilidad de las acciones.

Pero es inútil que te explique. Si fueras algo inteligente bibujaríate mi doctrina. Ella se puede sintetizar en un triángulo acutángulo perfecto, en cuyo vértice superior que está arriba-se advierte un sol. En los otros dos vértices hai dos antorchas, una en cada uno. En medio, dentro

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

del triángulo, una bolita. ¿Comprendes ahora? No, imposible. Mira, el triángulo es tan grande que puede llenar todos los espacios siderales, es decir que el espacio entero es su contenido. Afuera, la nada. El sol, que está en el vértice superior, es el yo que domina. Los dos lados que se cortan arriba son los mandatos del yo. Los lados han de ser estrictamente rectos. Las dos antorchas, colocadas en los vértices inferiores, son la Razón práctica a la izquierda i la Razón pura a la derecha. La base que une las dos antorchas es la reflexión. I la bolita de en medio es el mundo, la realidad exterior que es creación absoluta del yo i que, por tanto, se haya dentro de su dominio .

¿Me entiendes ahora cinocéfalo? Yo tengo la culpa. Algún día he de hacer aceptar mi cosmogonía en las Academias científicas del orbe. No debo dirigirme a personajes diminutos como tú.

*

* *

El período de lucha política fué el más alegre de mi vida. Jamás gocé tanto. Me sentía libre i amo de mis actos. Hasta llegué a olvidarme de él i élla.

Cierta noche me llamaron por teléfono. Un sirviente de don Cándido Santa Ana me hacía saber que éste quería hablarme i me esperaba en su residencia a las nueve en punto.

Sufrí mucho. Me han descubierto, me dije. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué le digo a don Facundo?

Lo saludé tembloroso y me puse en actitud de espera.

—¿Cómo está Acuñaíta?

—Muy bien, gracias, señor doctor.

—Quiero hablar con usted a solas de un asunto importantísimo.

—Le escucho, doctor.

—Se que es usted un joven muy inteligente, muy sincero i muy entusiasta. “La sinceridad i la inteligencia son los dones más preciados del cielo” dijo Francisco de Asís.

A PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—Muchas gracias, doctor.

—Hago justicia. Pues tomando en cuenta esas dotes bellisimas voi a confiarle un secreto i a pedirle una ayuda.

—¡.....!

—Habrá usted notado las reuniones del núcleo secreto, al cual pertenezco. Pues bien, se trata nada menos que de trabajar por elegir presidente de la República...

—Ya lo se, ya lo se: a don Facundo Sierra...

—No sea niño. ¿Quién le ha dicho éso? A mí, a mí. ¿Cree usted que don Facundo Sierra me puede igualar? ¡Un advenedizo, un arribista! ¿De dónde ha sacado usted éso?

—Nada. Nada. Una suposición.

—Cuidado con dejarse engañar por los viejos políticos. Usted es mui joven aún i puede servir de juguete a mezquinas ambiciones. I ahora vamos a trabajar por echar abajo los planes traidores de don Facundo.

—Pero...

—¿Acepta usted o no?

—Sí, sí, con gusto. ¿Qué debo hacer?

—Mañana a esta misma hora lo espero sin falta.

Golpe mortal fué este. No supe qué pensar. ¿Don Facundo sería en realidad un traidor? ¿I todas mis ilusiones con este hombre? Yo que confiaba tanto en él, que lo admiraba como a un semidios por la enorme fuerza de su carácter que le había hecho llegar a los sitios más altos de la vida.

Triste es sufrir un desencanto. Mi juventud entusiasta se sintió dolorida, profundamente dolorida. Maldito don Facundo, maldito, maldito, que me había engañado. Miserable. Así no se juega con un hombre i me la iba a pagar. Con el Doctor Santa Ana lo echariámos abajo.

Mientras tanto me convenía usar del tino político más delicado, y cuando me vi con él, venciendo fuertes resistencias de mi alma, le dije que todo marchaba mui bien,

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

a las mil maravillas.

Pero el doctor Santa Ana no me invitaba a comer. Bueno, ésa era precisamente la hipocresía de don Facundo.

Varias entrevistas celebré con mi nuevo caudillo. Este se fué al grano i me ofreció la secretaría de la presidencia. Qué de ilusiones i proyectos. Porque yo tendría el sello i pondría al pie de sus decretos: "Es fiel copia. El secretario, Bernardo Acuña." I estos papeles con mi firma iban a circular por los cuatro puntos cardinales de la República de los Mandos. Leerían mi nombre hasta en los pueblitos más lejanos.

Camino de triunfo, camino de perfección. Con ese paso algún día sería yo el presidente. No, primero, Ministro de Gobierno. Tenía que organizar muy bien la policía; darle un puntapie en las nalgas al ejército, cruzar de carreteros, ferrocarriles, telégrafos el país. I preparar el terreno para mi periodo presidencial. Entonces, con las rentas que los de bota

i gorra medran de la República, fundaría escuelas por todas partes, como un misterio, como un encanto. Todo el mundo a instruírse. Contrataría técnicos de enseñanza, los más notables del universo. I por último, para gloria de mi patria, iniciaría en el orbe las comunicaciones interplanetarias, fabricando un gigantesco proyectil de regreso automático en el que iría yo como Jefe honorario de la expedición. Llevaríamos un sinnúmero de aparatos de medida i de toda clase de experimentos científicos. Un cuerpo de profesores en filología me acompañaría para servirme de intérprete con los pobladores de otros mundos, i, por fin, cuando hubiésemos regresado de la luna, habría adquirido la gloria más grande de todas las épocas. El mundo estaría a mis plantas. Yo, lleno de oro, obsequiado por mis generosos amigos los lunáticos, remediaría la crisis universal. Jalaría a Hoover las orejas por malcriado, le afeitaría los bigotes a Briand, le haría un cariñito a Mc Donald

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

i metería en un calabozo a Mussolini i a Hitler, mancornados i desnudos, untándoles miel en el cuerpo para que se los comieran las hormigas. A Gómez de Venezuela no le permitiría hablar sino en quechua; a Ibáñez de Chile le obligaría a hablar, andar, comer, hacer sus necesidades sobre un caballo, sin poder desmontarse jamás; a Olaya Herrera lo dejaría en su puesto; i le prohibiría a Vasconcelos que se volviera a meter en política, fabricándole un palacio de cristal i de oro, con una tribuna hecha de piedras preciosas, desde la cual podría hablar a los americanos, i en cuya mansión se dedicaría al estudio, al trabajo intelectual. Haría que Gandhi triunfara, pero antes le pondría encima una corona de espinas i una cruz.

El continente ya no sería el continente de Pío Baroja, al que se debe darle la razón, pues si existe, éste la tiene.

Tan alegre estaba en mis proyectos, que debía cumplir paso a paso sin faltar en un punto, que me fui a visitar a Carmela,

i algo le dije, no más allá de lo que debe decirse a las mujeres, esto es, sólo aquéllo que puede ser divulgado.

Jovial era mi espíritu entonces. Pero, antes de nada, la venganza contra don Facundo. Había que inutilizarlo pronto. Así se lo propuse al doctor Santa Ana, pero éste me calmó recomendándome prudencia.

—Poco a poco, Acuña, no se precipite.

Pero en lo mejor de mis actividades fui interrumpido por una llamada del doctor Fenelón Castilla. No hai duda de que esto descubrió, pensé. A éste no le digo ni jota, resolví para mis adentros i me dispuse a escucharle.

—Oiga, Acuña, tengo que hablarle.

—Diga usted, doctor. Estoy a sus órdenes.

—Sólo a un joven como usted, inteligente i sincero, puedo dirigirme en estos momentos.

—Muchas gracias, doctor.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—No me agradezca. Tengo razón. La juventud anda hoy muy corrompida y da gusto ver un carácter honrado e independiente como el suyo.

—Gracias, doctor.

—Le voy a abrir a usted mi corazón. Soy un anciano que no sabe mentir y que le ama de veras.

—Cuánto honor, don Fenelón. Está usted bien correspondido.

—Dirá usted que a mis años no es debido meterse en estas cosas. Pero tengo una gran experiencia de los hombres y mi línea de conducta ha ido siempre rectísima. Usted lo sabe.

—Lo sé, doctor.

—Pues, bien, hace tiempo que viene sessionando el núcleo secreto de la Altísima Academia de Estudios Sociales, Políticos, Bolivarianos e Internacionales, que me honro en presidir.

.....

—Mire usted, Acuña. Yo me he negado al principio, mas he tenido que acce

der a razones de peso i a reiteradas súplicas. Ese núcleo secreto trata de obtener el solio presidencial, de la República, que no de la Academia ocupado por este servidor, para mí.

—¡.....!

—Al fin, después de muchos ruegos, he aceptado. Necesito su ayuda. ¿Estamos conformes? Irá usted al próximo congreso i se quedará en el gobierno con una subsecretaría .

Tan honda fué la emoción que galvanizó mi ser, que me dirigí a la puerta, casi sin despedirme del sorprendido don Fernelón.

Puedo decir que corrí a mi habitación donde lloré de dolor i de coraje. Yo, que me consideraba célebre, curado, sano, en el camino del poder, volvía a mi oscuridad. Por supuesto que entonces creí en mi abandono porque no había pasado aún mi río. Ahora es otra cosa.

I estos eran los hombres en quienes había puesto mi confianza .Estafadores, vul-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

gares mentirosos, mutiladores de vidas e ilusiones .

Sonaba en mi cerebro como un atuendo formidable. Me dolían las entrañas. El pulso, agitado i violento, parecía saltar de mis arterias.

Me acordé de Luis. Este hombre funesto tenía la culpa. El me llevó a la Academia, para después dejarme abandonado. I aún me echaba a la cara sus carcajadas histéricas.

Don Facundo, don Cándido i don Fenelón. Don Fenelón, don Cándido i don Facundo. Melón, melones los tres. Melones agrios. Amargura de mi alma, dolor de mi vida. Desengaño espantoso, espantoso: Este era la trinidad diabólica. Satanás con bigotes i chaqueta.

Todo el jugo exquisito de mi esencia se acedó con la malaventura política. ¿I mis anhelos de justicia, de reivindicación? No, yo debía luchar solo, sin necesitar de nadie. Pero, ¿cómo?

Soledad, soledad de uno. Falta de con-

R. I O A R R I B A

tacto de especie. Monismo de uno. Absoluto fenómeno cósmico de la unidad que martiriza.

¡Cómo duele el absurdo penar de lo pasado!

Al ir a mi habitación tropecé con un guijarro. Lo puse en mi bolsillo i dejelo en mi mesa de trabajo, recordando el verso de Rubén "...i más la piedra dura porque ésa ya no siente". Lo fatal de mi vida era negro i tirano.

Las piedras deben ser mui felices. Saben herir i no son responsables porque otros las arrojan. En su dureza tienen la base de la vida. ¿Cómo será el alma de las piedras? Quizás en mi evolución *metempsicósica* pueda llegar a ser piedra, que es el último grado de perfectibilidad.

¡Oh, ser piedra! Sentir que cuando alguno me tome en sus manos i trate de apretarme se hiera. Volar por el aire para ir a caer en la cabeza de un Cándido o un Fenelón.

Lo único que no me gustaría es que me

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

utilizacen en alguna construcción. Esta es la cárcel de las piedras. Se debe sentir un ahogo terrible allí. Yo quiero ser piedra libre, una piedra aguda i fuerte.

Ahora no pretendo éso. Lo digo por broma. He perdido la noción de fatalidad. Me río de lo bueno i de lo malo, de lo justo i de lo injusto, simples valores humanos, variables como los hombres.

Cuando viene mi pedazo de sombra que aún no se ha desprendido del absurdo, sufro un poco, mas lo ahuyento con mis anatemas.

En esta margen de mi río hai paz. Una paz tan suave i tranquila que ni pájaros vienen a cantar ni sol a lucir. La luz que veo es luz multicolor i sabia. No viene de fuera. No podría entrar.

Tengo luz, una luz purísima que es más grande que la del sol, i que viaja a más de cuatrocientos mil kilómetros por hora.

Mi luz sabe cantar. Tiene modulaciones de eternidad.

R I O A R R I B A

Aquí, en este margen de mi río, se besan
el agua con el cielo, la tierra con el sol, lo
finito con lo infinito.

Es el milagro de la luz.



FLORECIMIENTO

Casi al norte de mi ciudad hai un caminito que principia en una sabana pelada i sigue, trepando por el cerro, con ondulaciones graciosas i violentas.

En mitad del cerro el caminito pega un salto. ¿No he hablado ya de esta filosofía? Porque los caminos también tienen movimiento, impulso. Están dotados de vida. Por éso avanzan i avanzan, moviéndose en instantes de placer, rectísimos cuando su voluntad trabaja, ascendentes en él continuo alcance de la gloria i rodando hacia abajo al influjo de los padecimientos.

¿Quién es capaz de negar vida a los caminos? Hai caminos llenos de luz, satura-



A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

dos de una intensa alegría de ser; los hai tortuosos, retorcidos i tristes. Hai unos que sueñan, que encierran todo un símbolo de pasión e idealidad.

Pero los que más me atraen son los caminos solitarios. ¡Qué bien se anda sobre sus lomos grises! El alma se conforta. Hai paz en su continuo desperezar elegante. Parecen abandonados i son llenos de sabiduría.

Sobre ellos pasan más pies descalzos que ruedas de lujosos carruajes. Su soledad asusta a los espíritus medrosos. Enseña a los meditadores. Porque los caminos solitarios son problemas sutiles de meditación.

Sin bullicios, sin risas, sin el burdo fragor de las ciudades, tal que una caricia exquisita de la muerte, de la que llega despacio, al tiempo necesario, fuera de las agitacions de una revelación, más bien como una tranquila plenitud para el descanso que como un sentimiento de vacío.

Caminito solitario, que te llaman aban-

donado ,siendo tú el que abandonas, eres el símbolo final i máximo de la vida. Tú sólo conduces adonde nadie sabe ir. Pábulo del ama sabia. Correspondencia con el infinito. Clave de todas las inquietudes humanas, más que humanas, trascendentales a los orígenes i a las causas.

Adoro mi camino solitario del cerro. ¿Adónde va? Jamás he llegado a su fin. No se lo que hai al otro lado. Pero estoy seguro que ese camino no tiene terminación ahora.

Se detiene en medio del cerro. Se corta por una casi caverna de profundidad nunca medida i continúa desde el otro borde. Este hueco debe ser artificial, pues el camino no se tuerce a ningún lado. Antes ha debido pasar por encima de la tierra que después fué cavada.

Dicen que tal hueco ha sido escondite de ladrones. Es aún inexplorado, a causa de su mui difícil descenso. Siento que ya no tenga ninguna ambición por el dinero; si no iría a conquistarlo en esa profundi-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

dad tentadora.

Por ese camino sabio i solitario acostumbraba pasear en las mañanas. Era mi lugar preferido de meditación. A veces hacía frío, i el viento me cortaba la cara, produciéndome un placer de sensualidad griega. Marchaba encorvado por el esfuerzo de la subida, las manos en los bolsillos i la cabeza baja, mui baja, mirando la senda predilecta, despreciada por los hombres necios.

Una de esas mañanas, que llamaría de invierno si en mi tierra lo hubiese, vi que adelante caminaba una mujer vestida de negro. Seguila. Llegó a los límites de mis d'arias excursiones, pero no se detuvo. Andaba más i más. Parecía tener prisa. Se me antojó que no tocaba el suelo.

Soplaba un aire helado i el velo de su cara ondeaba como las alas de un perfume negro. Perdí la iliación de mis ideas i toda mi voluntad se concentró en seguir a esa mujer extraña.

Al fin, en la parte más alta del camino,

R I O ' A R R I B A

desde donde se veía su rápido descenso, lejano i triste, para internarse entre una avenida de naranjos, se detuvo . . .

Después la ví de rodillas. En la tierra había clavada una cruz, con un letrero así: "Yo soi la paz".

El velo de su cara ondeaba como las alas de un perfume negro.

Esa mujer era Petra.

Cuando la hube reconocido me puse a correr en dirección opuesta. Ya en mi casa medité con horror en el posible encuentro.

Fatalidad de él i de élla. Ni siquiera podía tener el consuelo de mi camino solitario. No volví jamás a juntar mi alma con la de él.

¿Por qué me perseguía así, de esa manera? La cruz hablaba: "Yo soi la paz". Pero no para mí. Yo también tenía derecho a gozarla. Mas nunca descubrí la cruz i élla, como siempre, se adelantó.

¿Por qué se había vestido de negro?

Ella también diría que yo era el culpa-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

ble. Luis no la volvió a ver. Se alejó para siempre de su lado. ¿I yo iba a pagar la culpa de éso? Aunque élla ignoraba la causa feroz de la ruptura, no tenía derecho a perseguirme.

Esa noche la ví. Negro, negro, negro todo lo que traía. Ya no lloraba. Ni siquiera sabía mirar. Las manos siempre al pecho i los labios moviéndose como en una oración.

¿Cuánto tiempo estuvo delante de mí? Lo ignoro. Al llegar la aurora, un insoponible dolor de cabeza, una pesadez en mis miembros; una extraña sensación de abandono, una falta absoluta de querer levantarme aunque mucho lo deseara, me detuvo en el lecho hasta bien entrado el día.

Las mujeres no conocen término medio: o aman demasiado u odian demasiado también. Son extremistas. La reflexión toma poca parte en la actividad de su psicología. Por eso son adorables.

Es así que Petra se consumía en un amor anormal. Una pasión monstruosa la

devoraba. Hubiera sido capaz de todo sacrificio por el amor de Luis. I no le importaba nada mi sufrimiento: yo era el objeto de su sacrificio.

En él sucedía otra cosa. Era un malvado, un corrompido, un fenómeno humano que se refocilaba con atormentarme. Ea risa era su arma traicionera. Con élla me iba separando el espíritu de la carne.

Porque yo sentía un desprendimiento, algo que se desdoblaba en mi ser, tal que una fuga. I este algo—terrible, abstracto, incomprendible—me iba ascinando.

El sonido metálico de sus risas se me adentraba en el alma cada día más. Eran como golpecitos de martillo sobre el corazón. Esos golpecitos me hacían doler. A veces el corazón sangraba por gotas, como exprimido, i entonces me iba envenenando paulatinamente.

Ya ni siquiera tenía el consuelo de mis actividades políticas. La Academia había desaparecido de mis intereses. Guardaba rencor para élla.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Este fué uno de los más graves daños que me hiciera Luis. Después me quitó mi camino. Él era la causa directa de tal arrebato de Petra, de tal repugnante violación de los derechos del hombre.

Me iba quedando huérfano. La gestación de mi doctrina, el monismo de uno, se apoderaba de mi vida interior. Verdades que mi filosofía es la más alta i la más profunda, pero hace doler en el principio. Buda, cuando hizo los primeros ensayos del nirvana, debió sufrir mucho.

Aquélla sensación que había adivinado en mis noches reflexivas, cuando con pasos de rigurosa lógica, iba induciendo i deduciendo mi doctrina genial, la sufría yo con una intensidad de crimen.

El desdoblamiento de mi ser—sin el cual no puede haber soledad completa, pues para ser solo hai que aprender primero a despojarse de si mismo era notable. A veces tenía la sensación de que me quedaba vacío, hueco.

¿Adónde pararía la tragedia? ¿Qué se

proponía Luis de mí? Solamente mi exagerada bondad le salvaba porque ya era llegada la hora de la defensa.

Por una ventana trasera de mi casa podía acariciar con mi vista el caminito. I en las mañanas grises, me alegraba siquiera el sentarme a la ventana i contemplarlo con amor sublime.

Todo su recorrido lo hacía mentalmente, contando los guijarros que tenía, las curvas, las bajadas i subidas. Empleaba en esta meditación una media hora: el mismo tiempo en que yo lo recorría cuando era libre.

Una de esas mañanas volví a ver cómo élla se apoderaba de mi senda de meditación. Con el amor que yo le tenía a ese camino, mi sufrimiento de verlo en brazos de otro llegó a ser insoportable.

Lloré.

Tengo que confesarlo. Entonces me hallaba en los lugares en que el llanto es cosa indispensable.

El amor que se pone en los senderos es

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

amor que no perece. Ellos se amasan con nuestra más íntima personalidad, llegan a ser el símbolo de nuestra vida, la estructura de nuestros anhelos i convicciones.

Petra me lo había robado. ¿No hai castigo para tal falta? Los códigos no prevén estos delitos porque son viejos, mohosos, inútiles. Ni siquiera me quedaba el derecho de protesta. Los tribunales no hubieran tenido oídos para mi demanda.

Mi República de los Mansos debe ser reformada. La culpa es de los hombres que están en su gobierno. Por ésa misma época, un alto funcionario proponía el remedio para salvar la crisis: no pagar un mes de sueldo a todos los empleados públicos. Hai animales que de chúcaros se pararán en dos patas.

I Luis era el único culpable del robo de Petra. Digno sucesor del Marqués de Sade, satisfacía sus ansias de placer haciendo daño. Cuando no le era posible atormentar con sevicia a las mujeres, encontraba goce en cualquier maldad i sus

instrumentos eran éllas.

Un día advertí que Petra no usaba del camino. La esperé muchas mañanas. Horas tras horas mi ansiedad espía el sendero solitario i élla no venía. Allí estaba mi camino señero, limpio i gris. No volvió más.

Sin embargo, yo no me atreví a pasear por él. ¿I si la hubiera encontrado? ¿Qué hubiera sucedido en esa entrevista horrible? Las mujeres, como violentas i apasionadas que son, se tornan en un momento de ángeles en demonios.

Mi debilidad de esa época me asusta hoi. Éstaba sufriendo la influencia de un mal extraño que era no obstante perfectamente interno. Ese mal fué causado por la evolución de mi filosofía que es el desarrollo del yo en la unidad de los contrarios. Por éso era un mal-bien.

Mi camino era de nuevo solo, pero jamás volvimos a juntarnos en la comunidad de nuestras pasiones i anhelos.

¿Por qué no volvió Petra?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

*

* *

Tal fué mi curiosidad, por otra parte justificada, pues vivía bajo el continuo acecho de mis enemigos, que hablé a Carmela del asunto.

Un poco resentida estaba, conmigo la chica por mi alejamiento, pero al fin nos pusimos de acuerdo. Luego la interrogué sobre los paseos que Petra hacía por el lomo de mi camino gris. Le dije mi extrañeza por su repentina ausencia.

Hai cosas que mejor es no preguntar. Porque esta nueva emoción casi me arruina. Algo inaudito, bárbaro.

Fué una tarde en casa de Carmela. Petra comenzó, tal que todos los días, a llorar bajo la impresión dolorosa del recuerdo. Estaba ojerosa i pálida.

—Parece que te hallas enferma. Debes cuidarte.

—Sí, tienes razón. Ahora debo cuidarme.

—Ya lo creo. Siempre te lo he dicho.

¿A dónde vas sufriendo tanto? Olvídate ya de Luis.

—Ahora debo cuidarme porque ahora hai una causa que me hace recordarlo más.

—No te entiendo.

—Es que... Hace días quiero decírtelo... pero...

—¿Qué? Dime. Habla con franqueza. Ya sabes cómo te quiero. No debes tener secretos para mí.

El rostro de Petra se cubrió de un ligero arrebol. Se puso más hermosa. Hizo la cabeza a un lado. Sus ojos brillaban con una luz purísima de candor.

—Anda, Petra, dímelo. ¿Qué te pasa?

Unos sollozos contenidos, ahogados, fueron la respuesta.

—Pero, Petra...

—Ya no puedo más. Es demasiado.

—¿Qué es lo que te atormenta?

—No me atormenta. Es alegría i dolor al mismo tiempo. Algo que no puedo explicarte, una emoción que sólo yo puedo

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

sentir.

Las frases eran entrecortadas, lentas, a veces rápidas. Se retorció las manos o se acariciaba el mármol de su brazo con agitación de angustia.

—Pero no seas hobita...

—Bobita, bobita... Ve Carmela...

Había sentido terror. Luego se fué tranquilizando, acariciada por la idea de una esperanza de misericordia i de paz.

Porque ése era su anhelo más puro, diáfano como una gota de agua, como una bolita cristalina de rocío. Su deseo de siempre, de toda la vida, largo como una eternidad, se iba a cumplir. Una prolongación de su existencia, que sería amor, pleno amor, adivinaba en sus entrañas.

Al notar los primeros síntomas, vaciló... Pero, después cuando sintiera hincharse sus pechos, cuando una comba de perfección los hizo más duros i más erectos, cuando sus manos pálidas los acariciaron con delicia, adivinándolos llenarse de savia, tuvo una alegría de mar. Toda

élla se agitaba: se abría en surcos profundos, se levantaba en florecimientos de rosas de espuma. Así iba a ser: una flor de espuma, blanca, como un lirio en capullo.

... Me despedí de Carmela jurando no volverla a ver jamás. ¿Para que me contaba éso a mí? ¿Con qué objeto? Es incomprendible que una mujer pueda ser tan mala.

Con el modernismo las mujrces se están llenando de complicaciones perversas. Yo hubiera querido vivir en la época sencilla en que las damas romanas ceñían la cástula, dibujando las líneas poderosas de sus cuerpos. La corrupción tenía entonces otro sentido.

Mi Carmela me tendía la garfada i élla misma—ciego instrumento del zaino de Luis—era quien me arrebatava el único resto de mi antigua felicidad: su amor.

Quedé solo, completamente solo. Comenzó la parte más agria del experimento de mi doctrina. Me vi obligado a circumpolar sobre mi mismo. Tuve que manu-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

facturar un mundo mío, una verdad exterior también mía: era el medio de hallar la verdadera soledad que, acaso, me iba a traer la paz.

Así fué que poco a poco mi psiquis se encarcelaba en su dolor, en su angustia, en su mutismo de espera. Porque aún tenía la asquerosa esperanza.

Ahora ya no hai verde por ningún lado. Azul en el agua i en el cielo. Pátina de olvido en las cosas i en el alma.

Ya en mi alcoba, ese mismo día, me propuse analizar mis emociones, mi estado psíquico. Había que llegar a una conclusión. Porque, me dije, si admito con mi doctrina que la realidad es obra exclusiva de la mente, bien puede ser que lo sucedido no sea sino una verdad mental. Luego me reí de este absurdo razonamiento: no hai dos clases de verdades. La verdad, que es la realidad interna i externa, nace del pensamiento i vuelve a él en asombrosa comunicación de vida. Por tanto, lo que yo sentía, pensaba, imaginaba

era verdad absoluta, real i completa.

Una vez que llegué a esta conclusión pretendí investigar las causas del mal. No pasó mucho tiempo sin que la encontrase. Era una sola. Yo no soi un zamacuco ni mucho menos de quien se pueden burlar impunemente. La causa era Luis. No había otra.

Este hombre, a quien creí bondadoso, chuzón en las conversaciones, alegre, inteligente, este hombre nefasto era el culpable. ¿Por qué me perseguía?

Fué inútil pretender el sueño. Primero vino élla meciendo un niño en los brazos, un niño rosadito i gracioso, pero con el cuerpo mui pequeño i la cabeza monstruosamente grande. Le daba el pecho i el chiquitín chupaba con voracidad. Ella reía, sonreía. Le hacía cariños, lo besaba con un anhelo que sólo tienen las madres. Después, él. Terrible hora. Su risa ya no era la sólita risa de todas las noches. Era otra mui rara. Sus notas caían como martillazos. Se entrecortaban cual un gol-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

pear de hipo. Los dientes blanquísimos tenían aspecto de ferocidad. Todo él era un espanto, algo fúnebre, tal que un presagio de misterioso fin a un dolor.

Sentí que mi cerebro iba tomando otra conformación. Mis fenómenos nerviosos se extendían como una piel de tambor. La pena comenzaba a transfigurarse, sistematizando su cultura. Por lo menos, era el principio de un programa de lucha.

Antes del alba entrecabré la ventana de mi alcoba. Un aire fresco me llenó los pulmones de satisfacción. El cielo era añil.

Adiviné un florecimiento en la naturaleza. La tierra despedía un aroma de espliego. Los árboles se quejaban con gemidos de órgano. El viento era una canción de cuna.

Aspiré profundamente el perfume de la madrugada i yo mismo me sentí florecer. La sangre corría por mis venas en raudales bullidores. Me crecían los brazos; me fuí haciendo grande i poderoso.

Si hubiera cerrado la ventana me ha-

R I O A R R I B A

bría asustado de la negrura absoluta de mi alcoba. I allí, de codos me estuve hasta que vino el primer rayo de sol.

En la noche había llovido suave, piano.

El rayito de sol iluminó la escena i pude ver, como sorpresa de maternidad, una perla en cada hoja i un retoño en cada flor.

XI

TARANTELA

Comenzó por un sordo sonido, como un rascar de cuerda mal templada. Luego vinieron piano las armonías. Una danza de notas se representaba al mismo tiempo en la retina de mis ojos.

Evoqué el recuerdo. Toda la historia de aquéllo. I al compás de una especie de quejido, que tomaba proporciones de arrebató lírico en ciertos instantes, fué surgiendo la maravillosa introducción del catorce cuarteto de Beethoven, que hizo exclamar a Wagner: "nada tan doloroso fué dicho jamás por los sonidos".

La música es el alma de los universos. Hai una creación cósmica en sus sonidos.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Es el transporte de lo sensorial a las capas infinitas de lo eterno. La música, tal que Dios, no tiene principio ni fin: es un acorde circular, ilimitado que va más allá de todas las potencias siderales.

Impersonal i eterna, no tiene nombres para las cosas. Porque está más alta que lo particular. Su espíritu vuela por sobre los conceptos. No se requieren calificativos para llamarla ni juicios para juzgarla. No basta entenderla: es necesario sentiria.

Así como no es posible entender la metafísica desde un concepto de realidad de hecho, tampoco se puede comprender la música interpretándola con el prisma de una realidad cualquiera. Los fenómenos no son otra cosa que puntos de vista. Tal es la base del relativismo universal. La música no es un fenómeno: es la expresión de un fenómeno, de un fenómeno que ocurre en las capas más altas de la vida impersonal y cósmica.

Por éso la música es siempre una. Es

R I O A R R I B A

la verdad que es armonía, i armonía es oposición de contrarios. Para sentir mi doctrina, el monismo de uno, basta la música.

La música es la metafísica de los sentidos.

Llegó después a mis oídos, como una aparición; más aún: como una revelación, el *Largo* de Haendel. Me parecía estar viendo una nubecilla de polvo que bajara del cielo; i esa nubecilla era el motivo de una renunciación que no es posible entender, de una renunciación tal que un sacrificio de dioses o un ensueño bíblico.

Pero mi Chopín no podía abandonarme. I vino a interpretar mis angustias extrahumanas con sus magníficos preludios. ¡Ah, dolor exquisito de Chopin! ¡Cómo te adentras en lo más recóndito de mi alma!

Chopin es la superación de lo divino, como concepto humano. Hai risa en ese dolor tan elocuente. La risa del genio, que es creadora, una risa suave, lenta, incisiva

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

al mismo tiempo. Cuando se derrama en la sublime ejecución de una carcajada, es tan dulce, tan pura, que pierde ese timbre vulgar de las risas sonoras. Cada vez que hablo con Chopin siento una mano de seda que me exprime el corazón.

¿I Beethoven? No. Este no. No hai puntos de referencia para compararlo.

Pero de repente mi audífono, que había estado funcionando perfectamente, me trajo los chillidos insoportables de una mujer que cantaba una ópera italiana. No puedo oír las óperas, por lo menos ciertas óperas i ninguna completa. Me ponen nervioso, agitado, neurótico. Apenas hai música más baja i ramplona. Debía ser una transmisión del genio maléfico de Luis.

Me esforcé por desconectar. Tuve una lucha titánica. Al fin, después de gigantes esfuerzos, se apagaron los sonidos chillones. Se me había acabado la corriente.

Triste era para mí no escuchar los conciertos. Pero debía aislarme de las falsas

músicas que atormentaban mi espíritu. Por las noches venían a molestarme con sus gritos desordenados i absurdos.

Cuando estaba más tranquilo comencé a escuchar claramente el ruido grosero de un ferrocarril. Por lo menos esa fué la interpretación de mi psiquis. El ruido se fué tornando en tempestad i en medio de truenos i bramidos de fuego me habló la voz de mis infinitas revelaciones.

La escuchaba con una claridad extraordinaria, palabra por palabra, sílaba por sílaba. Era estentórea, portentosa.

Me encogí como un ovillo, ocultando mi cabeza entre las piernas, mas la voz atravesaba mis manos que tapaban los oídos i llegó a lo más profundo de mi cerebro .

Poco a poco fuí levantando la cabeza con santa admiración, con transporte de maravilla. Me dijo el mal que me roía. Hizo la sorprendente historia de mi mismo. I, al terminar, me dió la clave de mis reivindicaciones.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Exactamente: Luis era el culpable de todo i yo debía eliminarlo. Se trataba de una defensa, de un derecho de vivir.

Me resolví. Pero no encontraba el medio para realizar mi reivindicación. ¿Un asesinato? No. Tenía miedo. Me daba terror la sangre.

¿Cómo hacer? Oportunidades tenía. Luis acostumbraba ir a una cantina situada cerca de la Universidad. Allí mataba su melancolía en alcohol. Me era mui fácil.

Después de todo, sentí algo de pena. Era un anormal. Un hombre que martiriza a las mujeres, que luego busca objetos para hacer daño, es tan malvado que forzosamente ha de ser un enfermo. La degeneración lo domina. Llamarle canalla es injusto. Pero no tiene derecho a vivir: es un peligro para la sociedad. La ciencia lo confirma. I la misma ciencia da los medios para eliminarlo.

¿Pero yo convertirme en asesino? Jamás. No haría tal cosa.

El recuerdo de mi conversación con Petra me dió la solución. Repasé mis estudios sobre el estado melancólico de Luis. El momento era propicio. Admirable. Una combinación que no se le ocurriría al más sabio de los criminales.

Espléndido, me dije, frotándome las manos.

Tres días estuve madurando el plan. Cuando hube combinado todos los detalles, lo llamé por teléfono, pero no quiso acercarse.

Era el primer fracaso. Pero no debía desmayar. I me fuí a apostar en la esquina de su casa. Nada. Ni salió ni entró.

Al día siguiente la misma cosa. Pero mi tenacidad era digna de premio i al tercero resucitó de entre los muertos. Quiero decir que lo ví salir como entre cinco i seis de la tarde.

En seguida me junté a él, no obstante una mueca de desagradò i también la repugnancia que yo sentía.

—¿Adónde vas, Luis?

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

—A ninguna parte.

—Sigues en tu neurastenia. Me he propuesto acompañarte hoy. Hace tiempo que no nos vemos.

—Como quieras.

Buen principio. El desprecio de Luis me indignó. Tomé fuerzas para lograr mi intento.

No conseguía arrancarle una palabra. Andaba mudo. A mis preguntas respondía con monosílabos. Cuando le hablé de su grado, de su profesión, de su brillante carrera de médico, sólo dijo:

—Todo ha terminado.

Le invité a comer, pero casi no probó bocado. Al final de la comida comencé mi ataque.

—Tengo que hablarte de un asunto muy serio. Es algo que te interesa mucho.

—No me interesa nada, Bernardo.

—Sí, Luis. Vaya que te interesa... más de lo que crees.

—¿Vendrás con alguna nueva ganzada? ¿Me quieres preguntar si te has vuelto

loco, cuando yo debería ser el trastornado?

—¡Te equivocas! Ni tú ni yo estamos locos. Apenas hai dos seres más cuerdos. Tú no sabes, no tienes idea de lo que es la razón. Yo he hecho formales investigaciones sobre el particular i he llegado a la conclusión de que soi un hombre privilegiadamente normal. Mi teoría de las sensaciones lo prueba. Sólo existe locura cuando se deforman los instintos. I los instintos constituyen la fuerza de adaptación a la vida. Cuando se deforman, falta el contacto con la realidad y sobreviene una ruptura del ideal del yo con el medio de adaptación. Tú eres médico i acaso me entiendas. Pero aún así, aún habiendo una deformación del instinto, no puede diagnosticarse la locura i menos una forma clínica determinada. La verdad retrocede en el campo del mundo real, i sólo puede hallarse en el sujeto en si mismo, fuera de toda relación. Por éso el mundo es únicamente hecho de ideas. ¿Compre-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

des? Son las mismas consideraciones que hicieron que Kant buscara una nueva orientación de actividad para el espíritu, i las mismas que me han conducido a formar el sistema de mi doctrina que algún día te haré conocer en su hermosa integridad.

Modificando la frase de Ritschi: "El sentimiento es, en definitiva, la función mental en la que el yo está en sí", te diré que el pensamiento es la única i verdadera función mental en la cual el yo está en sí, entendido así que el pensamiento es el fondo de la vida, digamos el escenario donde se proyectan todos los fenómenos psíquicos i físicos, merced a una luz interior que lo anima. Junta a este concepto el de valor con el fin de determinar las normas morales i hallarás que la actividad práctica se rige por dichas normas que, naciendo de una elevación interior de la vida del yo, se sitúan más alto que la utilidad i dominan luego esa misma elevación. Es a la manera de un círculo psí-

quico que encierra toda la actividad mental. Es a la manera de un legislador que dicta leyes que él mismo debe obedecer. Es la unidad perfecta, el monismo de uno absoluto. Los únicos que hemos concebido esta idea han sido Heráclito de Efeso i yo, que la he perfeccionado. Heráclito esbozó que la unidad no es algo que está por encima de los contrarios, ni por debajo, que no los junta, que no los reconcilia, puesto que no pone término a la lucha, sino que es i se realiza en el mismo conflicto. Después no ha habido un hombre más grande que éste. La unidad indivisa de Plotino, fuera de toda pluralidad, es el misticismo del uno. Mi doctrina es el monismo de uno; en élla la unidad se integra por elementos plurales i cósmicos. El cristianismo hace un absurdo con su "creatio ex nihilo", que no es otra cosa que una llamada al demiurgo platónico, con una sutil i falsa diferencia... La Edad media no merece tomarse en cuenta: es dualista. I al único que no he entendido, es al

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

bárbaro de Nietzsche, lleno de contradicciones i de rasgos de locura. Porque debes saber que me he sorbido la médula de todos los pensadores, antes de aventurarme con mi doctrina, la única verdadera, la única que es capaz de dar una forma a la vida. Pero a ese anormal contradictorio, no lo entenderá nadie. Tal vez ni el mismo.

—Ahora bien, admitido el principio del negativismo exterior, que no otra cosa es lo que te acabo de explicar, la realidad es sólo un producto del pensamiento. Así, pues, el loco no existe, porque tiene su realidad verdadera, su mundo. No es que sale del mundo: es que se forja otro. Yo no he llegado siquiera a éso, pero como me doi cuenta precisa de mis funciones psicológicas tengo derecho a concluir que...

—Mejor es que no sigas, Bernardo. Me aburre todo éso. Basta, basta, hijo...

—Bien, como quieras. Pero has de escucharme lo importante que deseaba decirte. Teniendo la certeza de que tanto tú como yo somos dos hombres normales,

que comprendemos el misterio de la vida, alejándonos científicamente de las conclusiones morales impuestas, que están fuera de la actividad interior, te voy a decir algo que sabrás resistir con el valor que da la filosofía i el conocimiento de las verdades.

I sin más ni más le conté la nueva de Petra, su embarazo. . .

No terminó de oír. Levantóse mui pálido, colérico, apretando las quijadas, i se marchó gritándome:

—¡Eres un miserable!

Esa noche no pude conciliar el sueño. Me pasé todo el tiempo vestido con la terrible angustia de la espera. De esa noche nació mi odio a la paciencia. Porque en verdad no hai nada tan absurdo como esperar. Es un síntoma de necedad. Cuántas veces he escuchado el consejo: “hai que saber esperar”. Concepto pobrísimo, humilde, chato, tan chato como tú, churri-gueresco fantoche.

Con todo lo que sentí aquélla noche po-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

dría escribir una novela a lo Edgard Poe. Encendí mi lamparilla de mesa, cubriéndola antes con un papel oscuro i me puse a esperar.

Me entretuve largo rato en quebrar la luz con mi mano i dibujar una sombra en el suelo. Lo había pintado de negro en una forma imposible de interpretar, como los dibujos modernos de las portadas de los libros.

Después hice figuritas en la pared. Después... Después... No me acuerdo.

Esperaba el resultado con una ansiedad de condenado. Porque lo que vendría iba a ser mi indulto. Mi plan fué concebido con una astucia i precisión únicas i tenía que producir lo que preví.

Además aquélló me fué ordenado por esa voz portentosa, que—ahora estoi seguro—venía de mi propio yo que comenzaba a elevarse a las regiones siderales.

A esta margen de mi río he venido a alcanzar mi yo que se había perdido entre las nubes. Por fin estamos juntos i aquél

desdoblamiento, que experimenté cuando empezó el desarrollo práctico de mi doctrina, ha desaparecido.

Poseo la unidad. Es mi dicha celestial. Ahora que soi uno, ese uno que perseguí por tanto tiempo, que confundí neciamente con el dolor durante trescientos años con sus días, sus noches, sus minutos i segundos.

Ya no tengo hora porque he superado la noción del tiempo. Estoy mucho más alto que el tiempo i el espacio, medidas inventadas sólo por la cobarde imaginación del hombre, que él mismo se cree una medida.

Por éso es que ahora puedo comprender la música. Pero suprimiré este ahora que no debe existir en mi léxico. Es una contracción de "a csta hora" i yo no tengo hora. Sólo puedo hablar del ya. El ya resume la unidad fuera del pasado i el futuro. Ahora es un término de comparación entre el ayer i el mañana.

Por éso es que ya puedo comprender la

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

música.

Todo lo hago cantando pero sin sonidos. ¿Es que el alma no puede cantar? La tía ya no podrá, mas la mía conoce de músicas interiores que no sospechas en tu burda mentalidad de *choclo*.

Eso es. Eres un *choclo*, un mísero *choclo* i nada más. Los granitos de maíz son tus ideas, tu ropaje de brillos fatuos. Demuestran la capacidad de tu vigor. Si te mondo, si te doi un pequeño mordisco, allí quedas pelado como una *lusa*, buena sólo para fregar platos.

El recuerdo es ya mui nítido. Esos minutos han quedado impresos con tinta china en mis circunvoluciones cerebrales. Porque iba a ser mi última noche de martirio. Al día siguiente la libertad me esperaba. Fíjate bien en ésto: la libertad me esperaba: yo no esperaba la libertad. ¿Verdad que hai diferencia?

Como a las tres de la mañana ladró un perro. "Mísero can, hermano..." Era el anuncio. A esa misma hora debió haber

sucedido. Temblé primero. Luego se apoderó de mí un gran júbilo, júbilo, júbilo.

Fué después un largo aullido de misericordia. ¡Qué hermoso es escuchar en una noche oscura i silente el aullido de un perro! Hubiera querido besarlo, confundirme con él en un estrecho abrazo de amor i de perfecta comprensión.

El perro es un animal mucho más inteligente que el hombre. Es el ser filosófico i sólo el pollino le gana en meditación.

Pero la capacidad moral del perro es insuperable. ¿Después de cuántos siglos, en mi evolución *metempsicósica*, llegaré a ser perro?

Eso lo pensaba antes. Porque yo he dado un salto—el salto magistral de mi filosofía—i pasando de un solo golpe por sobre diversas encarnaciones he llegado a lo que soi.

¿Puedes darte cuenta de las maravillas de mi doctrina? Aquí me tienes en la última fase de perfección, sin haber tenido que errar por siglos de siglos, i todo a

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

causa de la fortaleza indiscutible de mi personalidad que se ha desadaptado de un mundo lleno de prejuicios i errores por medio de una doctrina filosófica vigorosa i cierta.

Vino la aurora. Con el perfume de la mañana me sentí dichoso. El azul de ese momento es lo más delicado i exquisito que hai en los colores.

Me gustan mucho los colores. Son impresiones purísimas del alma, remejan e interpretan las agitaciones psíquicas, tienen vida. Se acercan mucho a la música, cuando es un maestro quien los maneja. Todo arte quiere ser música.

La escultura quizás los supera con la armonía de sus líneas, poderosos acordes de un movimiento intensamente musical. Hablo de la escultura nueva. La griega, la clásica, es estática, inmóvil, absurda.

La escultura grita, habla, canta. Se reuerce en ejecuciones admirables, se estira en *largos* de infinita dulzura. Es el prodigio de la figura inanimada.

R I O A R R I B A

Pero el azul se hizo violeta i después blanco. Luego la mañana se doró por un lado con la salida del sol.

En ese instante percibí la gritería de los muchachos voceando los periódicos. Me eché a la calle a adquirirlos i ya en mi casa, en mi alcoba, muerto de angustia, leí el relato del suicidio de Luis, mi amigo Luis Barrezueta, estudiante del sexto año de medicina, escritor i crítico.

De dos a tres de la mañana había ocurrido. La misma hora en que aulló el perro. Un tiro de pistola en el corazón. Muy bien localizado, como que era médico. Dejó un papel así: "Como han de preguntarse la causa de mi muerte, diré que me mato sin ninguna razón. Me mato porque quiero matarme. Esta es la causa de mi suicidio.—Luis Barrezueta".

Estallé en inocente alegría. Una tarantela napolitana llegó a mi oído con modulaciones de carcajadas i ritmos de alguna bailarina que llevara en los pies desnudos un tembloroso fervor de elevación pasional.

XII

PENSAMIENTO, INFINITO I MUSICA

Si alguna vez en tu vida has creído gozar la aventura extraordinaria de un trágico peligro, si te has imaginado el héroe máximo de una empresa, te llamaré Tartarín de Tarascón. Tartarín Quijote. Tu hermosa figura pequeñita i redonda me habría hecho reír.

Porque vas a escuchar ahora algo tan grande i tan horrendo que sólo en tu inocente meollo tartarinesco puedes concebir. Ni aún así. Prepárate a temblar, i no me salgas con melindres ni con ruegos. Ven aquí, Tartarín, i escucha.

No hai mayor pesadumbre que el espe-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

jismo de una alegría, el engaño virtuoso de haber logrado una salvación. ¿Comprendes ésto? Acaso puedas ahora entenderme encarnado en Tartarín, o mejor dicho, Tartarín encarnado en tí. Sólo así eres capaz de hacer volar tu imaginación por los ocultos i tuertos senderos del dolor.

Sin embargo, te elogio demasiado. Tartarín fué grande i genial. Tartarín fué un verdadero héroe aunque sus aventuras fuesen mentiras. Tartarín fué hermoso, muy hermoso en su audaz i loca interpretación de la vida. Un hombre privilegiado para quien no existieron más verdades que las orgullosas revelaciones de su espíritu. ¿Quién puede negar a Tartarín el valor de un héroe? ¿Quién puede negar a don Quijote? Nada importa que los sucesos de sus glorias fuesen fingidos porque siempre quedan héroes. Las sensaciones de combate i de peligro, las de esfuerzo sobrehumano, las de continua superación de la vida fueron absolutamente

reales para su existencia interior, que es la única que interesa. Me he equivocado llamándote Tartarín. He debido nombrarte Jorge V, Alfonso XIII o Víctor Manuel.

Te diré entonces pseudo-Tartarín. Mejor aún: tartarinesco. Si, ésto es: la denominación perfecta. Así como el quijectesco es un pobre necio, el tartarinesco es más que necio, un cretino.

I ahora ven, tartarinesco personaje, a tomar un poco de contacto con un dolor jamás sentido en las vibraciones nerviosas de tu cuerpo de aserrín.

*

* *

Era un valle muy grande, tan grande que el ojo humano no alcanzaba a percibirlo en su integridad fantástica. Era un valle amarillo, dorado. Un círculo en el medio, limpio, como un plato de luz. Todo estaba rodeado de espigas. El sol lo hacía aún más aúreo. Una combinación de oro con un fondo emotivo mas allá de lo posi-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

ble.

En tal círculo blanco tenía yo mi sitio hecho de pórvido. Las mujeres me rodeaban y yo las iba juzgando una por una. Seleccioné sus vicios i virtudes i repartí premios a sus bellezas.

Del vientre fecundo de las espigas surgía una música leve y finísima, que escuchaba con deleite. Cada mujer, a una indicación mía, cortaba tantas espigas como premios adquiría i se marchaba gozoza i riendo, las mejillas encendidas, entonando cánticos de alabanza.

Unas llevaban a sus hijos de la mano. Les daban palmaditas en las nalgas y besos en los ojos.

Me sentí feliz. Nunca gocé mayor plenitud de vida que en esa hora.

Mas de improvise por el lejano horizonte de oro, fué surgiendo la trágica figura de élla. Venía con el vientre hinchado i un puñal en la mano. A su paso ardían las espigas y el oro se tornaba en fuego.

Sobrecogido de terror, se paralizaron

mis piernas, dominando el instinto de la huida. Un viento frío ululaba como un coro de voces satánicas.

Las mujeres fugaron. Algunas perecieron entre el crujir de las espigas que se tostaban con un chisporroteo de lamento, de llanto entrecortado.

El olor del grano quemado comenzó a asfixiarme. El humo entraba i salía de mis pulmones produciéndome una angustia increíble.

Ella adquiría proporciones colosales. Llegó a tocar las nubes con su melena greñuda. Se fué acercando a mi sitial i cuando su mano de hierro helado se posó en uno de mis hombros fuí sacudido violentamente en una conmoción eléctrica de infierno.

Después... ¡Ah, después! Fué horrible. Comenzó a hundirme el puñal en el corazón. Sentí un frío congelante en la sangre. El cuchillo cortaba i cortaba i la carne se abría mostrando sus paredes rojas que excitaban la lujuria desenfrena-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

da de élla.

El contacto del acero producía en mi carne el chirrido que tienen las puertas de bisagras oxidadas al abrirse. Perdí el conocimiento e imaginé llegado el minuto decisivo de mi viaje final.

...Al llegar la aurora sentí la locura adentrarse en mis entrañas. Era sólo el espanto sufrido aquella noche que siguió al suicidio de Luis. Mucho tardé en serenarme.

Desilusión total. Yo había creído eliminar para siempre mis suplicios con la muerte de mi amigo-enemigo, y se agravaron. ¿Comprendes este dolor? Nada hay más doloroso que el espejismo de haber alcanzado la salvación.

Durante tres días no me atreví a encerrarme en la alcoba y me pasé las noches sentado en los bancos de los parques. Al cuarto me decidí i, no obstante haber tenido la previsión de revisar la cerradura de la puerta y los picaportes de las ventanas, volvió con el objeto de asesinarme.

Cada noche era una forma distinta de castigo. ¿Pero se trataba de un castigo? No. Yo no delinquí nunca. Sus antiguas visitas eran antes en actitud de ruego. Y se tornaron en ataque directo, en satisfacción de una venganza injusta. Indudablemente hubiera terminado por matarme.

¿Qué hubiera hecho cualquiera en mi caso? No había otra solución que usar del derecho de defensa.

En los males individuales y sociales no hai sino dos caminos: prevenir o curar. I entre los dos el primero es sin duda el mejor. No cabe ninguna vacilación.

¿Iba yo a esperar tranquilamente que élla me matase para que las autoridades eliminaran tal peligro social? Hubiera sido una solución muy torpe.

Yo estaba seguro de la verdad de los hechos que manifestaban claramente los propósitos que élla tenía de ascinararme. I mi seguridad venía de la aplicación de mi sistema filosófico, en especial de aquélla hermosísima parte que se refiere a la

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

realidad.

Sin embargo, por una duda mui natural en un espíritu bondadoso e investigador como el mío resolví esperar un poco i confirmar en la práctica las verdaderas conclusiones de mi inteligencia.

I el momento no se hizo esperar. Salía una mañana de casa i la ví parada al frente. Hube de regresar a encerrarme. Desde entonces no salí, porque casi todos los días venía a apostarse frente a mis ventanas.

Cierto día la ví conversando con un hombre alto y fornido. Seguramente le comprometía para el asesinato. Pero a este sentimiento de miedo se unió otro mui complejo i misterioso: sentí celos. ¿Por qué? Yo no había amado nunca a Petra. ¿Qué significaba entonces?

Según Luis me había explicado tiempo atrás existen complejos sexuales insospechados en la vida consciente. Pero desde q' Freud revolucionó el mundo científico con sus teorías se ha dicho tanto i tanto se ha

exagerado, que no se puede creer en nada. Es así que Reik quiere probar en su problema de Jesucristo que Judas Iscariote fué sólo un desdoblamiento ideal de Jesús, una proyección de su personalidad, i que María de Magdala fué también un desdoblamiento de María, ofreciendo a los investigadores un caso magnífico de incesto. Tal cosa es terrible. No puede ser sino el producto morboso de una imaginación perversa.

¿Pero que tiene que ver todo esto con mi caso? ¿Qué relación sexual podría existir entre Petra i yo?

El peor martirio es hacerse preguntas a las que no se puede responder. Me entró el aguijón de la curiosidad i quise analizar esta nueva emoción conforme había hecho con las anteriores. Porque en el momento en que sentí celos, amé profundamente a Petra. La quise mía. La desicé con todas mis ansias. Tuve la sensación de sus finos labios sobre mi boca, el calor de sus manos en las mías, la morbidez de su

cuerpo rozando mi epidermis.

Pretendí recordar explicaciones de Luis, mejor dicho, las lecturas de mi tiempo de inocencia. La *libido*, la represión, la regresión, la lucha entre lo consciente i lo inconsciente, la neurosis como resultado de esta lucha inapreciable... Pero no, no podía ser. Yo tengo mis consecuencias propias, mi altísima teoría del ser i del espíritu. Además, me dije, las conclusiones freudianas son absurdas i falsas; un hacinamiento desordenado de ideas, un atuenlo incomprensible de palabras.

Muy distinta era mi doctrina. Clara, clarísima i lógica, no admitía contradicciones. Dentro de poco tiempo el mundo la aceptará de rodillas.

Y de acuerdo con mi pensamiento hice el análisis introspectivo de la actividad de mi psiquis en ese instante.

En realidad había una percepción; mejor aún: una sensación compleja de verdades. Estas verdades se hallaban supeditadas a la influencia del yo en sus más

R I O A R R I B A

oscuras manifestaciones, como una capacidad reactiva contra un mal exterior.

Mi psiquismo sostenía una lucha por adaptarse al monismo de uno, lucha caracterizada en su mayor parte por el desalojamiento de la conciencia de una acción perpersa que venía de fuera. Este desalojamiento se manifestaba por mi estado de inquietud que era sólo la actividad subconsciente de mi super-yo, el que debía vencer al mal exterior i también a los caracteres psicológicos ancestrales que mi inconsciencia guardaba como una reserva de especie i de raza.

Mi actividad mental incognoscible había recibido sensaciones que trataba de oponer como verdades a la torpe resistencia de mi yo consciente, cuyo razonamiento filosófico i moral se oponía a la realización de mi doctrina a causa de sus herencias psicológicas.

¿Qué dirección seguir? No fué necesario meditar. Mi yo oscuro i profundo, mi yo incognoscible, era el creador, el poeta.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Debía obedecer sus mandatos.

Desde luego que los dos *yo* no forman más que uno. Pero el uno tiene dos perfiles. El primero, es el consciente, está formado por los hechos comprensibles al entendimiento, por las condiciones del medio, por la morfología i antropología del individuo, en cuanto ser capaz de conocer i dirigir sus acciones. El otro, se compone de la enorme actividad del fondo oscuro de la conciencia, de las tendencias de especie, del desenvolvimiento de los instintos, de la proyección sexual sobre las realidades externas.

Así llegué al instante de modificar, de acuerdo con mi doctrina, las relaciones morales de mi actividad con los hombres. Por tanto, mis resoluciones eran de una moralidad perfecta, muy alta i muy pura, más alta i más pura que las imposiciones éticas de las sociedades dominadas por un perverso instinto de lucha económica.

En cuanto a ese sentimiento de celos i de amor que surgió de improviso, era só-

R I O A R R I B A

lo una nueva manifestación de la lucha interior de mi ser, provocada por la influencia extraña i mala de la conciencia de élla. Porque no se puede negar el poder de atracción i de extensión que tienen las conciencias humanas, esa fuerza invisible que taladra pasiones i cerebros, i llega a donde se propone salvando todas las dificultades.

Bien, mi personalidad no admitía más dobleces que la fuga del yo astral ante las persecuciones del dolor. I eso sólo como una fórmula evolutiva para llegar más tarde a la verdadera unidad, como sucede ahora que he venido a encontrar mi yo en las capas más altas de la física i de la especie. Y como no había desdoblamiento no podía haber una lucha freudiana de los instintos del yo contra las imposiciones de la *libido*. Esta suposición, que no doctrina, es, por otra parte, absolutamente falsa; como ya he probado. Y es falsa porque multiplica la unidad i la refiere a un conjunto de influencias diver-

sas. Filosóficamente esto es imposible. Realmente es un absurdo. La unidad no puede referirse a más lucha que la de lo colectivo con lo individual, de lo falso con lo verdadero. Hacer de la unidad un conjunto diferenciable de funciones, es negarla. La unidad es una sola función superior de integración que determina el sendero definitivo de la vida del espíritu. Está más allá de las consideraciones formales de un examen patológico.

De este modo, es contradictorio pretender separarla en observaciones i en funciones. Tal cosa equivale a destruirla, i destruyéndola se destruye el objetivo de la vida, la reproducción i la especie. La unidad se afirma cuando se reproduce, por que de dos que se juntan nace uno. Es la lucha impositiva del uno, que desde el principio de las cosas trata de hacerse entender perfeccionándose en su dominio sobre la vida i el misterio de las cosas, sobre lo estático del ser, que es la contemplación del espíritu, i lo fenomenal mara-

viloso de una serie de sucesos infinita en el devenir incansable de los destinos humanos.

Las conclusiones de una filosofía así no admiten controversia. De una filosofía tan pura i tan honda, que me costaba sangre de mi espíritu i carne de mi alma.

Las conclusiones, pues, fueron análogas a las que, en el caso de Luis, me gritara la voz de mis infinitas revelaciones.

Día a día fui observando i obteniendo nuevas certezas del crimen que me amenazaba. Petra llegó a corromper a todos mis amigos. Pero yo no hablo de Petra: hablo de élla. Hablaban entre ellos en voz baja con el tono de quienes fraguan una traición.

Mis alimentos ya no eran sino frutas. Temía que la mano homicida me envenenase. El agua la filtraba yo en mi alcoba purificándola con fuertes e inofensivos desinfectantes.

Esto no era vida, no podía ser vida. Un continuo sobresalto agudizaba mis nervios

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

para cualquier ruido o visión.

Yo no tenía la culpa... Era inocente... Sí, inocente... ¿Por qué me iban a matar? No, no podía ser... Yo no quería morir... ¡Oh, qué miedo, qué miedo!

He dicho que abandoné a Carmela para siempre, i la abandoné porque élla era también culpable. Si no la hubiera conocido nada hubiese pasado. La eterna mujer que se cruza en el sendero de la vida i tuerce su significado en sentido doloroso.

Fue más que élla, Petra. Quería asesinar-me. Lo adivinaba en sus ojos, en sus actos, en su paciente espera frente a mis ventanas. El tipo completo del refinamiento criminal.

Cierta noche volví a oír aquélla misma voz que venía de lo más profundo de mi yo astral. Desde entonces no cesó de hablarme, dándome sabios consejos e indicaciones magistrales.

Una mañana mui temprano me levanté al impulso de un grito autoritario de mi yo. Apenas había salido el alba. La ciu-

dad comenzaba a desperezarse. Allí, frente a mí, estaba élla conversando con aquel hombre alto i fornido. Se había disfrazado de vendedora de frutas. Allí estaba su cara, su melena, su mismo porte. Tuve la intención de echármeles encima i matarlos. Debían morir los dos: élla la causa; él, cómplice e instrumento.

No obstante, dominé las justísimas razones de mi impulso de defensa. No era llegado aún el instante. Había que ir paso a paso, estudiando procedimientos i midiendo los alcances de mis resoluciones.

Querían matarme el cuerpo. El alma ya estaba asesinada. Lograron apagar en élla toda aspiración i deseo. Ya no sentía ningún interés por las cosas públicas, por nada. Élla ocupaba el ancho campo de mis pensamientos.

Anuló mi vida. Yo hubiera sido un gran hombre. ¿Hai algo más fuerte que tal anulación, que tal muerte del alma?

¡Ah, Tartarín! ¿Qué sintieras si te quitarasen tus armas de combate, i de caza, la

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

gloria de tus gorras agujereadas? Echa al vuelo tu imaginación quijotesca i responde a mi pregunta.

No hai hombre que me escuche que no me de la razón. A cuantos he contado mi historia he convencido. Ahora, en la otra margen de mi río, no me importan los hombres ni sus opiniones. El que me hayan dado la razón no me interesa. No me han dado nada porque la razón no existe.

¿Qué me van a dar a mí? ¿Necesito yo algo? I menos de los hombres, tus semejantes, ridículos fantoches de una comedia vulgar que se llama vida, de una comedia que principia en un deseo, comienza a desarrollarse en un espermatozoide, baila una danza de muñeco grotesco i termina rogando perdón a Dios...

Lo que más me indigna es la forma de seriedad con que revisten sus actos funambulescos.

Me duele haber pertenecido a esta especie.

Pero ni siquiera esa vida pude tener.

R I O A R R I B A

Me la robó la infame con el vientre hinchado i el puñal en mano.

¿Qué hacer?, fué mi pregunta de todos los minutos.

La voz de mis infinitas revelaciones me dió la clave: matarla. No era posible otro recurso. ¿Sería un asesinato? De ningún modo. Se trataba de un perfecto derecho de defensa.

Armonicé el mandato de aquélla voz con las conclusiones de mi filosofía i el resultado fué el mismo: matarla. Porque en verdad fué un mandato. Sentí como si me apretaran los oídos con un par de tenazas. Adquirí una magnitud de fuerzas sobrehumanas. Esa voz era magnética, cargada de electricidad, robusta, dictatorial.

Era el mandato del pensamiento i del infinito.

La música también ordenaba lo mismo. Su transporte de fuerzas sidéreas, su acorde circular de eternidad, su magistral interpretación de las cosas humanas i divinas, tenía que salvar a un yo que

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

bregaba por salir de las tentaciones extrañas para perfeccionarse i hacerse más yo.

La música es el dominio del pensamiento i la razón. Es la armonía que corre por todos los puntos del triángulo fatal de mis valores cosmogónicos, dándole exactitud i pureza a las líneas i nimbo de verdad a los símbolos.

¡Matarla! ¡Matarla! Coro de violines i trompetas. Marcha triunfal del pensamiento. Revelación increíble del infinito.

Había un tejido de armonías. Una sola música genial. Un conjunto de sonoridades magníficas.

El pensamiento, el infinito i la música. He aquí las tres fuerzas que me ordenaron cometer un acto loable de perfección.

El pensamiento abajo. La música i el infinito arriba, donde no hai noche ni día, entre cirios de estrellas, incienso de nubes i cataratas de luz.

XIII

UNA BUENA OCURRENCIA

Pero no, no. No podía ser. Demasiado fuerte para mi espíritu. ¿Un criminal? No. Jamás: ¿Ir yo a matarla? ¿Hundirle un puñal? ¿Darle un veneno? No. Antes me hubiera matado a mí mismo.

¡El martirio, el calvario de mi padecimiento... ¿Por qué? ¿Qué mal había hecho a Petra?

Dos fuerzas luchaban por el medio. La unión de los contrarios era imposible. Se rompió el equilibrio. ¡Oh, santo Heráclito de Efeso! ¿Por qué me abandonaste?

Largas noches pasé con este sufrimiento, haciendo interrogaciones sin hallar una sola respuesta. ¡Cuando hube con-

A. PAREJA Y DIEZ CANSECO

cluído que mi crimen era inmoral i perverso, la voz de mis infinitas revelaciones salvó de nuevo mi angustia.

No era inmoral. Todo lo contrario. Petra llevaba un hijo en su seno, un hijo que no debía nacer. Yo conocía el secreto. Me era absolutamente necesario impedir el mal.

Mi resolución, que fué indicada por el pensamiento, el infinito i la música, se robusteció entonces con una fuerte estructura moral.

Matarla, matarla. Deber de hombre grande i bueno.

¿I la cárcel? ¡Ah, lo que yo más estimaba! ¡Mi libertad! ¿Cómo salvar este peligro? Temblé de miedo, lloré de angustia.

Pero entonces recordé que en los primeros momentos de mi trastorno nervioso creí volverme loco. Aquellas preguntas que hice a Luis en el Parque de La Merced me dieron el secreto.

La transformación científica del dere

cho penal rechaza el concepto mohoso del libre albedrío, me dije. I la anulación del libre albedrío en la conciencia jurídica anula también el sentido de responsabilidad penal. La sociología criminal no puede admitir jamás el individualismo en las aplicaciones de las leyes a los delincuentes. Es necesario convenir en que el derecho no puede apartarse del ritmo evolutivo que posee el mundo i de las apreciaciones que sobre él se hacen. No hai responsables; hai temibles. Medir la temibilidad: esta es la función social del derecho.

Así como no hai enfermedades sino enfermos, tampoco hai delitos sino delincuentes. I el delincuente es tanto más diverso cuanto más diversas son las causas que lo han conducido a cometer el delito. No es posible juzgar al delincuente por la falta cometida. Este rígido criterio de las leyes es absurdo. Tampoco es racional aplicar al delincuente el criterio de la responsabilidad basado en el libre albedrío. El "más allá del bien i del mal" de ese iro-

nista formidable e incomprensible de Nietzsche. Eso es sencillamente crear un tipo común de hombres que cometen faltas, es, en total, proceder juzgando el delito i no al delincuente.

El determinismo psicológico—que entra también en los dominios de mi filosofía, con ciertas reformas i reservas, que tú no entenderías—enseña que el criterio de responsabilidad es absurdo. Todas las sensaciones corresponden al estado de los órganos receptores, a la especial condición de los centros nerviosos, que es diversa para cada persona. I un hombre—insignificante personaje—no es dueño de las condiciones de su vida orgánica. ¿Puedes comprender ésto? Me pongo de acuerdo contigo: no entiendes; es necedad lo que digo. Tal transformación del derecho colocaba en mis manos un áncora de salvación.

¿Entonces? Ya estaba. Todo arreglado. Brillante solución de mi singular ingenio. Me fingiría loco, si, loco, un loco rematado. Después de cometer el crimen de

justicia social, me llevarían al manicomio, y saldría de él cuando yo juzgara oportuno volver a la normalidad.

Si los jueces no fueran tan ignorantes i tan malos no habría tenido necesidad de fingirme loco—lo cual me repugnaba—porque mi crimen hubiera sido premiado. Pero, ¿cómo proceder ante la conciencia estulta de los necios tribunales de mi República de los Mansos?

Sólo una duda me asaltó. El derecho no marcha de acuerdo con los códigos. Mejor dicho: la conciencia moral colectiva se adelanta en mucho a la escrita. Es el desequilibrio entre la "*lei natural*" i la "*lei escrita*". Esta demora mucho tiempo en asimilarse a la otra. Yo no conocía el derecho penal de mi grandiosa república. Era indispensable estudiarlo i puse manos a la obra.

¡Oh, desengaño bárbaro! Mi código penal era un desastre. El único artículo que podía salvarme era el 21, que contempla el caso de que el crimen haya sido efectuado

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

por el impulso de una fuerza que no se pudo resistir. ¿Es la locura una fuerza irresistible? No se puede asegurar. Todo el armazón hueco del código se reducía a considerar como delitos aquéllos cometidos con la debida intención. ¿I no hai intención en la locura? ¿Qué saben los legisladores sobre lo que es i significa la locura? ¿Qué pueden saber de los mundos que se forjan los locos? ¿Qué de los estados múltiples de la anormalidad?

Vergüenza inaudita de mi República de los Mansos. Los únicos salvos de la pena eran los sordo-mudos... i los cónyugues que hubiesen matado al sorprender *infraganti* a su cara mitad... Algo completamente primitivo.

Una fuerza que no se puede resistir. ¿Como es posible medir esta fuerza? ¿Cuál su comprobación? El argumento que en este caso emplean los abogados es tan leve, tan débil, que se puede destruir de una plunada.

Valiente reforma del liberalismo de mi

República de los Mansos. ¡Esta era la gran conquista ideológica de la constitución del 1906! Se habían limitado a abolir la pena de muerte, atendiendo a lo menos importante del derecho. Variar la pena no es variar el valor de la apreciación jurídica del delito. El derecho no es un acuerdo de relaciones inmovibles cuya única parte capaz de discutir sea la razón de la vida de los hombres. Si no se analiza la esencia jurídica de tales relaciones, la verdad de una justicia social, si no se estudia el fondo humano de los actos, la forma evolutiva i variable de la vida ¿qué importa que la *justicia* mate a un hombre o lo condene a diez i seis años de presidio? La falta queda la misma, se la juzga del mismo modo. Afirmar lo contrario es decir que la pena crea el delito.

Sólo cuando mi doctrina filosófica impere en el mundo se remediará el daño de los códigos.

Verdad es que ahora, en esta margen de mi río, no me importan las bagatelas

de las discusiones humanas. Pero, entonces, no. Tenía que habérmelas con la ley, i buscaba el modo de burlarla, ya que mi acto, el que iba a cometer, a pesar de ser esencialmente santo, hubiera sido juzgado como crimen por la necia justicia de mi tierra de globos de jabón.

Largas noches de profunda meditación. Pero no había otro remedio. Ella seguía martirizándome con sus visitas nocturnas.

Al fin me resolví. Acaso pudiera salir absuelto con el argumento de la fuerza irresistible. I si no, ¿qué me importaba? Prefería vivir encarcelado, pero tranquilo a esas horas de continuo sobresalto.

Por otro parte si los jueces eran ignorantes las demás personas lo eran peor. ¿Qué abogado podría acusar con fondo científico i jurídico? Ni con lógica, que es todo lo que se necesita.

Comencé a sugestionarme. Fuí estudiando uno a uno todos los caracteres de la locura hasta que ya me era posible presentar

síntomas físicos de notorio desequilibrio.

Podía a capricho enfríar mis extremidades i hacer que mis dedos temblasen. Di a mis ojos una expresión desordenada, trabajando horas i horas frente a un espejo.

Pero ocurrió algo extraño: Petra no volvió más a situarse delante de mi ventana. Tal cosa me contrarió, mas poco a poco fuí comprendiendo que así sería mejor, pues podría salir libremente de mi casa.

I un día realicé la hazaña. ¿Cuánto tiempo dudé antes de hacerlo? Me vestí con desaliño, pero cubrí de adornos estrafalarios mi traje. Dejé el cabello enmarañado. En un mes no me había recortado las uñas ni la barba. Cuando todo estaba listo, regresé de la puerta. ¿Y si élla estuviera allí esperándome? Pero mi pensamiento pudo más i una tarde salí valerosamente.

Una de las luchas más fuertes que hu-be de sostener con mi espíritu fué la de

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

robar chucherías a fin de parecer cleptómano. Yo no podía apoderarme de lo ajeno. Era un sentimiento de honradez excesiva imposible de vencer. Antes de tomar cualquier cosa, por ejemplo un servicio pagado en un restaurante, meditaba largo rato dudando si éso era en efecto mío. Cuando quise robar el primer objeto—un pañuelo de mujer dejado en cierta mesa—temblé todo i no pude cogerlo.

Mi primera derrota. Me fué completamente imposible vencer mi honradez tan pura. Hube de abandonar este síntoma con gran dolor de mi alma.

Entonces me puse a efectuar los actos más extraños. Una mañana trepé a un tranvía i estuve saltando de asiento en asiento. Le advertí al cobrador que llevaba una máquina eléctrica en el estómago que me impedía estar en un mismo sitio. Ja, ja. Al llegar a mi casa reí mas que mis compañeros de viaje.

La lei geométrica de las compensaciones. Ellos se reían de mí i yo me reía de

ellos. ¿Hay algo más demostrativo de la unidad?

Cierto día me encontré con un amigo, mejor dicho, con un conocido.

—¿Cómo está, Bernardo?

—¡No me moleste!

—Está usted bromista hoi. ¿Qué anda haciendo?

—Salto, como i descomo.

—¿Qué le pasa a usted hoi?

—No paso. Camino. Es un gran ejercicio para el reumatismo. Ya lo ve usted.

El pobre hombre se fué desconcertado i seguramente le contó a muchas personas que yo estaba loco.

¡Cómo reí entonces! Terrible cosa la risa. Me llegó el turno a mí. Era un placer inmenso. ¿Por qué iba a ser yo el único perseguido de la risa? Yo también debía perseguir.

Me sentí como el enano chirriquitico i lampiño, montado en un tubo inacabable i vertical, haciendo caer en movimientos de imposible equilibrio a los mundos i liron-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

dos de la manada porcina.

¡Qué satisfacción más íntima i más deliciosa! Por fin se cumplía una parte de mi sistema filosófico sin hacerme sufrir. Porque la risa es indispensable en la unidad. En los contrarios no hai risa porque tampoco puede haber unidad. Cuando se juntan se produce la armonía, que es unidad i es risa. ¿Comprendes esto? No hai número más alegre e importante que el uno. Yo era un uno. Mis fuerzas contrarias se habían unido produciendo al fin el ansiado acorde melodioso de mi risa i mi unidad.

Por tanto, ya que poseía la unidad era múltiple. La unidad es inmanente pero crea i se multiplica. Mientras más unidad más múltiple i viceversa. He aquí mi secreto. Me hacía variable en los otros, imponiendo la fuerza de mi uno con el arma feliz i universal de mi risa.

Unidad i risa marchan juntas en el sendero luminoso del conocimiento. Todo lo sintético se acerca más al pensamiento,

lo resume, lo exprime, lo grafica. ¿Hai algo más sintético que el uno? Ser uno es estar aún antes que el cero. Es abarcar el universo en una sola contorsión, en un solo dobléz, en una sola actitud:

La pátina del olvido no cae sobre el uno, porque es el origen i el origen no puede olvidarse nunca. Por lo menos se lo busca siempre. El uno es la cifra sólita e insólita al mismo tiempo. Maneja todos los secretos i es dueña de todos los recursos.

La aspiración de todo hombre sano i consciente de sí mismo es hacerse uno en el desarrollo de su personalidad. Todo converge hacia el uno, tal que una continua regresión hacia la causa para ilustrar el conocimiento.

Sentí que me iba haciendo uno. El primer síntoma—el más seguro—fué la risa. Después la trascendencia de mi unidad sobre el espíritu de los otros. Porque ya comenzaban a obedecerme: murmuraban a boca chiquita: "allí viene el loco, cuida-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

do con el loco"...

Yo simulaba ignorancia. Pero iba consiguiendo mi objeto. Mi unidad se afirmaba sólidamente.

Fuí el hombre más popular de mi barrio i acaso de mi ciudad. Porque yo era mui afable con todos i jamás presenté síntoma alguno de furia. Corría el peligro de que me encerraran antes de tiempo.

Les divertía con mis ocurrencias. Les contaba como se me tiñó el estómago de verde a causa de haber comido por mucho tiempo mangó sin madurar. I, claro, tenía que tomar refrescos de color de fresa para devolver a las tripas su color normal.

I todo esto con una gran seriedad, como quien dice un secreto importantísimo. La gente llegó a buscarme para reírse a mi costa. ¡Pobres hombrecillos! Era yo quien me reía de ellos.

Pero cierto día advertí un peligro. Un rato mui mal. A fuerza de tanto repetir que tenía el estómago verde llegué a pre-

guntarme si aquéllo sería verdad. Fué un momento imposible de relatar. ¿Qué hubiera tenido de extraño que mi estómago estuviera verde?

Algo horrible cruzó velozmente por cerebro, como una luz roja, incandescente. Se apoderó de mi espíritu la duda, la interrogación, el misterio. ¿Eso era la locura? ¿Sentirán así los locos? Era una impresión de alejamiento, de oscuridad, de abandono, todo a un mismo tiempo sin dejarme lugar para un análisis, para una asociación, para un juicio.

Quedé largo rato con la mirada fija en el suelo, tal que si quisiera atravesarlo. Meditar era imposible. Se me confundía la noción del tiempo i el espacio. ¿Si no podía pensar por qué me concentraba de esa manera? Quiero explicar aquéllo i no puedo. Era algo así como detenerse sin haber partido, morir sin haber vivido, pensar sin pensamiento, estar fijo e inmóvil entre una carrera de infinito, ser tal que una caricatura del espacio, sin límites, sin

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

tiempo, sin lugares.

¡Qué cosa tan rara debe ser la locura!

Poco a poco fuí volviendo a mi yo. Un caso de autosugestión formidable. Las energías gigantes de mi personalidad a fuerza de dirigirse hacia mi mismo acabaron por magnetizar mi esencia, domínarla i poseerla.

Comprendí que había estado al borde del precipicio. Pero la experiencia fué buena i adquirí una visión precisa de lo que sienten los locos. Así pude conocer mejor su mecanismo i no errar en la apariencia.

La locura no es sino una sensación de desigualdad que siendo sensación llega a percibirse por entero en el receptáculo del yo. De allí el desconcierto, la fuga de ideas, la simultaneidad i multiplicidad de las apreciaciones, la duda, la pregunta, la indecisión i, por último, la excitación nerviosa.

Lo sentí como el bofetón audaz de una ráfaga de viento.

Sufrí mucho con éllo, Pero llegué a dominarme totalmente. El juego era, sin

embargo, peligroso. Había que obrar lo más pronto posible.

La acción inmediata era lo único que podía salvarme.

¿Cómo hacerlo? ¿Un revólver? Tenía horror a las detonaciones. ¿Un puñal? Peor. Siempre que veía un cuchillo temblaba mi carne. ¿Cómo entonces? El veneno. Si. ¡Qué belleza es matar envenenando!

Me iluminó el espíritu de los Borgia. Estos fueron exquisitos en sus envenenamientos. Ahora se los llama asesinos. Los que tal dicen son topos. No comprenden que en el momento histórico en que vivieron aquéllo no constituía una falta. Era un medio político como cualquier otro. Así es la moral i el derecho. El delito va paralelo con las formaciones sucesivas de la conciencia moral. Esto prueba que el delito no existe, que, como la moral, es pura invención del hombre.

Cada sociedad tiene su derecho i su código distinto. Cada época de la historia se

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

retuerce en la retorta de las ideas i los sentimientos, i siempre necesita algo nuevo, diverso, contradictorio.

Como yo no soi hijo de un tiempo ni de una historia nada tengo que ver con lo estatuído. Mis nociones están en mí como yo estoi en el espacio: en uno i en todos sus puntos al mismo tiempo.

No hai otra moral que la de cada uno. Entendámonos. De cada uno que es capaz de romper el cordón umbilical que le ata a las imposiciones colectivas. Son mui pocos: Es fácil contarlos. Son los que vencen al medio. Los genios.

La influencia de las modalidades sociales hace de los hombres un convenio, un comercio de esclavos, una sujeción alternativa, circular i continúa.

Yo estoi por encima de tal pobreza espiritual. Por éso tenía el convencimiento de que mi crimen era santo.

¡Oh, Borgias magníficos! ¡Cuánta falta hacen tu pompa orgullosa de tiranos, tu fina astucia de sabios, tu penetración de

R I O A R R I B A

genios! La vida de los Borgia es la conquista de lo sublime i el exquisito cultivo de la delicia.

Entonces el veneno era un recurso tan moral como las piedras preciosas buenas para curar. Las dos cosas tenían realidad absoluta.

Yo tengo el poder indiscutible de situarme en cualquier momento de la historia sin ningún perjuicio para mi estructura de unidad.

El veneno. Maravilloso recurso. Pero algo rápido i seguro: arsénico.

Manos a la obra, me dije. Mas una dificultad se me presentó: Petra no había regresado a situarse frente a mis ventanas.

Varios días i varias noches la busqué por todas partes sin hallarla.

Sentía miedo de encontrarla i un deseo furioso de hallarla. La misma sensación de aquélla mañana memorable: el deseo de huir i de salir al encuentro de lo que hacía querer la fuga.



A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Estos son mis recuerdos más hermosos. Me río cuando voi pintando el ayer i salén estas escenas tan bonitas.

Llegué a desesperarme. Petra no aparecía por ningún lado.

I yo debía matarla. Un poco de arsénico. Cuestión de un instante. Entonces sería completamente libre.

La gente me señalaba con el dedo: "el loco", decían. Había conseguido mi objeto. Era llegado el momento de las grandes reivindicaciones de mi espíritu.

Fuera carne. Fuera huesos. Rojo i blanco. Podredumbre i engaño. Armazón de Mefistófeles.

La esencia de mi psiquis se iba purificando.

¡Matarla, matarla! Mi plan se cumplía geométricamente. Mi sistema filosófico se cristalizaba en hechos reales. Cristal. Cristalino. Aladino i su lámpara de cristal. Brilla. Es transparente. Como el agua purísima.

Al través de esa transparencia se deli-

R I O A R R I B A

neaban los perfiles de un mundo maravilloso. Contornos audaces de mi yo. Elevación.

Una campana suena suspendida en el vacío. La pirueta del sol ha fracasado.

Sólo queda la noche sin oscuridad que tienen las cosas antes de crearse. La transparencia cristalina. El etéreo sonido de la campana astral.

Belleza de redención.

XIV

EL CAPITULO QUE NO TIENE NOMBRE

“Hai que trabajar para lo incierto”.
Cuánto expresa esta frase del sublime
pensador francés. El arte i la ciencia uni-
dos por el lazo de la sabiduría. ¿Hai algo
más verdadero i hermoso que lo incierto?

El pensamiento no tiene fin. No puede
hallar jamás un límite a su vuelo. Des-
pliega las alas como enormes poemas de
infinito. Sacude su pereza sobre el ronco
agitar de los abismos. Abraza la historia
en una idea, la humanidad en una frase.

Persigue lo incierto porque es eterno.
Grafica el anhelo de la duda. Va siempre
en pos de los misterios. Ama lo desconoci-

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

do, que es lo hermoso. Necesita que nunca falte un velo que rasgar, un secreto que sorprender. Es la voluptuosidad de un enamorado de la vida. El amante inagotable que la desnuda sin cesar.

La filosofía es en si misma incierta. Afirmar lo contrario es negarla. Pero no es pensar totalmente: es sólo una manera de pensar.

Hai que trabajar para lo incierto. Conocer los resultados al momento del comienzo es sobrado necio para ser grande. Por éso la filosofía es el más bello de los modos del pensamiento.

Haz tu mueca, Tartarín. Saborea el divino licor de la aventura. Las campanas secretas tocan a somatén.

*

* *

Si hai algo hermoso en mi tierra son las tardes. El ocaso es un himno; el crepúsculo, lenta melodía oriental. Luego de una hemorragia de luz, en que el cielo parece teñido con brochazos desordenados, cuan-

R I O A R R I B A

do las almas gritan su valor i su esperanza i tienen ansias de morder el infinito, viene la sencilla aparición del violeta en metamorfosis de azul. Es el sueño del cosmos que comienza a entornar los párpados con una sensualidad exquisita; el descanso ganado por el esfuerzo.

Maravilla de azul, maravilla de violeta. Música de colores. Armonía de ensueños. Cadencia inverosímil de las cosas. Dulcísimo abandono de mujer.

*

* *

Una música lejana de arpeggios ignorados. Un largo quejido. Una breve caricia, tan breve que apenas roza la epidermis.

* Lenta elevación. Viola bendita. Rojos pedacitos de corazón infantil. Llanto casi imperceptible de un niño que comienza a rasgar la túnica preciosa de la vida.

Ojos que miran sin saber adónde. Manos que se agitan por coger la luz. El rictus de la muerte dibujado en la sonrisa

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

que principia a ser.

Un murmullo de sonidos áureos. Un cristal agoniza con un temblor de ave que se pierde en la impoluta belleza de un horizonte sin nubes. . .

Allá. Siempre allá. Más alto i más lejos. Más lento aún. Más rápido tal vez. Tan lento o tan rápido que no ha partido de su sitio.

¿Adónde estás por fin?

*

* *

Jamás imaginé lo que iba a suceder. Había trabajado para lo incierto. I fracasó la música una tarde vigorosa i extraña.

¿Cómo hallar a Petra? Mi plan geométrico estaba absolutamente medido, calculado, punto por punto, línea por línea. Los ángulos ,exactos; los lados, rectísimos.

Sólo había una persona capaz de darme la solución: Carmela. ¿Ir dónde élla? Era muy duro. Volví a pasar muchas noches largas como una eternidad. Mi temblor era ya fustigante.

R I O A R R I B A

Pero no quedaba otro recurso. Tenía que cumplir, tenía que salvarme.

Carmela también creyó en mi locura. Así el problema era más difícil. Sin embargo, hice un esfuerzo extraordinario i fuí a hablarle.

La noté asustada por mi fingido desequilibrio. Hábilmente la interrogué por Petra. No estaba en la ciudad. Había marchado a la hacienda con su madre. Ya no recuerdo el nombre de la finca. Tampoco importa. Sólo se que me indicó su rumbo, que era necesario navegar río arriba.

Río arriba. Mejor. Siempre se está mejor arriba.

I me ví de repente metido entre una sucia balumba de palos, velas, trinquetes, remos, petróleo. Salté de embarcación en embarcación sufriendo el insoportable contacto de la marinería criolla.

En el extremo sur de mi ciudad el puerto cambia de faz. Es otra ciudad. Hasta se siente que el alma torna sus alas.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Al fin encontré una canoita motor. Arreglamos el flete. Río arriba, mui arriba. Doce horas de viaje.

El cholo patrón iría a verme a casa a la tarde, en el momento más íntimo i dulce de la tarde, cuando el sol ya se llama de otro modo, cuando la luz es otra cosa.

Esperé.

¿Te das cuenta Tartarín del esfuerzo que me cuesta escribir esta palabra? Esperé muchas horas. Puse el frasquito junto con la piel, debajo de la camisa, atado con mi mismo cuerpo, casi sobre el corazón.

Cuando la sangre de la tarde comenzó a desteñirse en agonía de pirata, llegó mi cholo patrón. Miré por última vez el sol que se escondía. I marchamos a pasos ligeros, sin volver la cabeza para no infundir sospechas.

Enbarqué. El motor funcionó. Pasamos entre balandras i vapores, agachando la cabeza debajo de los muelles, i por fin salimos a medio río.

La ciudad se fué perdiendo en la distan-

cia i por el azul casi negro. Después de un rato sólo se divisaban lucecitas amarillas en la boca de la noche.

Yo quise descansar un momento i, sin dormir, me tendí en el fondo de la canoa, dulcemente mecida por el gibarse del río, que se dolía de aquélla carrera desenfrenada.

El hombre estaba en el timón. ¿Qué ocurrió entonces? Se me erizaron los pelos i quise gritar. El hombre se fué haciendo más pequeño. Ya tenía que pararse sobre la rueda para moverla. Giraba con élla.

Pero al verle la cara quedé horrorizado. El enano de mi risa estaba allí. Los ojos lucían un brillo malévolo i extraño, penetrante.

La noche era mui negra. Se apagó la farola de la pequeña embarcación. Las tinieblas me besaron con el beso frío del viento que rizaba unas olas pequeñitas también, diminutas.

Todo era pequeño. El espacio llegó a cerrarse al rededor de mis pies.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

Terrible cosa la risa. ¿Es también soledad la risa? Entonces, ¿en qué se diferencia del dolor?

Es que mi uno ostenta el privilegio de tenerlo todo. La unidad es así: total.

Cada instante me fuí sintiendo más solo. El perfeccionamiento unitario llegaba a mí.

Lo sentía. ¡Oh, sí! ¡Lo sentía! Oye bien, Tartarín. Escucha. No hai sonidos. ¿Qué vas a escuchar? La verdad, i la verdad es muda.

Llegué a estar tan sólo que me hice ligero. Perdía el contacto umbilical con las cosas. Era mi libertad.

La sangre comenzó a golpear. El enano hacía piruetas en la rueda del timón. El viento me traía el beso de la noche.

Mis arterias saltaban. Era tan defectuosa la circulación que sentí dolor en las extremidades, como si hubieran estado con fuertes ligaduras.

Mi doctrina luchó largo rato con sofismas de pánico. Por fin en la superficie de

R I O A R R I B A

la noche(la noche tiene muchas capas, fondo sin fin i anchura sin límites) vi aparecer el símbolo triunfante de mi triángulo cosmogónico.

¿I mi yo?

Tenía que buscarlo.

Entonces me abandoné. Era que me alejaba en su hermosa persecución. Mis muñecas sintieron más dolor. Sudé en medio del frío. Quizás corrieron lágrimas por mi cara.

¿Qué era? ¿Qué era? Subía. Ríó arriba. No pude hablar. No pude pensar. Al fin sólo quedó el enano chirriquitico i lampiño, montado en el timón i riendo sin risas.

Después ya no sentí dolor. Lo único era una sensación enorme de ligereza, de abandono. Iba haciéndome cósmico. Tuve un momento de absoluta plenitud. Grande i múltiple, uno, uno. La belleza del cosmos entraba en los misterios de mi psiquis.

Sólo pude ver hacia adentro. Noté que me nacieron alas. Noté que algo mío hacía un esfuerzo por desatarse de otro algo.

A. PAREJA Y DIEZ-CANSECO

El color negro se perdió. Pero no vino otro. No hubo colores. Dejé de sentir frío; dejé de tener sensaciones.

Me había quedado muerto, profundamente muerto.

Guayaquil (Ecuador)

mayo - julio de 1931

INDICE

	<u>Páginas</u>
I Un Caso	9
II Uno que puede ser dos	27
III Más allá la sospecha	51
IV Comedia	75
V Ya no tiene importancia	93
VI Tampoco tiene importancia	115
VII El señor Villegas	131
VIII La A. A. de E. S. P. B e I.	156
IX Los tres amigos del teatro	177
X Florecimiento	199
XI Tarantela	219
XII Pensamiento, infinito y música	239
XIII Una buena ocurrencia	259
XIV El capítulo que no tiene nombre	281